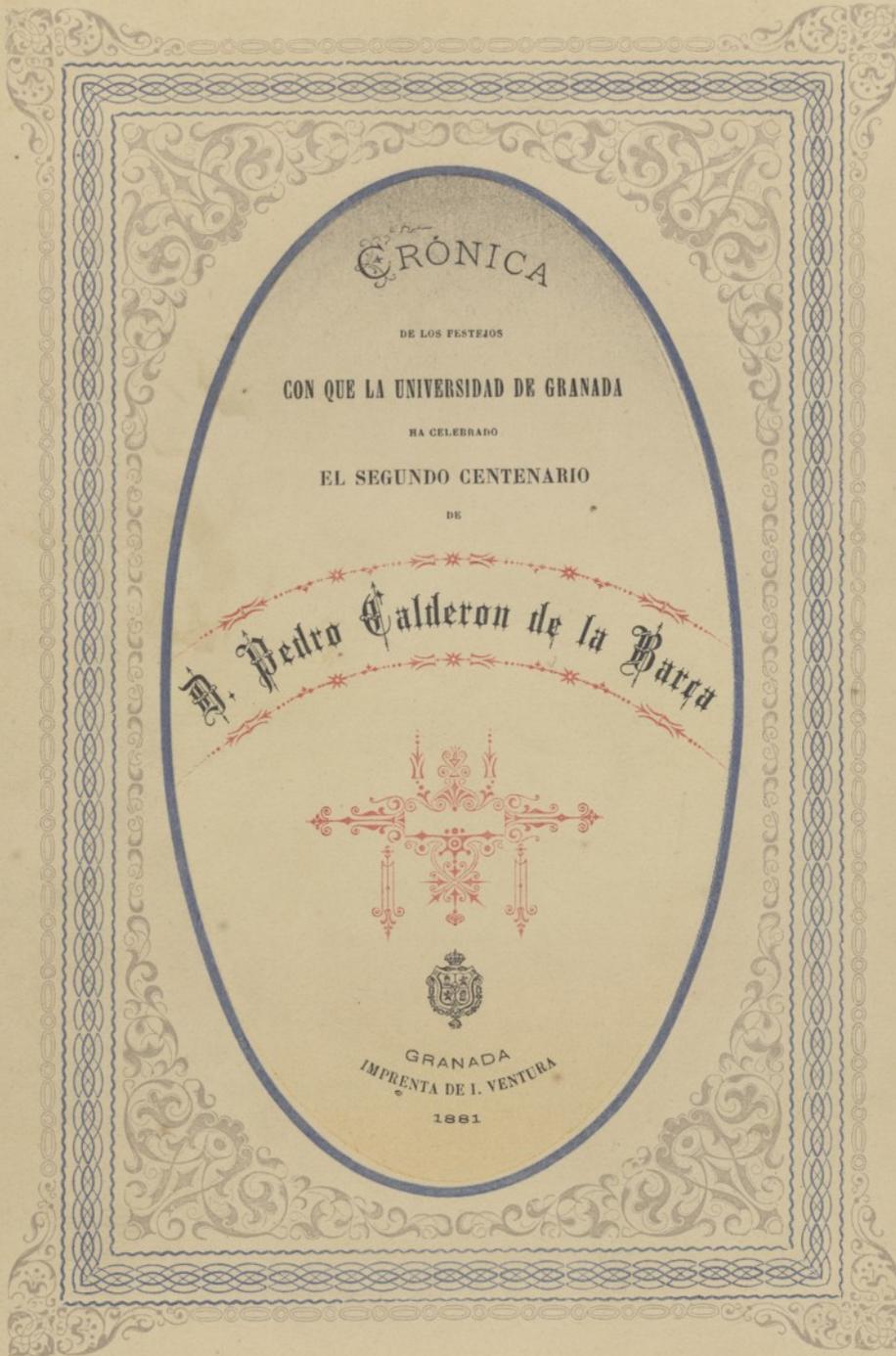


2

15



CRÓNICA

DE LOS FESTEJOS

CON QUE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

HA CELEBRADO

EL SEGUNDO CENTENARIO

DE

D. Pedro Calderon de la Barca



GRANADA  
IMPRESA DE I. VENTURA

1881

12229206.

Biblioteca Universitaria  
GRANADA  
C  
Estante 38  
9 (15)

38. 2. 1

R-23, 182

# CRÓNICA

DE LOS FESTEJOS CON QUE LA UNIVERSIDAD

DE GRANADA

HA CELEBRADO

EL SEGUNDO CENTENARIO DEL FALLECIMIENTO

DE

DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA

DISCURSOS Y POESÍAS LEIDAS EN ALABANZA

DEL EGREGIO POETA

EN LA SOLEMNE SESION LITERARIA QUE TUVO LUGAR

EN EL PARRANINFO DE LA UNIVERSIDAD

LETRA DE LOS HIMNOS CANTADOS EN LA VELADA

LITERARIA Y ARTÍSTICA QUE SE DIÓ EN EL TEATRO

DE ISABEL LA CATÓLICA,

Á EXPENSAS DE DICHO CENTRO CIENTÍFICO.



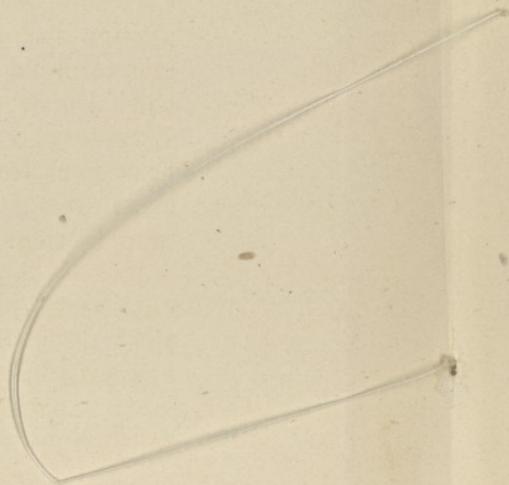
GRANADA

IMPRENTA DE VENTURA SABATEL

1881

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT



# MEMORIA

DE LOS FESTEJOS

CON QUE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

HA CELEBRADO

EN EL DIA 25 DE MAYO DE 1881

el Segundo Centenario de la muerte de

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

REDACTADA Y ELEVADA Á LA DIRECCION GENERAL DE INSTRUCCION PÚBLICA

POR EL SR. RECTOR DE LA UNIVERSIDAD,

EN CUMPLIMIENTO DE LO PRESCRITO EN LA REAL ÓRDEN

DE 17 DE FEBRERO DEL MISMO AÑO.

ILMO. SEÑOR:

Como no podia ménos de esperarse del alto espíritu y generoso entusiasmo que han alentado siempre á esta noble Escuela granadina, de tan gloriosas tradiciones, la idea de solemnizar el *Segundo centenario* de la muerte del egregio poeta D. PEDRO CALDERON, fué recibida por el docto Claustro universitario y por nuestra discreta juventud escolar con júbilo verdaderamente indescriptible. No bien la prensa periódica habia indicado el patriótico pensamiento iniciado por la insigne *Asociacion de Escritores y Artistas*, y la favorable acogida que le habia dispensado el ilustrado Gobierno de S. M. (Q. D. G.), cuando en este Centro universitario empezaron á formularse varios y distintos proyectos de fiestas y solemnidades, que podrian celebrarse (en la modesta medida de los escasos recursos con que cuenta esta Casa) como debido tributo de admiracion al eximio vate, regocijo y gloria de la escena española. Vino la Real órden de 17 de Febrero á fijar, por último, la resolucion del Claustro en lo relativo á su participacion en ésta que será inolvidable fiesta nacional. Al efecto, y en virtud de dicha superior disposicion, tuve el ho-

nor de convocar á Claustro general de Sres. Catedráticos para el día 23 de Febrero, y en él se acordó nombrar una Comision, compuesta de los Sres. Doctores Paso, Cueto, Eguilaz, Gonzalez Garbin, Rada y Brieva, para que, bajo mi presidencia, discutieran y propusiesen al Claustro el Programa de festejos que creyesen más oportuno para solemnizar el *Centenario* del ilustre poeta dramático. La Comision determinó y redactó su Proyecto de fiestas literarias, que sometió al superior exámen del Claustro, y obtuvo la unánime aprobacion del Cuerpo universitario en sesion de 30 de Marzo último.

Asimismo se acordó el nombramiento de una Comision que representara á nuestra Universidad en las fiestas que debian verificarse en Madrid, en honor del ilustre poeta: y aceptaron este cargo, costeándose á sus expensas, los Sres. D. Nicolás de Paso y Delgado, D. Fernando Brieva y Salvatierra y D. Rafael Jimenez Baena. Despues de estas prévias indicaciones, pasó á hacer la reseña de nuestros festejos en el dia memorable del *Centenario*.

## II.

La Comision, Ilmo. Señor, creyó que la Universidad podia y debia rendir su homenaje de admiracion al ingenio inmortal cuya sublimidad ponderan á una, en estos momentos, las grandes naciones todas del mundo civilizado, por los siguientes modos: exponiendo en primer lugar con elevada crítica, en un solemne acto académico, los méritos del poeta y las bellezas y encantos incomparables de aquellas sus creaciones inmortales en que se resumieron y compendiaron todas las más preciadas dotes que avaloran y enaltecen á esta generosa, leal y cristiana é hidalga raza española;—invitando al noble coro de nuestras musas contemporáneas á ensalzarle y glorificarle;—y poniendo en escena en honor del Príncipe de nuestra literatura dramática, en el mismo día del *Centenario*, alguno de sus grandiosos dramas ó de sus preciosos autos sacramentales.

Para el desempeño del primer trabajo literario estaba indicada la competencia indisputable de nuestro distinguido profesor de Literatura española el Dr. D. Leopoldo Eguilaz;—los poetas que debian ensalzar en esta fiesta universitaria las glorias y excelencias de la musa calderoniana se pensó que debian ser antiguos

alumnos de la Escuela, de entre los que actualmente figuran en la república de las Letras: y, al efecto, fueron invitados por la Comisión para que concurrieran á la solemnidad académica que en el día 25 habia de tener lugar en el Paraninfo de la Universidad; y á fin de que á la vez en dicho gran día de júbilo hiciesen oír en el recinto de su antigua veneranda Escuela los ecos nobles de sus musas inspiradas;—por último, la representación dramática, dudábase si confiarla á artistas de profesion y de mérito reconocido, cuando la entusiasta juventud que en estos momentos recibe en nuestras Cátedras su iniciación literaria y científica, nos salió al encuentro, brindándose espontáneamente á ejecutar en escena cualquiera de las obras clásicas del insigne dramaturgo.—Estaban pues marcados los elementos y partes de que se debia componer nuestra festividad literaria en el glorioso día del *Centenario*: y, con arreglo á ellos, se redactó por el Secretario de la Comisión, Sr. Gonzalez Garbin, el Programa de festejos que se dió á luz en el día 16 de Mayo, remitiéndose ejemplares á esa ilustrada Dirección general, á la Comisión directiva de Madrid, y á todos los Centros literarios, artísticos y científicos de nuestra Patria.

### III.

No obstante que la atención general del País se hallaba justamente enclavada y fija en el programa grandioso de las fiestas que se preparaban en la Capital de la Monarquía, y de que á ellas debia acudir un concurso escogido y numeroso, así de nuestra provincia como de las demás, el día del *Centenario* era esperado con patriótico anhelo por toda la Sociedad escogida y culta de esta hermosa Ciudad, asilo predilecto del arte y de la poesía.

Radiante y bellissimo apareció el día 25 de Mayo, ostentándose la Naturaleza en este celebrado suelo y en este cielo incomparable con todas sus ricas galas esplendorosas. Yá en la noche de la víspera la iluminación de la Universidad y de los Centros científicos, agregados á la misma, anunciaban al público la gran conmemoración y fiesta literaria que iban á celebrarse en el día siguiente.—Por lo tanto, desde las horas del medio día, se dirigian presurosas al edificio de la Universidad las Autoridades, así como los altos dignatarios pertenecientes á las varias Corporaciones civiles,

militares y eclesiásticas, ilustres damas, notables literatos y artistas, el Profesorado público, la juventud que aprende á admirar las obras del genio en nuestra Escuela, y una gran muchedumbre que acudia alborozada á disfrutar tambien en ella de las puras alegrías de su Patria.

Ante tan respetable, selecta y culta Sociedad tuvo lugar la Sesión extraordinaria académica que debia celebrar nuestra Universidad, desde la una de la tarde, en honor del eximio poeta D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA. Antes de inaugurarse la Sesión una gran banda militar ejecutó una escogida colección de piezas musicales de Meyerber y de Bellini. Seguidamente tuve el honor de abrir la Sesión con una sencilla alocucion que, aunque de escaso mérito literario, fué recibida con muestras de inolvidable benevolencia, sin duda estimando el cortés auditorio el sincero sentimiento de orgullo patrio que me inspiraba al dirigirles la palabra. Despues de nuestro breve discurso, subió á la tribuna el distinguido Catedrático de Literatura española de la Universidad, Don Leopoldo Eguilaz Yanguas, y leyó ante el ilustrado auditorio una elegante disertacion *Sobre la Vida y el Teatro de D. Pedro Calderon de la Barca*, que fué aplaudida con entusiasmo, haciendo justicia al talento y relevante mérito del esclarecido profesor de la Facultad de Letras.

Despues de un ligero intermedio amenizado por la orquesta con una partitura de «*La Sonámbula*,» se leyeron composiciones en verso, especialmente escritas para la fiesta de la Universidad, por los reputados poetas Fernandez Guerra (D. Aureliano), Marqués de Heredia, Salvador y Salvador, Quirós de los Rios, Rada, Gutierrez, Oliver, López Muñoz, Ruiz (D. Aureliano), Rojas y Moreno Castelló, las cuales fueron tambien calurosamente aplaudidas por el público, terminándose la Sesión con la lectura de una bella inspiracion poética debida al brillante jóven alumno de esta Universidad D. José Devolx, composicion que acaba de ser premiada con medalla de oro por la Real Academia Española en el Certámen que esta sábia Corporacion ha abierto en celebridad tambien del *Centenario* del egregio dramático español. Dicho se está que el auditorio escuchó con gran entusiasmo la preciosa composicion laureada. Con lo que concluyó dignamente la solemnidad literaria que en honor del insigne vate celebraba la Universidad granadina. ¡Ojalá que este fausto suceso excite vivamente en el ánimo de

nuestra juventud el amor puro de la gloria, pues ciertamente sería el resultado más apreciable y fecundo que pudieran anhelar los celosos Profesores que con fervoroso celo cultivan en esta ínclita Escuela las Ciencias y las Letras!

Y debemos prometernos este halagüeño y próspero resultado, Ilmo. Señor, á juzgar por el entusiasmo con que ella ha pedido y tomado participacion en estos memorables festejos.—En efecto, á la iniciativa generosa de la juventud escolar se debe la Sesión de competencia literaria y artística que asimismo celebró la Universidad en el gran Teatro de Isabel la Católica. El festejo se celebró de la manera siguiente:

Presidia el retrato del Poeta, que ha ejecutado y donado á la Universidad el distinguido artista D. Félix Estéban.

Se cantó primeramente un gran HIMNO (música y letra respectivamente de D. Ramon Noguera y de D. Francisco Diaz Carmona, antiguos apreciables alumnos de la Universidad) en el acto de coronarse un magnífico busto de Calderon, ejecutado expresamente para esta solemnidad, por el reputado escultor de nuestra Facultad de Medicina D. Francisco Morales Gonzalez: preciosa obra de arte que quedará despues depositada á perpetuidad en la Sala de actos de la Facultad de Filosofía y Letras de esta Universidad.

Se representó despues el grandioso drama de Calderon «*La vida es sueño*», por distinguidas señoritas de la Capital y varios de los estimables alumnos mencionados.

Se leyeron en los entreactos composiciones poéticas, y se ejecutaron las siguientes partituras musicales: 1.º, el *Coro de la 2.ª jornada del Mágico prodigioso*, de Calderon, con música del distinguido maestro de esta Catedral D. Celestino Vila; 2.º, una *Cántiga del Rey Sábio*, con música del maestro Eslava.

Y por último, terminó la fiesta con un *Himno á Calderon*, letra del mismo Sr. Carmona y música del citado profesor señor Vila.

Asistió á esta espléndida velada un concurso numeroso, en el que estuvieron representadas dignísimamente todas las clases de la Sociedad, reinando en aquellas horas de noble esparcimiento consagradas á la glorificación y apoteosis del genio, ese placer puro é inefable que levanta las almas desde las agitaciones de la vida terrena á las regiones serenas y elevadas de lo ideal.

Tales han sido, Ilmo. Señor, las fiestas y actos literarios con que esta Universidad ha solemnizado el *Centenario segundo* de la muerte del vate esclarecido D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA, deseando mostrar que en la Escuela donde recibieron su enseñanza y primeras inspiraciones los ilustres poetas Martínez de la Rosa, Búrgos y tantos otros literatos esclarecidos, se rinde y se tributará perpétuamente culto fervoroso á los grandes maravillosos genios que sirven y enaltecen á la humanidad.

Granada 1.º de Junio de 1881.

ILMO. SEÑOR:

EL RECTOR,

ALOCUCION QUE PARA INAUGURAR LA SESION LITERARIA

DE LA UNIVERSIDAD

EN EL CENTENARIO DEL EMINENTE POETA

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

PRONUNCIÓ

el Ilmo. Sr. Rector Dr. D. Santiago Lopez Argueta.

EXCMOS. É ILMOS. SEÑORES:

SEÑORES:

LA Universidad Literaria de Granada, pronta siempre á tomar la debida participacion en cuantos acontecimientos contribuyen á la propagacion y progreso de las Ciencias y de las Letras; así como á la glorificacion y honra de los que con más brillantez las cultivaron, no podia ni debia, sin mengua de su propio decoro, quedar pasiva é indiferente ante el entusiasmo inusitado con que fué acogida por S. M. (Q. D. G.) y su ilustrado Gobierno, la solicitud de la *Asociacion de Escritores y Artistas*, para que las Autoridades y Corporaciones del Estado prestasen su auxilio á la celebracion del *Segundo centenario* del inmortal poeta dramático D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Algun tiempo antes de expedirse la Real órden de 17 de Febrero anterior, en la que se consignó, que entre todos los elementos sociales llamados á conmemorar una de las más puras glorias de la patria, pueden y deben figurar dignamente las Universidades é Institutos, y se facultó á los Rectores y Directores de estos Establecimientos para que, en union de sus Claustros respectivos, determinasen la participacion que habian de tomar

en estos festejos, y los recursos con que habian de atender á ellos, yá muchos individuos de este Claustro universitario proyectaban actos académicos y otras demostraciones más ó menos realizables, que probaban, ciertamente, la satisfaccion cón que fué acogida la idea de honrar á este insigne poeta. Y cuando la referida Real órden dió fuerza ejecutiva á nuestras aspiraciones, el Claustro general se ocupó en la realizacion del pensamiento, nombrando una Comision que proyectase los festejos, que atendiese y diese forma á las manifestaciones hechas por el Cuerpo escolar, que deseaba tambien tomar parte en tan elevado y patriótico objeto, y que formulase el correspondiente programa.

En cumplimiento de una de sus partes, en el dia de hoy, *Segundo centenario* de la muerte del celeberrimo D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA, nos reunimos en este Paraninfo universitario á conmemorar sus glorias, á recordar sus triunfos literarios y á rendir el tributo, modesto sí, pero sincero y entusiasta de nuestra admiracion y respeto á una de las más brillantes lumbreras de nuestra Literatura patria, cuyo busto preside este acto académico.

Excmos. é Ilmos. Señores: Breve es la vida; el más ligero accidente, un débil soplo apaga á veces, instantáneamente su llama; pero si mientras dura aquella, se emplea en la práctica de las virtudes ó en sacrificios constantes en pro de la humanidad; si se han prestado servicios heróicos á la patria y á la Sociedad; si dotada la existencia de un talento gigante y sublime, ha contribuido al progreso rápido de las ciencias y de las letras, entonces, tras de esta vida más ó menos corta y frecuentemente acibarrada con profundos pesares, por que es un continuo combate, y la Sociedad contemporánea, no siempre justa, nace otra nueva vida, la de la inmortalidad.

No es á mí, esclarecido Príncipe de los poetas dramáticos españoles, á quien corresponde hacer el juicio crítico-bibliográfico de tus brillantes producciones literarias; si tal hiciera, marchitaría tus laureles por incompetente. Otra voz muy autorizada hará el elogio de tus merecimientos; solo me permitiré decir, que si fuera dable que al mandato supremo del Omnipotente, cual otro Lázaro, abandonases hoy el sepulcro, encontrarías con grata sorpresa, que todas las Corporaciones científicas, literarias y artísticas, todas las ilustraciones de la patria, sin excepcion alguna, se

ocupan en este momento, con un entusiasmo y delirio sin igual, en honrar tu mérito y en tributarte el más solemne homenaje de admiración y respeto. Añadiré para terminar, que si las pupilas inertes de tu busto, pudiesen adquirir por un momento vitalidad, verías que el modesto tributo que á tu memoria dedica este Claustro literario, inferior á sus deseos, pero en relación á nuestra posibilidad, adquiere infinita importancia y valimiento, por que á él se han asociado y lo autorizan con su presencia las dignísimas primeras Autoridades de esta culta Ciudad, un gran número de personas respetables por su ilustración, posición social y merecimientos; el Cuerpo escolar, que ganoso de honra, viene también á honrarte, por que el honor que se tributa á los grandes hombres ennoblece al que lo dispensa; muchas ilustres damas, que con sus encantos, aumentan la brillantez de este solemne acto; y apreciarías por último en lo que vale, que el respetable é ilustrado Claustro universitario de Granada, en testimonio de respeto y admiración á tu preclaro talento, ordene que yo, el último de sus individuos, coloque en tus sienes el laurel, símbolo de la gloria, en el augusto recinto en que han sido orladas con la insignia de la Ciencia tantas y tantas eminencias, que son y fueron en su día, honra de la patria.

He dicho.



# DISCURSO

EN HONOR DE

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA

POR

DON LEOPOLDO EGUILAZ YANGUAS

ILMO. SEÑOR:

AL dignaros designarme para hacer en este memorable día el panegírico del Príncipe de nuestros poetas dramáticos, hubiera declinado honra tan señalada, á no estorbarlo la sagrada obligacion que me impone el puesto que desempeño. Esta consideracion, seguramente, y vuestro nunca desmentido afecto fueron parte á encomendarme, con ser el menor de todos, empeño de mayores fuerzas. Cuando tantos y tan eximios preceptistas y literatos han juzgado tras largas vigiliass las admirables creaciones de aquel portentoso ingenio en quién logran su última perfeccion las singulares virtudes de los autores dramáticos sus contemporáneos ¿qué mucho que se apoque y desfallezca el ánimo ante la abrumadora idea de no poder deciros nada nuevo? ¿Ni qué podría yo añadir á los concienzudos fallos dictados en última instancia sobre las prendas y excelencias de aquel varon insigne por la crítica profunda y discretísima de hombres tan eminentes? No rehuséis, pues, vuestra benevolencia á este modestísimo bosquejo, sabiendo de antemano, que tosco y rudo, como mio, no podia engendrar en vuestro ánimo ninguna suerte de esperanza.

I.

Nació D. Pedro Calderon de la Barca en Madrid á 17 de Enero de 1600 (1). Fueron sus padres D. Diego Calderon de la Barca Barreda, Señor de la Casa de Calderon de Sotillo y Secretarió de



Cámara del Consejo de Hacienda, y D.<sup>a</sup> Ana María de Henao y Riaño, ambos de esclarecido linaje (2). Desde temprana edad reveló Calderon un ingenio peregrino aventajando á todos sus discípulos en el estudio de la gramática y la retórica que entró á cursar en el Colegio Imperial de la Compañía de Jesús, cuando apenas contaba nueve años. Poco más de diez tenia, cuando en union de los celebrados poetas D. Luis de Belmonte Bermudez y D. Francisco de Rojas Zorrilla escribió la comedia famosa intitulada *El mejor amigo el muerto*, compuesta en celebridad del cumpleaños de la Reina D.<sup>a</sup> Margarita de Austria, esposa de Felipe III. Maravillará ciertamente que, apenas pisada el aula, concibiera y trazara su tierna inteligencia la parte que en aquel poema corre por suya, la cual acusa una madurez de juicio y un conocimiento del mundo y de los hombres que no se compadecen con edad tan tierna; pero el ejemplo de Lope de Vega, que en los albores de la vida produce obras del mismo linaje, segun nos dice en su *Arte nuevo de hacer Comedias*,

Y yo las escribí de once y doce años,  
De á cuatro actos y de á cuatro pliegos,

aleja la sospecha de que la tercera jornada de aquella produccion dramática, fuera trabajo exclusivo de los inspirados vates que escribieron la primera y segunda, resplandeciendo, como resplandecen en ella, las prendas de estilo y gusto literario que, siguiendo la senda trazada por el Fénix de los ingenios, se observan en sus primeras obras. Y que no hay que pensar en que el novel poeta madrileño dejara de tomar parte en aquella composicion, lo demuestra bien paladinamente por cierto el hecho elocuentísimo de haber escrito por sí solo la intitulada *El Carro del Cielo ó San Elías* de poco más de trece años, segun nos asegura su biógrafo y panegirista D. Juan de Vera Tasis y Villarroel (3). Pasma y enamora, dice el malogrado Ayala, contemplar este primer vuelo de aquel águila precoz, que impaciente sin duda por penetrar todos los misterios de la creacion, se lanza atrevida al carro de Elías y se coloca en medio del espacio para percibir á un tiempo las inefables melodías del cielo, las hondas inquietudes de la tierra, las angustias y esperanzas del purgatorio, y los desesperados clamores de la ciudad doliente.

Trasladado á la universidad de Salamanca, emporio de la ciencia española y venero fecundísimo de tantos y tan preclaros varones como ilustraron nuestros siglos de oro, cursó con gran aprovechamiento Matemáticas y Filosofía, Historia Profana y Sagrada, Cronología y Geografía, Teología Escolástica y Derecho Civil y Canónico, rematando todos estos estudios el año de 1619, enriquecido su espíritu con aquellos tesoros de sabiduría de que dió tan profundas muestras en su larga y gloriosa carrera dramática. (4)

De suponer era que, quien en el dintel de la vida habia demostrado tan felices disposiciones para el cultivo de la comedia, no habia de dejar ociosa la pluma durante su carrera escolar, cuando, esmaltado su estro poético con tantos y tan varios conocimientos, le era dable imprimir á sus nuevas creaciones aquel sello de sublimidad y grandilocuencia que nos ofrece el brillante catálogo de sus dramas y de sus *Autos Sacramentales*. Y en efecto, segun su biógrafo D. Juan de Vera Tasis y Villarroel, al terminar sus estudios, labrado ya perfectísimo poeta, tenia ilustrados los teatros de España con sus ingeniosas comedias. (5)

De regreso á la Corte le vemos figurar en la justa poética que en 1620 celebró Madrid en honor de San Isidro, siendo acreedor á que el inmortal Lope de Vega, al hacer el elogio de los que habian tomado parte en aquel torneo literario, ensalzara las prendas de su talento hasta el punto de compararle con los más renombrados vates griegos y latinos:

*A D. Pedro Calderon  
admiran en competencia  
cuantos en la edad antigua  
celebran Roma y Atenas.*

Altísimo concepto del que tres lustros despues, aventajando en arte á su maestro, habia de ostentar en su mano el cetro de la escena española. Pero si en esta justa se limitó el Fénix de los ingenios á realzar las disposiciones poéticas de aquel jóven extraordinario, en la celebrada en 1622 por disposicion del rey, con motivo de la canonizacion del glorioso Patrono de la coronada

villa, dispensó á las décimas, tercetos, cancion, romance y glosas que escribió en honor del Santo la distincion de hacerle figurar entre los galardonados en aquel público certámen, despues del elegante y disertó Francisco Lopez de Zárate.

Ya viene armado de letras  
y de latinós y griegos  
que son la luz adquirida  
del claro nativo ingenio  
Francisco Lopez de Zárate  
á más elogios dispuesto  
que dió la fama á Virgilio  
y la antigüedad á Homero.  
Y á D. Pedro Calderon  
que merece en años tiernos  
el laurel que con las canas  
suele producir el tiempo.

Mas si la flexibilidad de su númen poético se acomoda á todo linaje de tonos, sus singulares dotes dramáticas le arrastraban de nuevo al cultivo de la comedia, escribiendo la intitulada *En esta vida todo es verdad y todo es mentira* que, representada en 1623, dió origen más tarde al *Heraclio* del gran trágico francés Pedro Corneille. Otra produccion no menos estimada, *La Virgen de los Remedios*, apareció por aquel tiempo en la escena, obra indubitadamente suya, si se considera que fué incluida por Calderon en el catálogo de las auténticas, remitido con carta fecha 24 de Julio de 1680 al Excmo. Sr. Duque de Veraguas. En el mismo año de 1623 se solazaba el público madrileño con las sales, chistes y donaires de la intitulada *El privilegio de las mujeres*, sabrosísima sátira escrita en compañía del Dr. Juan Perez de Montalban y D. Antonio Coello con motivo de la famosa pragmática sobre los trajes de las mujeres, suspendida, apenas publicada, á instancias de elevadísima persona.

Valeroso, emprendedor y bizarro, hermanó Calderon las armas con las letras, y amantísimo de su ley, de su rey y de su patria, réciamente combatida en Milan por la desapoderada codicia del

rey de Francia, y en los estados de Flandes por las desatadas iras de los apóstatas luteranos, se alistó en 1625 bajo el santo estandarte de los soldados de Cristo, cuyas heroicidades y proezas canta en alto contrapunto, sirviéndole de tema para la comedia *El sitio de Bredá* el gloriosísimo triunfo alcanzado por las armas castellanas y su general el Marqués de Espínola con la rendición de aquella fortísima plaza, albergue y madriguera de herejes.

Tres años, á lo que parece, estuvo Calderon en el servicio, pues en el de 1629 suena su nombre en cierto triste suceso, pasto, durante algunos dias, de las murmuraciones y censuras de la Corte. Fué el caso que desazonado un hermano suyo, sin que se sepa el motivo, con un farsante llamado Pedro Villegas, encajó con él á cuchilladas; pero en tan mala hora y con tan negra fortuna, que quedó mortalmente herido. Divulgado el accidente, acudió nuestro poeta, espada en mano, con copia de amigos y deudos, los cuales, sospechando que el comediante se habia ocultado en el Convento de monjas Trinitarias, frontero al sitio de la reyerta, penetraron en él, sin que fuera parte á estorbar el desacato la justicia que se hallaba presente. Diremos, sin embargo, en honor de D. Pedro Calderon, que no llegó á pisar los dinteles de la puerta claustral, pues al ver á las vírgenes del Señor desoladas y llorosas y al reparar en la cruz que decoraba los pectorales de sus hábitos, luego al punto se desvanecieron sus iras y, volviendo el acero á la vaina, dijo que perdonaba al delincuente. Acaso el gran poeta recordaba este suceso al escribir en su comedia *La devocion de la Cruz* los siguientes versos:

La cruz que he visto en su pecho  
Señal prodigiosa ha sido.

Desde 1625 hasta el fallecimiento de Lope de Vega, ocurrido en 21 de Agosto de 1635, escribió Calderon sobre catorce comedias y tragedias, figurando entre ellas algunas de las que en estos diversos géneros le granjearon mayor fama y renombre, como *La dama duende*, *Casa con dos puertas mala es de guardar*, *El astrólogo fingido*, *El médico de su honra*, *El mayor mónstruo los celos* y *La vida es sueño*.

Lope de Vega, que no pecaba de escatimador de alabanzas á

los ingenios sus contemporáneos, así nacionales como extranjeros, á veces sin títulos ni merecimientos reales, no podía hacer caso omiso en su *Laurel de Apolo* del estilo y dulcedumbre poética del que, émulo ya de sus glorias, ascendía en alas de la fama, entre el atronador aplauso de la muchedumbre, á las cimas del Parnaso.

Con decirte las señas  
Aunque callase el nombre celebrado,  
Desde las tuyas á las altas peñas  
Del alto Pindo, del licor bañado  
Á cuya orilla los ingenios nacen  
Que las doctas vigiliás satisfacen,  
Que era D. Pedro Calderon dirías;  
Verdades son, que no lisonjas mías;  
Que en estilo poético y dulzura  
Sube del monte á la suprema altura.

Á las del favor real le elevó la majestad de Felipe IV, en quien hacían competencia los gustos poéticos con las habilidades caballerescas, prefiriéndole á los otros vates dramáticos sus contemporáneos, luego que, muerto Lope de Vega, quedó vacante el cargo de director de sus fiestas.

La representacion en las cámaras de palacio de *La vida es sueño* y *El mayor monstruo los celos*, creaciones ambas que compiten, si no superan, á pesar de sus anacronismos, con cuanto de más acabado y perfecto ha producido el teatro moderno, debió dar al inteligente monarca castellano la medida exacta de la energía, de la grandiosidad y alteza y de la profundidad filosófica de aquel espíritu prepotente que con tales colores, tales y tan vigorosas pinceladas pinta la vanidad de las pompas mundanales y la vehemencia y furibunda pasion de los celos.

Ni Tirso con su vis cómica, ni Alarcon con su moralidad, ni Moreto con su depurado gusto, ni Rojas con su altisonancia y brillante colorido pudieron nunca disputar el favor público al que, con poseer todas estas excelencias, era además encarnacion augusta del genio nacional con sus aspiraciones y anhelos, sus inmarcesibles glorias y grandezas, su lealtad caballeresca, su ardentísima fe y su encendido amor y rendimiento á la Santa Iglesia de Cristo.

En significacion de su afecto hizole merced Felipe IV en 1636 del hábito de Santiago, distincion á que correspondió con usura el agradecido poeta escribiendo desde aquella fecha hasta fines de Junio de 1640 nada menos que veinte y siete comedias, entre ellas las celebradísimas *El mágico prodigioso* y *A secreto agravió secreta venganza*. Por este tiempo, respondiendo á sus obligaciones de caballero, asistió como soldado en las compañías de guardias del Rey, á las órdenes del Conde Duque de Olivares, á la guerra de Cataluña, no obstante que la industria del monarca castellano quiso retenerlo en la Corte, mandándole escribir la comedia *Certámen de amor y celos* que, por no cejar en sus propósitos nobilísimos, no se dió punto de reposo hasta dejarla terminada. Sus servicios en el ejército como cabo de escuadra, cargo puramente honorífico para que fué nombrado por el Capitan de su Compañía D. Pedro Porres, su arrojo y valentía, la gloriosísima herida que recibió en la sangrienta jornada de Constanti, cuyo campo de batalla no quiso abandonar á pesar de aquel doloroso contratiempo, y las importantes comisiones confiadas á su discrecion y tacto no le valieron otra recompensa que una pension de treinta escudos en la consignacion de la artillería. Galardon modestísimo que demuestra la parquedad en aquel tiempo de las mercedes reales.

Ni distrajeron á Calderon las atenciones militares ni la azarosa é inquieta vida del campamento para dar ocupacion á sus aficiones. Durante el tiempo que estuvo en campaña escribió diez comedias, entre las que son de notar *La exaltacion de la cruz* y *Mañanas de abril y mayo*.

Dicho se está que cada una de estas composiciones redituaba á Calderon larga cosecha de aplausos; los cuales hubieran concluido por desvanecerle, si su profunda humildad hubiera consentido el acceso á pensamientos soberbios. Circunspecto y prudente, jamás hizo valer sus timbres de gloria, su alta alcurnia y abolengo ni la conciencia de su superioridad intelectual para recabar del monarca granjerías ni encumbramientos. Ni aun aspiró á trocar su vida modestísima por otra más holgada ó de mayor regalo. Antes, huyendo del bullicio del mundo, retírase Calderon, apenas regresa de Cataluña, á Alba de Tormes, en cuya soledad hubiera acaso terminado su honrada vida, consagrado á obras de recogimiento y devocion, si un decreto real no le hubiese llevado nuevamente á la

Corte para disponer y describir los festejos públicos que habían de celebrarse con motivo del casamiento del monarca con la Archiduquesa D.<sup>a</sup> Mariana de Austria.

Acudió el súbdito fiel al ordenamiento del rey, y cumpliendo su encargo escribió una extensa memoria que intituló *Noticia del recibimiento y entrada de la Reina nuestra Sra. D.<sup>a</sup> Maria Ana de Austria en la muy noble y leal coronada villa de Madrid*, dada á la estampa en 1650. Ni se limitó á esto su solicitud por hacerse agradable al rey, pues entre las comedias con que se festejó aquel enlace figura la denominada *Guárdate del agua mansa*, en la cual describió el poeta detalladamente el agasajo con que recibió la villa á su jóven y bella soberana el 13 de Noviembre de 1649, cuando, desposada ya con su tío D. Felipe IV, pasó en público del Retiro á su real Alcázar. (6)

Interrumpidos los pensamientos que embargaban el espíritu de Calderon durante su estancia en Alba de Tormes por estos quehaceres y cuidados, volvieron á ocuparle con más ímpetu y pujanza, y penetrado de la inanidad de las cosas del mundo, ambicioso, con ser su vida ejemplar, de otra más sosegada y perfecta, obtuvo, al cabo de dos años, licencia del Consejo de las órdenes militares para ingresar en el sacerdocio.

Prodigiosa fué, sin embargo, la fecundidad de su musa en este corto espacio de tiempo, pues solo en el año de 1651, como si su propósito definitivo hubiera sido despedirse para siempre de la escena (7), escribió veintiseis dramas, entre los cuales figuran *El Alcalde de Zalamea*, *Amar despues de la muerte*, *La Cisma de Inglaterra*, *Luis Perez el Gallego*, *La niña de Gomez Arias* y *El pintor de su deshonra*.

Honró el monarca su nuevo estado con una capellanía de la de Reyes de Toledo, de que tomó posesion en 19 de Junio de 1653. Mas como el servicio de ésta prebenda alejase á Calderon de la Corté, llevóle Felipe IV á su lado, nombrándole capellan de honor con abono de los emolumentos y gajes de la de Toledo, asignándole además una decorosa pensión sobre las rentas de la isla de Sicilia. En este año, que fué el de 1663 (8), ingresó en la Congregacion de presbíteros naturales de Madrid, á la que, propuestas las obligaciones de la sangre, dió en sus últimas disposiciones pruebas de su grande estima.

Director de aquellas régias fiestas en que se desplegaba una

grandeza y fastuosidad maravillosa, no se limitó Calderon á escribir para los teatros de la Corte. Aunque sin la prodigiosa fecundidad de Lope, todavía alcanzaba su solicitud á proveer de sabroso pasto y esparcimiento al público madrileño, para cuyo delicado paladar era insulso ó desabrido cuanto en el género dramático no llevaba el sello de su nombre. Pero no paraba en esto su actividad; cediendo á veces á humanos respetos ó á demandas inexcusables, componia tambien para puntos de escasísima importancia, como sucedió con una de sus más celebradas obras, *El mágico prodigioso*, escrito para la villa de Yepes. Y aunque son contados los ejemplos en órden á las comedias de intriga y de amor ó de capa y espada, no sucede lo propio con los *Autos Sacramentales* que, á más de los destinados á la Corte, compuso no pocos para poblaciones de la importancia de Toledo, Sevilla y Granada (9), de donde eran llevados por compañías ambulantes hasta las más reducidas aldeas.

Obligada la Congregacion de sacerdotes naturales de Madrid á las señaladas muestras de afecto que le habia dispensado su nuevo cofrade, le nombró, no bien cumplidos los tres años de su ingreso en ella, su capellan mayor, distincion á que correspondió con usura el agracedido poeta instituyéndola universal heredera en propiedad de todos sus bienes, y en usufructo, prévia imposicion de aquellos en renta, á su hermana D.<sup>a</sup> Dorotea (10), religiosa profesada del convento de Sta. Clara en la ciudad de Toledo, aplicándolos, despues de su fallecimiento, á los piadosos fines del instituto. Lleva el testamento, otorgado ante Juan de Búrgos, escribano de número de la villa y corte de Madrid, la fecha del 20 de Mayo de 1681 y la del 23 un codicilo cerrado. Cargado de años, pero no postrado de espíritu (11), puestos los ojos en Dios y con el santo sosiego y tranquilidad de las almas justas, pasó D. Pedro Calderon de la Barca de esta vida á la perdurable el 25 de Mayo de 1681. (12)

Humilde hasta la muerte, dispuso se diera sepultura á su cádáver sin ostentacion ni pompa, habiéndose verificado su entierro en el dia siguiente al de su fallecimiento, siendo depositados sus restos mortales en la cripta de la capilla de S. José, parroquia del Salvador.

Ganosa la Corporacion de presbíteros, su heredera, de perpetuar la memoria de su ilustre hermano, mandó colocar sobre su

sepulcro el retrato de Calderon, hecho por el pintor Francisco Zorrilla (13), y esculpir sobre el mármol que cubria sus restos el siguiente epígrafe latino:

**D. O. M.**

D. Pedrus Calderonius de la Barca, Mantuae  
urbe natus, mundi orbe notus,  
rubro D. Jacobi stemmate auratus eques,  
catholicorum regum Toleti,  
Philippi IV et Caroli II Matrili ad honorem,  
flamen.

Camœnis olim deliciarum amœnissimum flumen.  
Quæ summo plausu vivens scripsit,  
moriens præscribendo despexit.  
Mystarum ex indigenis cœtum  
hæredem hac lege reliquit;  
ut veræ gloriæ cupidum tumularet inglorium;  
munifico tamen gratus benefactori,  
hoc marmore condidit  
octogenarium.

Anno Domini M.D.C.LXXXII.  
Nec regum plausu fide nec ingenio.

Andando el tiempo fué destruida la iglesia del Salvador, con cuyo motivo se trasladaron en 1841 los restos mortales del gran poeta á la capilla de la Sacramental de S. Nicolás, donde permanecieron hasta que en 1869, por disposicion de D. Manuel Ruiz Zorrilla, á la sazón Ministro de Fomento, fueron depositados en la iglesia del convento de S. Francisco, destinada para panteon de españoles ilustres. Pero fracasado este pensamiento, la Corporacion de presbíteros naturales de Madrid los restituyó al lugar que les sirvió de sepultura desde 1841.

Compuso Calderon, segun su biógrafo Vera Tasis, más de cien *Autos Sacramentales*, sobre ciento veinte comedias, doscientas loas divinas y humanas, cien sainetes varios, el libro de la entrada en Madrid de la Reina D.<sup>a</sup> Mariana de Austria, un discurso

sobre los cuatro Novísimos, en octavas; un tratado defendiendo la nobleza de la pintura; otro en defensa de la comedia; y una colección de canciones, sonetos, romances, con otros metros á varios asuntos, premiados en el primer lugar de certámenes y academias.

## II.

Causó la muerte de Calderon un duelo universal. Dilatada la fama de su nombre por toda la Europa culta, en cuyas principales Cortes, apenas representadas en España, eran conocidas y traducidas ó imitadas sus más señaladas producciones (14), le tejieron las musas en Lisboa, Nápoles y Milan, como lo hicieron en Madrid los poetas sus contemporáneos y en Valencia los ilustres caballeros de su Alcázar, una hermosa corona de eruditísimos elogios.

La brillante escuela dramática española, que admiramos en las obras de Lope de Vega en el vigor y lozanía de la juventud, alcanza en Calderon su más alto grado de perfeccion y desarrollo, pudiendo decirse que con la muerte de aquel ingenio incomparable entra en pleno período de languidez y decadencia; pues si bien Moreto y Rojas, siguiendo los pasos de tan gran maestro, ilustraron la escena con producciones verdaderamente admirables, emulando y aun aventajando á veces á su modelo en la traza de los caracteres y en la perfeccion de géneros determinados, como lo hizo Moreto en las comedias de figuron, es lo cierto que, habiéndoles sobrevivido, el teatro fué rápidamente caminando á su ocaso, sin que fueran parte á atajar su caída los esfuerzos de sus últimos representantes, Bances Candamo, Zamora y Cañizares.

Diversos han sido los juicios sobre el mérito de Calderon de la Barca. Tildados de apasionados los unos é inspirados los otros en preocupaciones de escuela y, lo que es peor, en el mal disimulado odio á la religion católica, cuyo apologista y cantor sagrado fué el gran dramaturgo del siglo XVII, hubo necesidad de que la docta Alemania saliera á su defensa, poniendo en su punto por los elocuentes labios de los hermanos Schlegel el lugar que corresponde en la historia del arte y literatura dramática á aquel genio extraordinario.

La autoridad de críticos tan eminentes, en cuyos ojos es Calderon el prototipo del arte escénico cristiano, el genio más portentoso que, despues del divino Dante, ha producido la literatura ro-

mántica, despertó en la Europa civilizada la afición al estudio de sus obras. Por los años de 1827 á 1830 publica en Leipsik Jorge Keil una colección en castellano de sus comedias; Solger, Hegel y Lemcke se hacen cargo de él en sus tratados de Estética; el Baron Schack y Schmidt analizan menudamente su teatro; en él se inspiran Goethe y Schiller, compartiendo el entusiasmo que les arranca su lectura con el que tenían por Shakspeare, collar de oro de la dramática inglesa, y Rosenkrantz escribe un concienzudo estudio comparativo entre el *Fausto* y *El Mágico prodigioso*.

No son menos dignos de estima los trabajos críticos de los franceses, entre los cuales debemos mencionar los de Philarète Chables, Viel-Castel, Damas Hinard, Puibusque, Latour y Morel Fatio. Á la exposicion y estudio del teatro calderoniano dedica tres capítulos en su *Historia de la Literatura Española* el anglo-americano Ticknor.

En nuestra patria aparecen al frente de esta reaccion romántica D. Agustín Durán, Bohl de Faber y D. Alberto Lista, á quienes siguieron Gil y Zárate, Hartzenbusch, Gonzalez Pedroso, Ayala, Canalejas, Escosura, Catalina y D. Aureliano F. Guerra y Orbe, honor de esta Escuela y de las letras españolas.

Si las obras de los hombres son el vivo reflejo de las propiedades de su espíritu, en las de D. Pedro Calderon de la Barca se ven extrinsecadas con perfeccion singularísima las nobles prendas de su alma. Perspicacia y solidísimo juicio, profundísima sabiduría, conocimiento y comprension altísima de los hombres y de su siglo con sus grandezas y flaquezas, sus energías y sus desmayos; la moral por base y fundamento de su vida toda; su ardentísimo afecto é incondicional adhesion á la Santa Iglesia Católica; el desprecio sin aparato ni jactancia de las pompas mundanales, su aspiración constante á ensalzar la religion, cuyos fundamentales dogmas pone al alcance del vulgo más ignorante, explicando con claridad prodigiosa sus arcanidades teológicas; y su acendrado amor al rey y á la patria con sus sábios, sus héroes y sus santos; tales son las dotes con que brilla á nuestros ojos Don Pedro Calderon de la Barca; tan resplandeciente se nos ofrece el espíritu de aquel que fué en vida sacerdote ejemplar, dechado de hidalgos, corona, luz y espejo de caballeros cristianos.

Y si tal es nuestro concepto no causará extrañeza que, entre las diferentes tendencias críticas que hemos señalado, nos inclinemos

á aquellas que, como la de Vera Tasis, califica á Calderon de oráculo de la Corte, ansia de las extranjeras, padre de las musas, luz de los teatros, admiracion de los hombres, modelo de virtudes, caritativo y liberal, humilde y prudente, modesto y cortés, dulce y sonoro en el verso, en lo amoroso honesto, elegante y sublime en la locucion, docto y ardiente en la frase, grave y fecundo en la sentencia, agudo y primoroso en la idea, original y copioso en la inventiva y, finalmente, singular y eterno en la fama. Y si se dijera que la hipérbole corria en este encomio parejas con la amistad, respondan por él sus obras, en las cuales resplandecen todas estas excelencias, y con ellas el parecer de sus contemporáneos.

De la propia opinion es su otro biógrafo D. Gaspar Agustin de Lara, el cual, en el prólogo de su *Obelisco fúnebre* añade en su alabanza, que no hubo academia en que no lograrse el universal aplauso, certámen en que de justicia no alcanzase el primer premio, ni fiesta que no se celebrase con sus consonancias.

Más extremado aun es el elogio del Maestro Fray Manuel de Guerra y Rivera, teólogo y catedrático de Filosofía en la Universidad de Salamanca, predicador de S. M. y examinador sinodal del arzobispado de Toledo, el cual en la aprobacion de la *Nueva quinta parte de las comedias de Calderon* se expresa en estos términos: «¿Quién ha casado lo delicadísimo de la traza con lo verosímil de los sucesos? Es una tela tan delicada que se rompe al hacerla, por que el peligro de lo muy sutil es la inverosimilitud. Alargue la admiracion los ojos á todos sus argumentos y los verá tan igualmente manejados, que anden litigando los excesos. Las comedias de santo son de ejemplo, las historiales de desengaño, las amatorias de inocente diversion sin peligro. La majestad de los afectos, la claridad de los conceptos, la pureza de las locuciones las mantiene tan tirantes que aun las conserva dentro de las sales de la gracia. Nunca se desliza en puerilidades, nunca decae en bajeza de afectos. Mantiene una alta majestad en el argumento que sigue, que si es de santo, le ennoblece las virtudes; si es de príncipe le enciende á las más heróicas acciones; si es de particular le purifica los afectos. Este mónstruo de ingenio dió en sus comedias muchos imposibles vencidos. Noten cuantos. Casó con dulcísimo artificio la verosimilitud con el engaño, lo posible con lo fabuloso, lo fingido con lo verdadero,

lo amatorio con lo decente, lo majestuoso con lo tratable, lo heróico con lo inteligible, lo grave con lo dulce, lo sentencioso con lo corriente, lo conceptuoso con lo claro, la doctrina con el gusto, la moralidad con la dulzura, la gracia con la discrecion, el aviso con la templanza, la reprension sin herida, las advertencias sin molestia, los documentos sin pesadez; y en fin, los desengaños tan caidos y los golpes tan suavizados, que solo su entendimiento pudo dar tantos imposibles vencidos.»

Cierto que contra este juicio se levantaron algunos escritores en son de protesta, volviendo por los principios morales atropellados, en su sentir, en el teatro de Calderon, cuyo sistema dramático, en su parte esencial ó de fondo, descansaba en las falsas ideas que del honor tenia la sociedad española en la época de Felipe IV y de Carlos II. Pero que estas censuras, acentuadas con más vigor y destemplanza en la segunda mitad del siglo XVIII por Luzan, Nasarre y D. Nicolás Fernandez Moratin, tenian mucho de exageradas, lo demuestra el hecho de haberse estrellado en el juicio de los que, conociendo la condicion de los tiempos en que escribió el poeta, no daban á sus tendencias dramáticas más alcance del que realmente tenian. Pero si tal fué el resultado de la crítica de estos Aristarcos, la influencia del neo-clasicismo francés, extremada con la venida á España de la casa de Borbon y con ella de los gustos dominantes en la fastuosa Corte de Luis XIV y Luis XV, se deja sentir poderosamente en nuestra literatura, y haciendo olvidar á muchos de nuestros ingenios las gloriosas tradiciones de sus mayores, los convirtió en admiradores y panegiristas de los franceses, cuyas obras, acicaladas con los afeites de un clasicismo adobado á su usanza, fueron preferidas á cuanto de más bello, regalado y sublime habia producido la musa romántica. Penetra, pues, el enciclopedismo en las gentes de letras y se considera á Voltáire como la aurora de aquel renacimiento que, comenzando por proscribir de la escena las concepciones más grandiosas de Calderon de la Barca, so pretexto de piedad y religion, concluyó por mirarlas con soberano desden, como obras disparatadas de un cerebro enfermo.

Gobernado el timon literario por críticos forjados en la poética de Batteux y saturados los espíritus con los vientos desapacibles del filosofismo francés, fácil era suponer que, en la deshecha borrasca que amenazaba á la nave literaria, habia de arrojarse al

agua el lastre de nuestra grandeza poética, sustituyéndola con imitaciones descoloridas y pálidas, con cuerpos sin alma y con un realismo convencional, sombra de contornos difumados de aquellos modelos eternos de belleza formal que nos legó la antigüedad clásica. Á estas preocupaciones, engendradas por la moda dominante, se debió el desprecio de la Edad media, calificada de bárbara, encortezada y rústica, y el de los más claros ingenios de los siglos XVI y XVII, apacentados en los inmarcesibles vergeles del catolicismo.

¿Cuál otro fué el móvil de aquella malevolencia é inquina de los extranjeros contra la casa de Austria y más señaladamente contra su más augusta personificación, el prudentísimo D. Felipe II, en quien se simboliza nuestra grandeza nacional, ni qué otro el bárbaro atropello ejecutado sin piedad ni miramiento contra la ilustre Compañía de Jesús por los ministros de Cárlos III?

Pero cesando en estas consideraciones generales, veamos á qué se reducen los defectos de más bulto que los críticos del siglo XVIII, desde Luzan á Moratin, y los del presente, encuentran en las obras dramáticas de D. Pedro Calderon, pues aunque han sido refutados victoriosamente por doctísimos literatos, entiendo que aun puede añadirse algo á sus observaciones.

Disgustaba á los pretendidos discípulos de la poética de Aristóteles el barajamiento en las comedias heróicas y trágicas de Calderon, de reyes y príncipes con personas de inferior condicion, partiendo del supuesto de que tal novedad desdecia de la páuta erigida en ley por los clásicos griegos y de la grandeza y majestad de este linaje de poemas escénicos. Olvidaban al hacer esta observacion baladí dos cosas: 1.<sup>a</sup> que en las tragedias helénicas figuran personas de condicion humilde, y 2.<sup>a</sup> que la representacion escénica es trasunto de la vida real, de la vida social, en la cual se hallan enlazadas las personas por relaciones recíprocas, como lo están los eslabones de una cadena y como, en más vasta escala, lo están unos con otros todos los séres del universo. El señor supone al súbdito, el amo al criado, el marido á la mujer, el padre de familia á los hijos. La existencia de clases y jerarquías, de grandes y chicos, como de sábios é ignorantes, es condicion necesaria de todo organismo social, de toda manifestacion de la vida, no ya en los pueblos y naciones que han alcanzado cierto grado de civilizacion, sino en las sociedades más embrio-

nales y rudimentarias, en las que, por otra parte, no se ha de buscar el génesis de la cultura, sino el retroceso de un pueblo que, perdidos los memoriales de su pristina grandeza por culpa de su propio albedrío y mediante la exaltación de sus apetitos desordenados, ha sepultado su espíritu en los abismos de la degradación, haciéndose semejante á los brutos animales. Porque es sabido que en el compuesto humano, cuando la concupiscencia exalta la carne, sofoca la esplendorosa luz del espíritu, borrando de nuestro rostro aquel sello refulgente que declara al hombre hijo de Dios y heredero de su gloria.

En el pueblo griego, como en todos los de la antigüedad, la unidad social suponía la variedad de inteligencias asociadas, y si esta variedad, en punto á jerarquía, no era tan radical y absoluta como en las naciones del antiguo mundo oriental, en que las castas, símbolo de la teología emanatista y del filosofismo panteista, formaban cuerpos de dominadores y dominados, sin más enlace ni cohesión entre sí que el de la servidumbre mantenida por la fuerza bruta, todavía se hallaban divididos en tribus, con sus jefes superiores y ethnarcas, sus tribunales y jueces, su cuerpo sacerdotal, sus esclavos y sirvientes; que el nombre de democracia, dado por antífrasis á aquella inquieta y turbulenta demagogía helénica, no gobernada por la ley de la caridad ni del amor, sino por la soberbia, la desvergüenza y el libertinaje, era una palabra vana y sin sentido para cuantos gemían agobiados bajo la inmensa pesadumbre de su tiranía.

La índole de aquel pueblo no consentía, pues, que los poetas fueran á buscar sus asuntos, con haberlos señalados y eminentes, en las escenas de la vida humana contemporánea, como lo hizo el teatro romántico, por que, aparte de ser marco estrecho y reducido para la tragedia, tenían que renunciar al sobrenatural, fuente inagotable de lo maravilloso dramático, cuyo empleo hubiera sido verdaderamente cómico, tratándose de personas de la época de Clisthenes y de Pericles, y mucho más de la de Cléon y Lamaco. Esa esfera de la realidad presente era materia más propia de la comedia y pasto más sabroso de los chistes y gracejos de Aristofanes y de su escuela, con los cuales, á manera de poderosa piqueta, se quebrantaba, sino se demolía, el orden de cosas existente. El poeta dramático, por consiguiente, tenía que recabar sus asuntos de las fábulas y mitos populares, de los can-

tos épicos de sus héroes y semidioses leyendarios, á cuyas figuras prestaba esta circunstancia aquel no se qué de sobrehumano y de grandioso, que tan de relieve puso el profundo sentido estético de Esquilo, y con rasgos y pinceladas más humanos la musa de Sófocles y de Eurípides. La disposición de estas tragedias pedía de suyo más sencillez. La vida que en ellas se representaba era menos rica, menos variada, las relaciones sociales menos complejas que en las sociedades cristianas, y el hecho ilustre y calamitoso estaba vinculado en semidioses, héroes ó familias de héroes, como las de Agamenon y de Edipo. Los actores, por consiguiente, estaban reducidos á muy corto número; exigíalo así la fábula; pero no se componían exclusivamente de reyes, héroes, dioses y semidioses, según dejamos dicho, sino que con ellos intervenían en la acción, como era natural, individuos pertenecientes á las ínfimas clases sociales. Un esclavo abre la escena en el *Agamenon*; en *Los Siete contra Tebas* y en *Los Persas*, simples soldados desempeñan el oficio de mensajeros y pregoneiros; una esclava figura en el *Ajax de Sófocles*; en *La Electra* interviene un ayo de Orestes; en el *Edipo rey* hay varios siervos, y un carcelero ó guarda en la *Antígona*. Eurípides hace jugar un papel importante á un viejo esclavo en su *Ifigenia en Aulis*; en el *Hipólito* intervienen el mismo actor y la nodriza de Fedra, y, finalmente, ambos se hallan delineados con mucho realce en la *Medea*.

Es más; el coro, que nunca abandonaba la escena, representaba á menudo las más humildes clases de la sociedad, á las cuales pertenecen los individuos, cuyo concurso en la fábula romántica fué mirado con mal gesto y desabrimiento por aquella crítica adusta.

Pero hay más aun; lo que no se compadecía con el organismo de la sociedad pagana es elemento potísimo del estado cristiano. Jesucristo, que vino al mundo á quebrantar toda suerte de servidumbres, reintegró en sus derechos á la familia, santificando la autoridad en el padre, la obediencia en el hijo, la fidelidad y honestidad en la mujer, y revelando al hombre la alteza de su origen y de sus destinos inmortales, fundió en un mismo sentimiento el amor á todos los corazones.

Si las jerarquías sociales marcan una división en los hombres, la desvanece la religion cristiana, que es toda caridad, y ni el

encumbrado se considera grande con el pequeño, ni la humildad se convierte en bajeza ante el poderoso. En su respectiva condicion, cada cual llena el fin de la vida, cuyos primeros preceptos son el servicio de Dios y el amor del prójimo. ¡Maravillosa suma y compendio de los mandamientos divinos!

Véase, por lo expuesto, cómo la mujer, relegada en el paganismo al *gyneceum* ó presa del desenfreno y del libertinaje, se convierte en dulcísima amiga y compañera del hombre; cómo el amor es el principal resorte del teatro moderno, cómo personas de toda estofa y condicion intervienen dignamente en el enredo dramático y cómo, finalmente, hasta el humilde criado juega en él importantísimo papel, sea su amo príncipe ó monarca, dado el ideal cristiano de la sociedad heril.

Esta igualdad en la variedad de condicion, basada en el concepto de la paternidad divina y la fraternidad humana; esta cordial comunicacion y dulcísimo cambio de afectos entre la humildad y la grandeza, entre el pobre y el rico, dignifica hasta tal punto á las personas dramáticas, que ni ponian enojo en el amo la familiaridad y franqueza del criado ni le desplacian sus advertencias y consejos, ni maravilla, á quien conoce la altura á que habia llegado la instruccion en los siglos XVI y XVII, que la gente popular y comun, pulimentada con el trato y comunicacion de la nobleza, remedase los términos cultos y altisonantes en que aquella se producía.

De la España de entonces puede decirse que era una inmensa almáciga de hidalgos, y aunque no faltaban entidades de aquella ruin laya que nos pintan de mano maestra, desde Hurtado de Mendoza hasta Castillo Solorzano, cuantos escribieron novelas picarescas, ni aun esos, en sus relaciones recíprocas, se rehusaban el título de caballeros: ¡tan hondas raíces habian echado en aquella sociedad los fueros de la dignidad humana! Aun dura esta costumbre, no obstante la diversidad de los tiempos, en esta generosa tierra de España entre gentes de toda condicion y estado.

Y adviértase que la familiaridad del criado, producida por esta comunicacion de afectos, nunca llegaba á ser soez ni villana, encontrando freno todo exceso ó demasía en el respeto y majestad personal de su amo.

Si Calderon y nuestros primeros poetas escénicos hubieran barajado las especies y, trocados los papeles de príncipes y reyes

con los de sus inmediatos servidores, hubieran medido á unos y otros por un mismo rasero, razon sobrada habria para censurarlos; pero considérense atentamente las personas que entran en escena, y se verá brillar en el fondo de los pensamientos y en la forma en que cada una concurre personalmente á la representacion de la accion total, la diferencia específica del que siendo noble de raza habla como nôble, y del que, siendo villano, como villano se produce.

Però hay otra consideracion capital, á nuestro entender, que, tenida en cuenta, abona, legitima y realza ese concurso de individuos, pertenecientes á diferentes clases sociales, en la literatura dramática. Si la historia de la vida humana nos brinda en ocasiones con rasgos de alta belleza, no es menos cierto que sus más seductoras escenas andan mezcladas con lo imperfecto y lo vulgar. Nada más atractivo y encantador que aquella delicadeza, aquel rendimiento, aquel afecto amartelado de los galanes de nuestro teatro, pero nada más chocante y abigarrado que la exageracion de tan bellos sentimientos. Pues bien; en las comedias calderonianas al exceso se juxtapone el correctivo, la extremada afectacion se halla moderada por la naturalidad, y en los amores del criado y la criada, del escudero y de la dueña, que tan importantes papeles juegan en la fábula dramática, se encuentra el epigrama, la sátira jocosa del de sus respectivos amos. En una palabra, el realismo de la vida en contraste con el idealismo del amor, lo cómico, urbano y decoroso con lo verdaderamente dramático.

### III.

Discordante con la seriedad de la tragedia parecerá acaso que en las de Calderon de la Barca intervengan caracteres cómicos; pero lo que no es objeto de censura en el teatro clásico, considerado por sus admiradores como la forma más acabada, como el dechado óptimo de este linaje de poemas escénicos, tampoco debe serlo y con razon en el de nuestro gran dramaturgo. Personajes cómicos son el Océano en el *Prometeo* de Esquilo y la nodriza Cilisa en *Las Coéforas*, y no otra significacion tiene el coro en el *Agamenon* cuando, avisado por los lamentos del mísero rey que Clitemnestra le está asesinando, discute y cabildea si ir ó no en su auxilio. Recordaremos también que en la tragicomedia de

Plauto el *Anfitrión*, en que intervienen reyes y príncipes, desempeña un papel principalísimo Sosia, que es un carácter de todo punto cómico.

Y aquí viene de molde vindicar á Calderon de otro de los defectos que le echan en cara sus críticos, á saber: la falta de vis cómica. Tiénela y muy subida sus comedias, no en verdad á la manera de las de Aristófanes, cuyos personajes son cómicos por sí mismos, sino en la forma que la pedian los sujetos representados, los cuales no lo eran ni aun de figuron, ni avaros, fanfarrones ó truhanes, sino apuestos galanes y gentilísimas damas contra quienes hubiera sido mengua, descompostura y desacato esgrimir las armas del ridículo. La sal y pimienta del elemento cómico estaba en estos dramas en las intrincadas situaciones, en el apuro del enredo, en aquellos nudos al parecer insolubles en que corría evidente riesgo la reputacion ó la honra, embrollo que, realizado por el aturdimiento y la perplejidad de los amantes y por el gracejo chispeante del gracioso, regocijaba grandemente al público, excitando la hilaridad y expansion del ánimo sin menoscabo ni ofensa de nadie. Y en este punto hay que convenir que en la pintura del actor cómico no puede tildarse á Calderon de monotonía, antes se halla trazado en sus obras con marcada soltura y desenfado.

Esas personalidades que ponen en contradiccion sus actos con plena calma y reposo para anularlos por sí mismos, es vano intento registrarlas en el teatro de Calderon. Lo cómico puede hallarse en el personaje mismo ó en los accidentes circunstanciales de la acción, en el carácter ó en las peripecias. Pues bien; no teniendo nada de risibles las damas y galanes de nuestro insigne poeta, hay que relegar el elemento cómico de sus dramas, como queda dicho, á las situaciones creadas por el artista.

Demás de esto; lo cómico parece como que tiene su propio asiento y morada allí donde impera la simplicidad ó el encortezamiento, es decir, en aquellas clases sociales cuyos individuos, incapaces de toda pasion delicada y profunda, piensan y obran irracional ó ridículamente, sin darse cuenta de la oposicion de sus faltas con las leyes de la razon práctica ó especulativa.

No es decir por esto que lo cómico no se revele y manifieste en sujetos de más alto linaje. Hidalgo era D. Quijote y, sin embargo, entre todos los tipos cómicos que ha producido la literatura

moderna, como el D. Abundio de *Los novios* de Manzoni y el Falstaff de la primera y segunda parte de Enrique IV, y de *Las alegres comadres de Windsor* de Shakspeare, ocupa el lugar más preeminente.

Yo creo que el profundo sentido caballeresco de Calderon hubiera considerado delito de lesa hidalguía satirizar á la nobleza que hace intervenir en sus dramas, aunque de ordinario fuese de segundo orden, encarnando en sus individuos los caracteres ridículos de las comedias de Plauto, el parásito de Terencio ó los personajes cómicos de Molière. Ni se compadecía esto con la gravedad castellana ni con el exaltado sentimiento del honor, que no era dable concebir, afeado por el vicio rastrero, el cinismo desvergonzado, el servilismo y la bufonería.

Y no es que Calderon careciera de ingenio para esta clase de comedia. Sus entremeses, mojigangas y jácaras rebosan chiste y gracejo; pero en ellas jamás se echa de ver la noble figura del hidalgo, sino gente de inferior condicion ó de baja ralea.

El teatro de un pueblo es el vivo reflejo de sus costumbres y de su genio, y así como la ligereza y movilidad del carácter francés explican su natural inclinacion al ridículo y á la caricatura, las condiciones contrarias del nuestro se oponen á aquella tendencia.

Insigne poeta cómico fué Aristófanes y, sin embargo, ni Plauto ni Terencio lo tomaron por modelo; por que el respeto á la autoridad, la gravedad y dignidad romanas no consentian que la vis cómica se cebara en el decoro y la reputacion de sus generales ó de sus cónsules. «No es el poeta, dice Ciceron en su República, quien tiene derecho á calificar de infame á un ciudadano, sino el censor. Pues qué? ¡Un miserable bufon, asalariado por el Edil, tendria el derecho de ridiculizar á un Scipion, á un Caton ó á un Metelo! La vida de un Romano puede ser objeto de la sentencia de los Magistrados, de una discusion legal, pero nunca de los antojos de un poeta. Nadie puede ser atacado ó insultado sin que tenga el derecho de defenderse en justicia.»

En este juicio del gran orador latino se vé el motivo de la predileccion que los poetas cómicos romanos tuvieron por las tendencias más sóciles que políticas de la comedia de Menandro y sus discípulos, la cual se ajustaba más que la de Aristófanes á la índole y gustos de aquel pueblo. Ni una ni otra consiguieron

aclimatarse en España, cuyos hábitos y aficiones discrepaban de todo punto de los de Griegos y Romanos, no obstante que sus respectivos teatros eran conocidos por nuestros humanistas, y vertidos en parte fielmente á nuestra lengua y hasta imitados (15).

#### IV.

Otro de los defectos de que se acusa á Calderon es la poca variedad de los caracteres, los cuales se hallan constantemente reproducidos en sus obras. Nace, en nuestro sentir, esta inculpacion de no haber considerado á fondo la naturaleza de su teatro. Cuando Calderon, emulando la comedia clásica, que, cierto, conocia mejor que sus impugnadores, quiere poner de relieve una aberracion del ánimo ó la tirania de una pasion desbordada, lo realiza con tal copia de colorido y perfeccion, como lo pudieron hacer respectivamente Menandro y Sófocles. Díganlo sino, segun observa el docto ilustrador de su teatro Sr. Hartzenbusch, los retratos de la nécia, la discreta y el indiferente en la comedia *Cuál es mayor perfeccion*; díganlo los caracteres del trapacero en *Hombre pobre todo es trazas*, del supersticioso y crédulo en *La dama duende*, del impostor en *El astrólogo fingido*, de la furibunda pasion de los celos en las admirables creaciones de Herodes en el *Tetrarca de Jerusalem*, de D. Juan, D. Gutierre y D. Lope de Almeida, del *Alcalde de Zalamea* y del severo á la par que justo D. Lope de Figueroa.

Los caballeros y damas que intervienen en la accion son los tipos étnicos de la sociedad española en los siglos XVI y XVII. Unos y otras tienen la misma entonacion, es cierto; se parecen y convienen entre sí respectivamente, como los bustos de las monedas acuñadas en un mismo troquel. Enamorado y bizarro, generoso y valiente, celoso de su honra, amparador de la agena, brazo del oprimido, escudo del débil, esclavo de su dama, con el amigo desinteresado y leal, dadivoso y espléndido con todos, amante de su rey y de su patria y, en suma, ferventísimo católico, tal es el galan que pone Calderon constantemente en escena.

Y qué diremos de la dama? Grave y altiva, honestísima y discreta, amante fidelísima, modelo de hijas y de esposas, perspicua de ingenio, resuelta y sagaz y, finalmente, tan dueña de sí

misma que ni la pasión le rifa el seso, ni la contrariedad le abate el ánimo.

Ahora; si descendemos á determinar el valor caleológico de las naturalezas individuales que intervienen en la fábula escénica, veremos que, con ser típico, es múltiple y vario el carácter en lo concreto y determinado. Sus matices y colores, sus trazas y dibujos son de todo punto diferentes.

¿Y qué puede pedirse, en lo que toca al carácter, á aquel espíritu de abnegación y de sacrificio, á aquel heroico desprecio de la vida en aras del honor de la patria y de la causa sacrosanta de la verdad por tan inefable modo encarnados en D. Fernando de Portugal, en *El príncipe constante*? ¿Ni qué á la vanidad é inconstancia de los auges y bienandanzas de este mundo, simbolizados en el protagonista de la estupenda comedia moral *La vida es sueño*?

Á quien tales caracteres delinea, bien puede, en justicia, adjudicársele el título de gran artista plástico y de consumado pintor de los afectos del alma.

Pero la comedia de Calderon tiene, por lo que mira al carácter, puntos de vista más culminantes, de horizontes más dilatados, de mayor alcance y trascendencia, y bajo estos aspectos hay que estudiar sus personajes. La comedia de Calderon es una cátedra de galantería convertida en sentimiento nacional. Sabido es que el motivo capital dramático de la escena moderna es el amor. La acción se reduce en sustancia á ofrecer ante los ojos del espectador los lances, accidentes y peripecias de una fábula erótica. Pues bien; encarnad este afecto dominante en una serie de galanes y de damas y, conviniendo todos en el sentimiento fundamental, discreparán entre sí, cuanto discrepen unas de otras las composiciones dramáticas en el asunto, circunstancias y situaciones.

Cierto que, á primera vista, y hecha excepción de determinado número de obras en que los caracteres se hallan más vigorosamente trazados, no resultan los de Calderon tan perceptibles como los de Molière, los de Plauto ó los de Terencio; pero no se olvide que la índole de las comedias de estos últimos se acomodaba á hacer retratos más al natural, y con tal perfección de dibujo y tan de bulto y relieve, como lo es el sello que la perversion de la tendencia inicial del alma á todo lo que es moralmente perfecto ó físicamente bello imprime en el rostro, en la acción, en la pala-

bra y el gesto del libertino, del avaro, del mohatrero, del bravucon ó del gastrónomo; que la deformidad del espíritu presta su repugnante catadura con rasgos vigorosos á todas las cosas.

Unidad en lo esencial, variedad en lo accidental; tal es el tipo del caballero y de la dama del teatro de Calderon.

Habr<sup>á</sup> acaso circunstancias en que el sentimiento del honor traspase el ideal, pero no se encontrará ninguno en que se contradiga ó desmienta. Acontecerá á veces que se transformen en negocio de honra susceptibilidades quisquillosas; pero, por no parecerles tales, llevarán el aprecio de sí mismos hasta atropellar por todo miramiento. Mas con todo; aun en el fondo de sus extravíos resplandecerá, como luz que arde esplendorosa en el sagrario de su conciencia, el profundísimo sentimiento de su dignidad personal. El caballero español, en suma, nunca desmiente su carácter; sin contradecir jamás su naturaleza y condicion, muéstrase siempre idéntico á sí mismo, altivo con el soberbio, misericordioso con el débil, enemigo de la competencia amorosa, ingénuo, expansivo, liberal, humilde sin bajeza, valeroso sin arrogancia, galanteador y bizarro. No de otra suerte es el ideal de la dama. Ofenderá acaso su constante movilidad y desenfado, la agudeza de sus artes y trazas para burlar la vigilancia fraternal ó paterna, su resolucion y arrojo, sus excursiones callejeras, su requerimiento en busca de su amante, sus misteriosas citas nocturnas, sus pláticas á media noche, los dulcísimos coloquios con su enamorado en su propia estancia ó aposento, pero sobre este descoco y descompostura se alzarán majestuosos y altivos, como diques inquebrantables contra todo amago de desafuero, contra todo asomo de desmesura, el pudor y la honestidad, la conciencia íntima de su honra. No se acuse, pues, á Calderon de monotonía en la pintura de sus personajes, que cierto huelga allí donde la verdad filosófica se encuentra asociada con la perfecta verosimilitud, donde los hombres y las mujeres piensan, se mueven y obran como, dadas las circunstancias que explican el carácter, se producirían y obrarían todos los que en el siglo XVII componían la sociedad española. Y adviértase que no son solos las ideas y sentimientos personales del autor los que se revelan en sus dramas; son, á más de ellos, los del regocijado público que los aplaudía al verse objetivado en los personajes de aquellos admirables cuadros llenos de frescura, de movimiento y de vida.

V.

Escuela de costumbres debiera ser el teatro, y ojalá llegara á serlo y no de extravagancia é inmoralidad, como lo es, salvas honrosas excepciones, en los tristes tiempos que alcanzamos. En los de Calderon no digamos que no hay mucho que reprender, que allí donde vive el hombre, por muy alto que sea el grado de su perfeccion moral, se tropieza siempre con sus flaquezas y debilidades. No eran pocas las de los gobernantes y gobernados en los dias de Felipe IV y de Carlos II, en que los desaciertos políticos, el desvanecimiento de nuestra propia grandeza y la enemiga y malquerencia de los extraños, empeñaron á la patria en revueltas civiles, en luchas desiguales que, menoscabando su esplendor y lustre, la pusieron á los bordes de su ruina. Pero sobre aquellas miserias y contratiempos, aquellas angustias y quebrantos, se mantenía incólume el sentimiento del honor, la memoria de nuestras antiguas glorias, de nuestra bienandanza y poderío y no habia pecho castellanõ que, perdida la esperanza de mejores dias, se resignase á confesar que no era el primer caballero del mundo.

En tales circunstancias brilla la estrella de Calderon, la cual ilumina con dulce y suavísima luz los nobilísimos sentimientos de sus compatriotas, enardecíéndolos y exaltándolos con los maravillosos ejemplos de santidad, de heroismo, de sabiduría y de honor que se registran en sus obras dramáticas.

Y sin embargo, la adusta crítica del siglo XVIII que de buen grado hubiera proscrito para siempre el arte y la literatura romántica y con ellos el catolicismo que los habia engendrado, la crítica del siglo XVIII, para la que fuera de la belleza corpórea no la habia de ningun linaje; esa crítica sañuda y rencorosa que no se pagaba sino de la proporcion y regularidad exterior, del plasticismo de la forma, esa crítica fria, glacial é infecunda que todo lo abate y nada edifica, tacha de inmorales los dramas de Calderon en nombre del neo-clasicismo pagano. La atrabilis de estos censores habia olvidado acaso, al lanzar esta acusacion, que todo el teatro de Aristófanes, con ser este, bajo el punto de vista de la ejecucion artística, el primero de los poetas cómicos, era un charco de inmundicias, que el de Menandro y de Plauto no eran

nada edificantes y que la misma Francia, cuyas pasiones revolucionarias habian socavado todo fundamento social, ni aquella Francia de los tiempos de Luis XIV y de Luis XV, con sus sofistas y sus cortesanas, preñada de borrascas y tempestades, podia engendrar en punto á moralidad dramática nada que mereciera aplauso. Con esa tupida venda de preocupacion le acusan y zahieren y, olvidando que consagró su pluma á la mayor honra y gloria de Dios, no se contentan con menos que apostrofarlo de inmoral. ¿Acaso por el lenguaje de los actores, por el desenfado de las damas, por el espíritu pendenciero de sus galanes, por los desafueros de los maridos?

Pero, si bien se mira ¿qué hay en todo esto de vituperable? «El que estudia bien el teatro de un pueblo, dice un escritor distinguido, tiene delante de sí la carta topográfica de su genio, el plan figurado de sus intenciones secretas, no ya la historia, pero sí el diseño general de sus ideas.» Este juicio original y profundo es la mejor defensa de D. Pedro Calderon de la Barca. Las expresiones mal sonantes no lo eran, en verdad, para el público que las escuchaba, ni, á serlo, las hubiera tolerado la autoridad eclesiástica; eran términos, frases y epítetos de uso ordinario y corriente en aquella sociedad que á ningun oido casto escandalizaban. La desenvoltura mujeril tenia su correctivo en sí misma, por que casamiento logrado con tales trazas, como advierte el clarísimo Hartzenbusch, no redundaba en pro ni en honor de nadie. Esto, sin contar con que Calderon nada ponía en este punto de su cosecha; limitábase á copiar, como el artista gráfico lo hace del paisaje ó de la figura que tiene ante los ojos, las escenas de la vida española del siglo XVII, satirizándolas, en lo que tenian de verdaderamente cómicas, con la cortesanía, urbanidad y decoro del que rendía aquel respeto y culto á la mujer que resplandecen en todas sus obras.

Léese en efecto en la escena 21, jornada 2.<sup>a</sup> de *El Alcalde de Zalamea*.

No hables mal de las mujeres,  
La más humilde te digo  
Que es digna de estimacion,  
Por que, al fin, de ellas nacimôs.

Rendimiento caballeresco que, en ocasiones, recuerdan las mismas damas á sus galanes, como lo hace Laura á D. Félix en «*Casa con dos puertas, mala es de guardar.*»

Mira, por Dios, lo que haces,  
Pues en quien es caballero  
El honor de las mujeres  
Siempre ha de ser lo primero.

No lleva razon, pues, la crítica mojigata de la pasada centuria en censurar esas libertades mujeriles que, despues de todo, eran las mismas de las jóvenes de su tiempo, como lo son de las del siglo XIX.

Todavía subsiste en Andalucía la costumbre inmemorial, verdaderamente romántica, de *pelar la pava* por balcones, rejas y ventanas ni más ni menos que lo hacia el caballero Lepolemo con la infanta su enamorada, segun nos dice Pedro de Lujan, y los galanes del siglo XVII, sin otra discrepancia, que las mujeres de entonces, mirando por el propio decoro, procuraban la entrevista amorosa á hurto de los suyos, mientras aquellas, sin cuidarse de tales melindres, las celebran á ojos vista de todo bicho viviente y hasta en las barbas de sus padres ó tutores, con ó sin su beneplácito y consentimiento. Las unas y las otras se dejaban festejar con sendas sonatas y canciones, y los amantes de estos, como los de aquellos tiempos, tienen á gala hacer alarde público de sus relaciones amorosas.

La única diferencia entre las damas de aquella y de la edad presente es que las primeras, como negocio vitando, celebraban en las tinieblas de la noche sus entrevistas, mientras las segundas á telon corrido las tienen á toda hora. Lo ordinario y corriente en ellas, (en las que los criados de ambos sexos hacen el propio oficio de cosarios, mensajeros y traineles que los del siglo XVII), es que la plática de los enamorados se verifique sin testigos, como no se dé este nombre á la doncella, portera ó criada de escalera abajo que por juro de heredad tienen vinculado el oficio de vigías ó atalayas para advertir á la amartelada pareja *que vienen moros por la costa*, es decir, que el papá, la mamá ó el deudo entran ó salen de la casa. Se entiende que estas precauciones solo son de ritual en el caso que los padres ó guardadores se opongan

al galanteo, que en no habiendo oposicion, tienen los amantes carta de inmunidad y privilegio para comunicarse libremente sus impresiones, sin guardias ni centinelas, si no es la mamá que, recelosa á veces de las intenciones y propósitos del galan, agazapada en el suelo, embutida ó acurrucada en un ángulo del escenario amoroso, aplica la oreja al discurso. Dicho se está que, no teniendo estos coloquios por materia la de los diálogos de Platon ó de Galileo, concluyen en ocasiones por rifar el seso de los amantes, los cuales, pospuesto el santo temor de Dios, arramblan por la honra, obligando á los padres á tapar el portillo, que la pasion desbordada y frenética, ha abierto en la suya, con el vínculo del himeneo.

La disposicion de los modernos edificios, verdaderas colmenas sociales, no consiente en otras partes de España las entrevistas de los enamorados, como en Andalucía, por rejas y ventanas; pero, en cambio, facilitan la comunicacion al zángano las mirillas de las puertas de los pisos. Agréguese á esto las entrevistas en calles y paseos, tertulias y teatros, giras en el campo, corridas de toros y de caballos y, lo que es altamente censurable, en los mismos templos del Dios vivo, en los cuales, despreciando lo augusto y santo del lugar sagrado, se convierten en telégrafo óptico, y dígasenos si son estos tiempos mejores en punto á galanteos que los de Calderon de la Barca.

En esta, como en aquella época, salian las solteras á la calle de dia y de noche acompañadas de un criado anciano ó rodrigon, una institutriz ó una dueña, y excusado es decir que, no valiendo advertencias ni prevenciones para contener la inclinacion de los novios, concluye por convertirse en terceros de sus honestos amores toda aquella gente menuda.

Hoy mismo, en algunas partes de España, como sucede en otras del extranjero, así en Europa como en América, las solteras salen solas á la calle, á veces acompañadas del novio, y, sin embargo, rarísimo es el caso que el amante, no ya cometa, pero ni siquiera se atreva á pensar en atropellos é indignidades que arrojarían sobre su frente y la de su dama el desprecio público y su expulsion ignominiosa, como miembros corrompidos y pestilentes, del hogar paterno.

Cuando las costumbres de un pueblo tienen por base la moral, no hay que abrigar temores sobre abusos del libre albedrío. *No hay vida como la honra*, intituló Calderon una de sus come-

días, y había echado este sentimiento tan hondas raíces en la España del siglo XVII que era como el blason de todo hombre bien nacido. Por fiadora de ella llevaban nuestros españoles la espada al cinto y, cuando la ocasión y la razón lo pedían, sabían gallardamente esgrimirla. No hay en todo nuestro teatro un solo caballero que pase por la ignominia de dejarla reposar en la vaina, viendo atropellado su honor ó el de su dama, la causa de su amigo ó la del oprimido y menesteroso de ayuda. Pues este noble sentimiento caballeresco, es sin embargo, censurado! Medrado quedaria el amante ante sus propios ojos y ante los del público si, saliéndole un competidor importuno, fuera cualquiera su posición y alcurnia, pasara por la vergüenza de consentir sus rondas y galanteos á la dama de sus pensamientos. ¿En qué vendria á parar la mansedumbre de un cuitado de este jaez, cuando llegara á ser marido, si siendo amante—época en que no hay hombre cobarde—no había sabido respetarse ni hacer que se respetara á su enamorada?

Del propio sentir es Calderon de la Barca, el cual, en la comedia *Amigo, amante y leal*, dice, por boca de Aurora, estos versos:

Ese es un segundo error;  
Que tampoco hay ley de honor  
Que disponga ni que diga  
Que debe un hombre dejar  
Su dama por otro hombre,  
Amigo ó señor se nombre;  
Que aun allí el disimular  
Bajeza y ruindad se llama:  
Y bien se podrá creer  
Que dispense en la mujer  
Quien lo consiente en su dama.

Mucho han cambiado los tiempos, es cierto; pero no estamos tan degenerados que, aun en los que corren, no haya galán en esta noble tierra de España que no prefiera morir á pasar por tal afrenta, que si, para estorbarla, llevaba la espada al cinto el caballero del siglo XVII, tiene aún brios el del XIX para reparar en el acto cualquier género de ultraje sin ofensa de la moral.

Y ¿qué se diria del que, nacido en honrados pañales, dejara en desamparo al débil y al oprimido que reclamasen el auxilio

de su brazo por el pueril temor de verse comprometido en el lance? Los españoles nunca pararon mientes en tales aprensiones; antes, obedeciendo la voz imperiosa del deber, se ponían resueltamente del lado del ofendido, atajando las insolencias ó libertades del ofensor, ora con palabras blandas y mesuradas, ora con graves y enérgicas, y á la postre, cuando era vano el discurso, con la punta de la espada.

Cierto que este sentimiento caballeresco parece llevado hasta la exageracion en los dramas calderonianos, pero no lo es menos que, en lo que traspasaba los límites de lo justo, se halla cortésmente ridiculizado en los labios del gracioso. Por donde se vé que no es justo acusar á Calderon de que extremara el punto de honor en los personajes de sus comedias. Pintor de su época, traslada al papel, con la exactitud y fidelidad con que trasladaba Velazquez al lienzo las figuras de sus contemporáneos, los sentimientos dominantes en la sociedad de su tiempo. Fuera de esto, nadie puede censurar con justicia que el caballero, apuradas las concertadas razones que pide de suyo la prudencia, echase mano á la espada para poner coto al descomedimiento del agresor. Obrar de otro modo hubiera sido, no bajo, sino la mayor y más repugnante vileza.

Y no hay que envolver en un mismo anatema estos encuentros fortuitos é inesperados, que no dan tregua á la reflexion, con el desafío propiamente dicho, cuya esencia la constituye la voluntad deliberada y reflexiva de conculcar la ley moral con plenísima conciencia de su violacion. Y aunque en aquella época, como lo revelan los poemas escénicos de Calderon, ocurrían lances personales originados por cuestiones de amor, siendo á veces su terminacion desastrosa, que era mengua en los competidores salir al campo á ventilar sus querellas, sin que uno quedara en él, no habia solucion de continuidad, como en el duelo de nuestros tiempos: arrastrados por la vehemencia del apetito irascible, ejecutaban actos de que muy luego se arrepentían. De advertir es que Calderon no aprobaba aquel concepto bárbaro del honor; antes anatematiza y condena la tirana ley del duelo é indica al monarca el procedimiento para alcanzar su abolicion en los siguientes versos que, en su preciada comedia *El postrer duelo de España*, pone en los augustos labios del emperador Carlos V.

Escríbese luego al Papa  
Paulo Tercero, que hoy  
Goza la Sede, una carta  
En que humilde le suplique  
Que esta bárbara, tirana  
Ley del duelo, que quedó  
De gentiles heredada,  
En mi reinado prohíba  
En el concilio que hoy trata  
Celebrar en Trento.

Es más; persuadido que aquel falso sentimiento de la propia honra tenía profundas raíces en la sociedad de su tiempo, sin que fuera parte á estorbar sus estragos la dura acción de la justicia, procura dulcificarlo en lo posible, pintándonos la misericordia del que, vencedor en el lance, carga con el herido á cuestas y lo conduce á lugar sagrado, á fin de que, ya que le ha arrebatado la vida del cuerpo, no pierda, muriendo en pecado mortal, la perdurable del alma. Tal sucede con el bandido Eusebio y Lisardo en *La devoción de la cruz*. (16) De manera que, aun en estos extravíos de la razón, los movimientos desapoderados de la ira, del rencor y de la venganza se hallan moderados por un profundo sentimiento religioso.

En cuanto á los camorristas y pendencieros, Calderon los relajaba al brazo secular de la justicia ordinaria.

## VI.

De más gravedad, en apariencia, son los lunares que se advierten en los dramas trágicos de Calderon. El esposo, convertido en juez de su propia honra, sacrificando bárbara y cruelmente á su inocente mujer, es figura tan repulsiva, que no se explica cómo Calderon de la Barca se atrevió á ponerla en escena sin execrarla y abominarla. En estos ó semejantes términos se producen los que, sin reparar en la naturaleza de la tragedia, echan en olvido aquellos parricidios, incestos y asesinatos de la musa clásica. Esto afirman en nombre de la Ética los que, á no dudár, en situaciones similares á las de un D. Juan, de un D. Gutierrez ó de un D. Lope de Almeida, no hubieran respondido de sí mismos.

Dejamos dicho que el honor era el sentimiento dominante de la sociedad española del siglo XVII. Pues bien; este honor tenía su templo en el hogar, y la vestal encargada de mantener encendido su fuego sagrado era la esposa. De aquí el respeto y solicitud, el culto y veneración, las consideraciones y miramientos á la sacerdotisa de aquel ídolo, á aquella majestad doméstica, firmísimo cimiento en que descansaba y descansa todo el edificio de la familia, desde su primera piedra hasta la que, formando la clave, lo cierra y corona. «Sabida cosa es, dice Fray Luis de Leon, que cuando la mujer asiste á su oficio, el marido la ama y la familia anda en concierto y aprenden virtud los hijos, y la paz reina y la hacienda crece. Y como la luna llena en las noches serenas se goza rodeada y como acompañada de clarísimas lumbres, las cuales todas parece que avivan sus luces en ella y que la remiran y la reverencian; así la buena en su casa reina y resplandece, y convierte así juntamente los ojos y los corazones de todos.»

Modelada la mujer casada en el ideal divino de María, tenía por fuerza que ser un dechado de perfección, un espejo clarísimo en que se retratara y mirase con purísimos tonos y colores el immaculado honor del marido.

Don grande de Dios, bien sobre bien y hermosura sobre hermosura es la mujer que es santa y honesta, dice Salomón. Y no hay que decir, observa Fray Luis, que esta honestidad de la mujer no se cuenta ni debe contar entre las partes de que su perfección se compone, antes es como el sujeto sobre el cual todo este edificio se funda, y para decirlo enteramente en una palabra, es como el ser y la sustancia de la casada, porque si no tiene esto, no es ya mujer, sino alevosa ramera y vilísimo cieno, y basura, la más hedionda de todas y la más despreciada.

Y como dicen de Solón, el que dió leyes á los Atenienses, que señalando para cada maleficio sus penas, no puso castigo para el que diese muerte á su padre, ni hizo memoria de este delito, porque dijo que no convenia que tuviesen por posible los hombres ni por acontecer un mal semejante: así, por la misma razón, no trata aquí Dios con la casada que sea honesta y fiel, porque no quiere que le pase, aun por la imaginación, que es posible ser mala. Porque si va á decir la verdad, ramo de deshonestidad es en la mujer casta el pensar que puede no serlo, ó que en no

serlo hace algo que le deba ser agradecido. Que, como á las aves les es naturaleza el volar, así las casadas han de tener por dote natural en que no puede haber quiebra, el ser buenas y honestas: y han de estar persuadidas que lo contrario es suceso aborrecible y desventurado y hecho monstruoso, ó por mejor decir, no han de imaginar que puede suceder lo contrario, mas que ser el fuego frio ó la nieve caliente. Entendiendo que el quebrar la mujer la fe á su marido es perder las estrellas su luz y caerse los cielos y quebrantar sus leyes la naturaleza, y volverse todo á aquella confusion antigua y primera. Ni tampoco ha de ser esto, como algunas lo piensan, que con guardar el cuerpo entero al marido para lo que toca á las pláticas y á otros ademanes y obrecillas menudas, se tienen por libres. Porque no es honesta la que no lo es y lo parece. Y cuando está lejos del mal, tanto de la imágen ó semejanza de él ha de estar apartada. Porque cómo dijo bien un poeta latino, aquella sola es casta en quien ni la fama mintiendo esa poner mala nota. Y cierto como al que se pone en el camino de Santiago, aunque allá no llegue, ya le llamamos romero: así sin duda es principiaada ramera la que se toma licencia para tratar de estas cosas, que son el camino.

No era otro, como se advierte, que el del Eclesiastes y el del libro de los Proverbios, por tan alto modo explicado en la *Perfecta casada* de Fray Luis, el doctrinal de la sociedad española del siglo XVII, sobre las excelencias y virtudes que debian esmaltar á aquel precioso vaso de predileccion en que el marido tenia depositada su honra.

Y es de saber que dicha honra era en una pieza, como lo pedia de suyo la union de las almas, la del marido y la de la mujer, á la cual ni el honor ni la vida le pertenecian, luego que por el matrimonio pasaba al poder y señorío de su esposo, como lo declara Calderon en la tragedia *A secreto agravio secreta venganza*, por los labios de Leonor.

*Porque mi vida y mi honor  
Ya no es mio, es de mi esposo.*

Júzguese ahora de los horribles estragos producidos en el matrimonio, cuando apagado el fuego sagrado por la impureza de la mujer, aquella luz celestial, que alumbraba las santas alegrías del

augusto templo del hogar, se desvanece y consume rebozada en sombras de muerte, y si es mucho que, derribada la deidad del ara, sacrifique el sacerdote, en el paroxismo de su furor, á la infame vestal que la ha mancillado con sus liviandades.

Pues esta tiranía del apetito sensible con su cortejo de odios, iras y tristezas es la pintada de mano maestra en las tragedias de Calderon de la Barca, revelándonos en ellas los ojos indulgentes con que el público en general miraba, habida consideracion al estado de ánimo del agente y á la gravedad de la causa generadora de su exaltacion, estas infracciones de la ley moral que, claro es, su conciencia de cristiano no podia menos de reprobar, como la reprobaban de hecho sus mismos trasgresores, luego que, recobrada la serenidad del espíritu, median con espanto la profundísima sima en que la pasion ciega y delirante los habia precipitado.

En las tragedias de Calderon se ven extremados estos fueros del marido, á cuyo ánimo llevan el convencimiento y certidumbre de su deshonra las escenas que por sí mismo presencia, aunque no tengan á los ojos de los espectadores la intrínseca malicia de que las apariencias las revisten.

En este error de entendimiento radica, como sucede en dos de sus más preciadas tragedias, la causa determinante del hecho calamitoso, que á persuadirse D. Lope de Almeida en *A secreto agravio secreta venganza* ó D. Gutierre en *El médico de su honra*, que sus recelos eran solo antojos y cavilaciones, y no verdades probadas, ni el uno ni el otro se hubieran conducido de aquella suerte.

Imaginaciones fueron las de Otelo de la infidelidad de Desdémona; baladí fué el recurso dramático que vino á poner el sello á las sospechas engendradas en su ánimo generoso por las astucias y arterías del infame Yago; no eran tan claros en la apariencia los documentos de la impureza de su esposa, como los que D. Lope de Almeida y D. Gutierre tenian de las suyas y, con todo, como la causa era la misma los efectos tenian que ser idénticos.

Desbordada la pasion de los celos hasta tocar los límites de la desesperacion y del furor, abismada la razon en su irritado oleaje y sofocado todo sentimiento de piedad, los verdugos, sin escuchar más voz que la clamorosa y desgarradora de su honra mancillada, sacrifican feroces y crueles á sus víctimas inocentes.

Una diferencia capital existe, sin embargo, entre la forma de la catástrofe en la tragedia de Shakspeare y las de Calderon. En la del dramático inglés son los celos los que arrastran al general veneciano á ahogar á la sin ventura Desdémóna, sin cuidarse en ocultar su deshonra; en las del español, es juntamente con la tiranía avasalladora de aquella pasion tremenda la precaucion y cuidado por velar la suya. El sentimiento del ultraje y el dolor del bien perdido salen clamorosos del pecho de Otelo, convertido en horno ardiente de abrasadoras llamas; la tempestad de la pasion, no menos intensa y cruel en D. Lope y D. Gutierre, aguantala el primero; ruge aterradora y hambrienta de exterminio en el segundo, si bien, refrenada por las poderosas energías de su espíritu, recobra luego al punto el señorío de sí mismo, como se ve en el siguiente diálogo entre marido y mujer, escena XIX, jornada segunda de *El médico de su honra*:

- D.<sup>a</sup> MENCIA. Parece que celoso  
Hablas en dos sentidos.
- D. GUTIERRE. (Ap). Riguroso  
Es el dolor de agravios;  
Mas con celos ningunos fueron sábios.  
¡Celoso! ¿sabes tú lo que son celos?  
Pues yo no sé que son ¡viven los cielos!  
Porque si lo supiera,  
Y celos...
- D.<sup>a</sup> MENCIA. (Ap). ¡Ay de mí!
- D. GUTIERRE. Llegar pudiera  
Á tener... ¡qué son celos!  
Átomos, ilusiones y desvelos,  
No mas que de una esclava, una criada,  
Por sombra imaginada,  
Con hechos inhumanos  
Á pedazos sacara con mis manos  
El corazon, y luego  
Envuelto en sangre, desatado en fuego,  
El corazon comiera  
Á bocados, la sangre me bebiera,  
El alma le sacara,  
Y el alma ¡vive Dios! despedazara,

Si capaz de dolor el alma fuera.  
Pero ¿cómo hablo yo de esta manera?

D.<sup>a</sup> MENCIA. Temor al alma ofreces.

D. GUTIERRE. ¡Jesús, Jesús mil veces!  
Mi bien, mi esposa, cielo, gloria mia,  
Ah mi dueño, ah Mencia,  
Perdona, por tus ojos,  
Esta descompostura, estos enojos;  
Que tanto un fingimiento  
Fuera de mí llevó mi pensamiento:  
Y vete por tu vida; que prometo  
Que te miro con miedo y con respeto,  
Corrido de este exceso.  
Jesús! No estuvo en mí, no tuve seso.

D.<sup>a</sup> MENCIA. (*Ap*). Miedo, espanto, temor y horror tan fuerte  
Parasismos han sido de mi muerte.

D. GUTIERRE. (*Ap*). Pues médico me llamo de mi honra,  
Yo cubriré con tierra mi deshonra.

Como se advierte, el pensamiento de ambos caballeros, portugués y castellano, en las respectivas tragedias *A secreto agravio secreta venganza* y *El médico de su honra*, conviene en un punto, en callar ó disimular sus agravios á los ojos de los extraños y aún á los de sus infelices mujeres, mirando á la par por el propio decoro y la buena opinion de sus víctimas. Su corazon es una nave que lleva por lastre al honor y se irá á pique antes que arriar bandera. Nadie conocerá ni reparará sus averías, sino su propio calafate. D. Gutierre fingirá que la venda mal atada en la sangría, que dió un físico bajo pena de muerte á su inocente esposa, le ha arrebatado la vida, y D. Lope sepultará el secreto de su infamia en los escombros humeantes de la quinta que habita D.<sup>a</sup> Leonor, incendiada por su propia mano.

En un accidente altamente característico y significativo coinciden Shakspeare y Calderon, á saber: en que el entrañable amor que Otelo y D. Gutierre profesan á sus respectivas mujeres flota aún en el embravecido mar de sus celos en los supremos instantes del naufragio. Ambos deciden matar á sus esposas; pero uno y otro quieren que mueran en gracia. Despues de verter Otelo copiosas lágrimas sobre el rostro de Desdémona, á quien encuen-

tra dormida, y de cubrir su cándida frente con dulcísimos besos, le pregunta, apenas despiertā, con solicitud y ternura conmovedoras si ha rezado sus oraciones, exhortándola á impetrar la misericordia de Dios. D. Gutierre por su parte dice en aquellos terribles momentos:

Ya que la cura he de aplicar postrera,  
No muera el alma, aunque la vida muera.

y notifica á D.<sup>a</sup> Mencia la sentencia de muerte en un papel que decia: *El amor te adora, el honor te aborrece; y así el uno te mata y el otro te avisa. Dos horas tienes de vida: Cristiana eres, salva el alma, que la vida es imposible.*

Asuntos son estos que revelan hasta qué extremo habia llegado en aquella sociedad el culto del honor, y lo predominante que era este sentimiento en todas las clases sociales desde el rey hasta el pechero.

Cuando D. Lope de Almeida revela á D. Sebastian el secreto de la catástrofe, el monarca lusitano se limita á responder:

¡Notable desdicha ha sido!

Más explícito está el rey D. Pedro en la escena final de *El médico de su honra*, cuando ordenando á D. Gutierre que diera la mano á su antigua amante D.<sup>a</sup> Leonor, á la vista del cadáver caliente aún de D.<sup>a</sup> Mencia, como aquel se resistiera, entabla con él el monarca castellano el siguiente expresivo diálogo:

REY.                    Esto ha de ser, y basta.

D. GUTIERRE. Señor ¿quieres que otra vez,  
No libre de la borrasca,  
Vuelva al mar? ¿Con qué disculpa?

REY.                    Con que vuestro rey lo manda.

D. GUTIERRE. Señor, escuchad aparte  
Disculpas.

REY.                    Son excusadas.

¿Cuales son?

D. GUTIERRE.            ¿Si vuelvo á verme  
En desdichas tan extrañas,

- Que de noche halle embozado  
Á vuestro hermano en mi casa....?
- REY. No dar crédito á sospechas.
- D. GUTIERRE. ¿Y si detrás de mi cama  
Hallase tal vez, señor,  
De D. Enrique la daga?
- REY. Presumir que hay en el mundo  
Mil sobornadas criadas  
Y apelar á la cordura.
- D. GUTIERRE. Á veces, señor, no basta.  
¿Si veo rondar despues  
De noche y de dia mi casa?
- REY. Quejarse á mí.
- D. GUTIERRE. ¿Y si cuando  
Llego á quejarme, me aguarda  
Mayor desdicha escuchando?
- REY. ¿Qué importa, si él desengaña,  
Que fué siempre su hermosura  
Una constante muralla  
De los vientos defendida?
- D. GUTIERRE. ¿Y si volviendo á mi casa  
Hallo algun papel que pide  
Que el Infante no se vaya?
- REY. Para todo habrá remedio.
- D. GUTIERRE. ¿Posible es que á esto le haya?
- REY. Sí, Gutierre.
- D. GUTIERRE. ¿Cual, señor?
- REY. Uno vuestro.
- D. GUTIERRE. ¿Qué es?
- REY. Sangrarla.

Y que esta potestad del marido era considerada como de buena ley por las mismas mujeres, lo demuestra el final del diálogo, donde se lee:

- REY. Dádsela, pues, á Leonor  
Que yo sé que su alabanza  
La merece.
- D. GUTIERRE. Sí la doy. (*Dale la mano*).

Mas mira que va bañada  
En sangre, Leonor.

D.<sup>a</sup> LEONOR. No importa;

Que no me admira ni espanta.

D. GUTIERRE. Mira que médico he sido  
De mi honra; no está olvidada  
La ciencia.

D.<sup>a</sup> LEONOR. Cura con ella  
Mi vida, en estando mala.

Hay que convenir en que estas energías de la voluntad, significadas en el discurso de príncipes, caballeros y damas, dan al sentimiento del honor una grandeza y sublimidad verdaderamente trágicas.

Y que el poeta nada finge ni fantasea en orden á estas venganzas del marido ofendido, siquier fuera rey ó súbdito, lo demuestra el hecho de la repeticion del mismo asunto en estas dos tragedias y la acogida que obtuvieron del público, el cual, compuesto de hidalgos y caballeros, que en caballeros é hidalgos, fuesen los que se fueren su nacimiento y alcurnia, habia trasformado el sentimiento del honor á todos los españoles del siglo XVII, no se avenia á que estas quiebras en la honra del marido le acarreasen la irrision y ludibrio de las gentes, y en cambio no se le excusara la vindicacion en la esposa criminal de sus agravios y afrentas. Eco de estos sentimientos fué Calderon de la Barca cuando en la escena III, primera jornada de la tragedia *A secreto agravio secreta venganza*, hace decir á D. Juan de Silva:

¡Injusto engaño  
De la vida! Ó su pasion  
No dé por infame al hombre  
Que sufre su deshonor  
Ó le dé por disculpado  
Si se venga; que es error  
Dar á la afrenta castigo  
Y no al castigo perdon.

Pondremos fin á estas observaciones con dos que consideramos importantes; es la primera que cuando Calderon escribió dichas

obras no habia abrazado aún el estado sacerdotal. Es la segunda el concepto que el teatro de nuestro dramaturgo, en orden á la moral, mereció de sus contemporáneos. Léese en la aprobacion del Maestro José de Valdivieso á la 2.<sup>a</sup> parte de la 1.<sup>a</sup> edicion de sus comedias: «no hallo en ellas cosa disonante á la verdad católica de nuestra sagrada religion *ni peligrosa á las costumbres:*» juicio que, en sustancia, es el emitido con semejante ocasion por Mollinedo y Angulo, Vera Tasis y otros muchos.

## VII.

Difícilmente, dice el Sr. Hartzbusch, disimulará nadie á Calderon de la Barca los dos graves defectos que muchos, casi todos sus censores, le echan en cara; lenguaje oscuro y afectacion é impropiedad en la expresion de los afectos. Y aunque el distinguido poeta dramático contemporáneo disculpe á continuacion al del siglo XVII, reconociendo que su estilo era corriente en su tiempo, usándose aún en los asuntos más familiares, aún en la correspondencia epistolar, habiéndose sustituido la significacion figurada á la propia en las voces y la metáfora á la locucion simple y concisa, se limita su benevolencia á las comedias de capa y espada (salvedad que encontramos ya en Vera Tasis) y á las palaciegas puramente de enredo, pues en cuanto á la tragedia, entiende que no se compadece con ella aquella pedantería y hojarasca retórica, cuya introduccion en la fábula escénica atribuye á la celebridad que obtuvo por aquel tiempo el lenguaje afectado de Góngora.

No arrancan ciertamente del autor del *Polifemo* y *Galatea* esos defectos de Calderon, ni es su estilo el anfibológico, oscuro y enigmático del lirismo culterano, ni podia serlo tratándose de obras dramáticas. Los que consideran á Calderon, Tirso y otros de nuestros poetas escénicos como sus discípulos ó imitadores por el hecho de emplear palabras, frases y locuciones del corte de las que se advierten en Góngora, confunden lastimosamente las especies. Antes del poeta cordobés existia el lenguaje culterano y conceptista, no ya en este ni en esotros escritores, sino en la sociedad en que vivian y, lo que es más, fuera del círculo de nuestra nacionalidad. La alegoría, la metáfora, el alambicamiento del discurso, la tortura de la frase, los giros violentos, el atropello

de las imágenes, el estilo elíptico, hueco y abigarrado á la usanza de la gente culta del siglo XVII no hay que atribuirlos, como lo hace el Sr. Gil y Zárate, á la brillante imaginacion de nuestros compatriotas, á la condicion de su lengua ni al sello oriental que nos dejaron los árabes, los cuales, dicho sea de paso, en nada influyeron sobre nosotros. (17) Ni la lengua era distinta en el siglo XVI, ni la fantasía española era menos rica y lozana que en el XVII y, sin embargo, ninguno de los escritores de aquella gloriosa centuria, poeta ó prosista, se halla tocado de estas ó semejantes extravagancias, como no sea Vasco Diaz de Fregenal, introductor de voces y construcciones latinas en sus *Veinte triunfos*, obra dedicada á celebrar las victorias del Emperador Cárlos V. Decir que la pompa y artificio de la versificación de Herrera y su perfeccionamiento del lenguaje poético ocasionaron el mal gusto del autor de la fábula de Píramo y Tisbe, por el deseo de sobrepujar al sublime cantor de D. Juan de Austria, es una asercion que no sabemos explicar, tratándose de un crítico de los quilates del Sr. Gil y Zárate.

No; el culteranismo no trae su origen de ese fantástico pugilato del poeta del siglo XVII, que sintiéndose genio inmortal y encontrando atorados los caminos de la gloria y cerrado el templo de la fama, porque otro más afortunado le habia tomado la delantera, tiene que precipitarse por los derrumbaderos de la extravagancia y del mal gusto.

Ni la grandeza y majestad del divino poeta sevillano estorbaban que otros le excedieran, ni mucho menos D. Luis de Góngora y Argote, que bien merece, por las poesías de su primera edad, ocupar en el Parnaso patrio el lugar del mismo Apolo.

Lo que sucedió con este esclarecido vate fué que, penetrando con su profunda mirada los gustos y tendencias dominantes de la sociedad en que vivia, adivinó que no eran la sencillez y la naturalidad las que merecian sus favores, como lo testimoniaba su propia pobreza, y dando forma poética á aquellas excentricidades, se constituyó en su corifeo é intérprete (18), como lo hicieron, por circunstancias idénticas, Licofronte y Claudíano entre Griegos y Latinos; Marini en Italia, los poetas del Hotel Rembouillet en Francia y los Eufueistas en Inglaterra, cuyo estilo extravagante con su obligado cortejo de metáforas, antítesis, retruécanos, hipérboles, lujo de epítetos y de frases sonoras y

campanudas, acentuado por Lillie en su *Campaspe* y en el *Marco Antonio* por la bella Condesa de Pembroke, se propaga como peste asoladora entre la gente granada y de lustre de la corte de la reina Isabel, contagia á la clase media, invade el teatro y produce en el lenguaje poético aquel amaneramiento, afectacion y sutilezas que deslucen producciones tan estimables como el *Macbeth*, *Julieta y Romeo* y el *Rey Lear* de Shakspeare. Y no es que el gran dramaturgo inglés, tan celoso de la naturalidad, que á veces raya en bajeza y grosería, estimara las susodichas excentricidades como primores de estilo y de lenguaje, antes, por contrarias á la verdad filosófica y á la perfecta verosimilitud, las fustiga y zahiere en su comedia *Trabajos de amor perdidos*, como lo hizo más tarde Walter Scott en la novela *El Monasterio*, en la persona de Sir Shafton.

El poeta es hijo de su siglo, en él vive; emponzoñado ó puro, de su ambiente respira, sin que le sea fácilmente hacedero, aunque lo intente, librarse en absoluto de su influencia, como no lo consiguió en este punto Calderon, ni aún el mismo Melièrre, cuyo estilo franco y pintoresco se halla á veces deslustrado, al decir de Labrouyere y del que le lea, por los mismos defectos que satirizó con tanto chiste y gracejo en sus *Preciosas ridiculas*. Qué más? Hasta en la misma Antígona, la Electra y las Traquinianas de Sófocles se notan asomos del estilo artificioso y rebuscado que tan agria como duramente censuró Aristófanes en el teatro de Eurípides.

Antes que Góngora diera á luz sus *Soledades*, se ven en Lope muestras de este extravío y de su devocion á Marini, á quien, despues de pintar en el *Laurel de Apolo* siguiendo los pasos del Petrarca, Ariosto y los dos Tasos, lleva su entusiasmo en la *Epístola á Cláudio* hasta á declararlo superior al divino cantor de la *Jerusalem libertada*:

*Juan Bautista Marino, que enamora  
Las piedras, Anfon es, Sol de Tasso  
Si bien el Tasso le sirvió de aurora.*

Pero el cultismo calderoniano no tiene semejanza con el de Góngora, pues aunque, como el de éste, sea expresion del estilo y lenguaje á la moda en la corte de Felipe IV, todavía se

diferencia de él tanto como la poesía lírica, escrita para ser leída, se diferencia de la destinada á la representacion. Exige lo oscuro y enmarañado de la primera reflexion y tiempo para descifrarla; pero si los conceptos de la segunda son tan alambicados y enigmáticos que, luego de expresados por el actor, no los percibe clarísimamente el auditorio, concluirá este por abandonar el teatro. Culterano á su manera fué tambien Rojas; pero ni la brillantez de sus colores, ni la exuberancia del discurso, ni sus arreos y adornos escatimaron los plácemes y calurosas aprobaciones que le dispensaron á porfía los concurrentes á los corrales de comedias. Evidentísima prueba de que las entendian, porque lo que no se comprende, ni se desea ni se ama.

¿Ni cómo habia de ser Góngora el modelo de Calderon cuando en su comedia *No hay burlas con el amor* ridiculiza en la persona de D.<sup>a</sup> Beatriz el estilo afectado y culto de las mujeres? Y que á nuestro gran poeta no se le oscurecian estos defectos de diction, en boga entre las damas y caballeros de la corte española, lo demuestran claramente los significativos versos que, despues de una escena de sutilezas, dicen en la comedia *El acaso y el error* Fabio y Fisberto.

FABIO.           ¡Palaciegas discreciones!  
                  Poco fruto y mucho ruido.  
FISBERTO.       Déjalos vivir, pues de esto  
                  Se pagan los entendidos.

Que la perspicuidad en la exposicion del asunto dramático era considerada por nuestro poeta como regla principal de sus composiciones, lo declara en los siguientes versos de su *Sacro Parnaso*:

No hace nada el que no hace  
Que queden de lo que piensa  
Docto y no docto, capaces.

Natural era, por consiguiente, que el Trinitario Fray Manuel de Guerra celebrase en la aprobacion de la 5.<sup>a</sup> parte de las comedias de Calderon la claridad de sus pensamientos y el feliz tino con que supo unir lo conceptuoso con lo perceptible.

Hemos dicho que el culteranismo y el conceptismo dominaban

en aquella sociedad. Pues bien; fenómeno es este que apenas necesita demostracion, si se considera que no ya la literatura y el arte, sino hasta la misma indumentaria lo acusan y demuestran. —¿Cuándo, apartándose de la severidad y majestad del estilo arquitectónico renaciente que con Herrera había llegado en España á su apogeo, aparecen en las iglesias esos retablos amazacotados por la profusion exuberante del adorno en que se pierde el pensamiento del artista entre el espeso follaje de sus hojas de cardo, sino en la época de Felipe IV y de Carlos II? ¿Y qué otra cosa es el estilo churrigueresco de esos retablistas sino una hoja arrancada á las *Soledades* de Góngora ó á su *Panegirico del Duque de Lerma*? Pues los propios pasos sigue la escultura, y aunque á los Berruguetes, Siloes y Becerras suceden tan preclaros artistas como Hernandez Montañés, Alonso Cano, Mena y Roldan, no bastan sus esfuerzos para contener la invasion del barroquismo del que ni aun ellos mismos salieron ilesos.

Valentísimos pintores, discípulos de las escuelas florentina, romana y veneciana tuvimos en el siglo XVI, y si bien en el XVII eleva Velazquez á la española á la cumbre de su perfeccion, haciéndose admirar del mundo artístico por la brillantez del colorido y por la pureza y correccion del dibujo, no es menos cierto que descuidando sus sucesores el estudio de la forma, se les vé en completa decadencia afeados por los vicios dominantes en las postrimerías de aquella centuria, sin otra excepción que la del inspirado Claudio Coello, autor del admirable cuadro de *Las Sagradas Formas* que existe en la sacristía del monasterio del Escorial.

El divino arte de Polimnia adoleció tambien por estos tiempos del mal gusto reinante á consecuencia de la introduccion por maestros flamencos, venidos á la corte de España en tiempo de Felipe III, de aquel enmarañamiento y atropello de fugas y cánones, verdadero laberinto musical culterano y conceptista, cuyos estragos en la pureza de nuestra antigua escuela melódica (entre cuyos más abonados intérpretes se contaban los célebres Bernardo Clavijo, Catedrático de Música en la Universidad de Salamanca, y el poeta y novelista Vicente Espinel) hubieran sido desastrosos, á no haberse opuesto á la novedad los insignes compositores valencianos Comes y Ortells.

Pero ¿se quiere formar una idea exacta de la hinchazon, de los

sentimientos afectados, del estilo culto y metafórico de aquella época? Pues recuérdense el corte y forma de la vestimenta; los fieltros de ala ancha guarnecidos de profuso plumaje, el voluminoso postizo del peinado, los afeites y colores del rostro, las valonas y gorgueras de reclamo, las mangas alforzadas á trechos en bollos y acuchilladas, las escaroladas y vistosas faldas sobre los tontillos y guardainfantes, los inflados zaragüelles y gregüescos, las tocas y alquinales, las bohemias y capillas, los mantos, amplios y largos á modo de almalafa morisca, los rebociños y antifaces, los alcorques y chapines de alto tacon, los zarcillos y arracadas, los alhaites de aljófar, los sartales de gruesas perlas con dijes por colgantes y otras menudencias, los añazmes, ajorcas y almanacas con engastes de rica pedrería, los talabartes y escarcelas, cinturones y tahalies recamados de argentería y de oro, y pendientes de ellos sendas espadas de cincelados puños y conteras aferradas en marroquí ó en terciopelo de escarlata, y dígase si, sumado todo este espléndido, pero ampuloso conjunto, no refleja el espíritu cortesano de aquellos tiempos con tanta propiedad por lo menos como el Faeton del Conde de Villamediana ó un sermón del Padre Paravicino.

Hasta qué extremo llegaría la exageración en este punto, que el mismo D. Luis de Góngora, mantenedor y adalid en la lírica del depravado gusto dominante, escribe, con motivo de la pragmática sobre trajes, el precioso romance que comienza *Viva mil años Felipe*, en el cual hace la siguiente pintura burlesca del manto de las señoras y de los desaforados cuellos que llevaban hasta los pajes de la alta nobleza:

Han mandado, y con razón,  
Que se sieguen y se talen  
Estas lechugas talludas  
Y estas hojas de alforcaces.  
Y que todas las mujeres  
De hoy más descubiertas anden  
Y los títulos exhiban  
De sus facciones y talles.  
Había grandes en corte  
Que traían cuellos tales,  
Que por grandes que eran ellos

Eran sus cuellos más grandes.  
Tanto que en duda ponian  
Topándoles en la calle,  
Si eran jarros de azucenas  
Ó Polacos ó Alemanes.  
Comíales cada cuello,  
Por no servirles de balde,  
Más almidon que un enfermo  
Con mil cámaras de sangre.  
No solo sus señorías,  
Mas sus criados y pajes  
Traian cuellos tambien  
Con más lienzo que un adarve.  
Eran en tan grande extremo  
Que hacian delitos graves  
Y escondidos en sus cuellos  
No los hallara un alcalde.

No se olvide á este propósito que el alma inmediatamente y por sí misma es la forma del hombre, el principio plástico de todo su cuerpo y que lo que el traje declara es lo mismo que lo que la palabra revela, y dice el gesto y manifiesta la accion y el continente de la persona y hasta su modo de andar y de moverse.

Ahora bien; si el poeta es expresion de su siglo, para serlo Calderon del suyo no podia excusarse de practicar aquel sábio precepto de Horacio:

*Respicere exemplar vitæ morumque jubebo  
Doctum imitatorem et veras hinc ducere voces*

si no queria reproducir en copias apagadas su índole, genio y carácter.

Es pues, Calderon, un poeta paisajista de primer orden, y sus obras el escenario inmenso en que, obedeciendo á la fuerza mágica de sus conjuros, comparecen con todo el brillo y perfeccion de la plástica, con todo el vigor y energía de la vida aquellas encantadoras damas y bizarros galanes de la fastuosa y elegante corte de España.

Censurable sería, ciertamente, que el pintoresco discreteo, la

galante filigrana de las escenas amorosas de sus dramas hubieran sido meras invenciones del poeta, graciosos escarceos de su rica fantasía. Pero de haberlo sido y no fiel trasunto y remedo de la realidad, no figuraría Calderon como príncipe de la poesía dramática. Que el interés de aquel pueblo de hidalgos era verse trasladado á las tablas con su manera de ser, su modo de sentir, de pensar y de obrar. Todo lo demás le era perfectamente indiferente, sino tan empalagoso é insípido como lo sería en nuestros tiempos la representacion del *Vicrama y Urvasi* de Kalidasa, del *Malati y Madhava* de Babavuti ú otra pieza cualquiera del teatro indio.

Pero hay que observar más todavía; á nuestro parecer, aquellos arabescos retóricos, con que los amantes se requiebran y camelan, no son nada postizos y cóntrahechos. No se echen, al efecto, en olvido, nuestro genio nacional, nuestra habitual exageracion en la expresion de sentimientos verdaderos, nuestra tendencia á la hipérbole y á la metáfora, y que hoy mismo, no obstante el prosaismo de los tiempos, no ha perdido la galantería los colores y matices de la antigua. Y esto compadeciéndose á maravilla con la gravedad de nuestro carácter, pues, á pesar de ella, no podemos sustraernos al medio en que vivimos; es decir, á la influencia de este fértil y deleitoso suelo de España, verjel florido de bellísimas flores, con su regalado ambiente, su purísimo cielo y ese sol magnífico que comunica su fuego á todos los corazones.

El amor sentimental ó platónico, de suyo encogido y temeroso, no se aviene con nuestro carácter y condicion. Por serlo el de la comedia francesa, importada á España en el siglo pasado, no pudo adquirir carta de naturaleza.

Embriagadores como el vino son los ojos de nuestras mujeres, apacibles y dulces como los de la paloma, puros y espléndidos como el azul de los cielos, hieren, cuando miran, como punzantes espadas y quebrantan los corazones como quebrantarían las piedras; pero cuando hablan, lo hacen por tan alto estilo, con diapason tan concertado y melódico, con tan dulcísimo timbre, con tanta delicadeza y pasion y con tal energía en los afectos que parece como que el genio de la armonía está moviendo sus labios.

Habrá acaso esta diferencia entre la dama de nuestro tiempo y la del siglo XVII; que la del presente es más dulce y tierna, pero

¡singular fenómeno! decorosa y digna como aquella, eslo tambien, cuando la ocasion lo demanda, altiva y varonil.

Ignoro cómo los amantes del resto de España darán forma á sus sentimientos, cómo pensarán en negocios de galantería; pero de los de estas alegres provincias andaluzas puedo decir que no parece sino que se saben de coro todo el teatro de Calderon, en esto de explicar los afectos del alma con aquel lujo y altisonancia en la diction, aquella brillantez de imágenes, aquel fuego de movimiento, y aquellas hipérboles y metáforas con que se producen á la continúa los enamorados de sus comedias.

Y no está circunscrita esta su manera de discurso al coloquio entre el amado y la amada, cuando, volcado el juicio, se sale el corazon por la boca. No; basta que el andaluz se encuentre en un concurso de damas para que, sin otra mira ni propósito que las del obsequio y agasajo, exorne su plática con donaires y decires de aquel garbo y talle.

Exageraciones y zalamerías andaluzas llaman en otras partes á esta fineza y rendimiento, no encontrando en su fondo nada de verdadero; pero, aún dando de barato este juicio desfavorable, es lo cierto que las mismas que los censuran gustan de ser halagadas con aquella retahila de almibaradas palabras y de frases alhagüeñas, pues el hecho es que la naturalidad de la expresion aleja toda idea de disfraces y fingimientos.

Diligentísimo observador de la vida, distinguió Calderon, con agudo ingenio, las dos maneras de discurso, á saber: la del amor propiamente dicho y la de la galantería en aquel diálogo metafísico entre Aurora y Félix de su comedia *Amigo, amante y leal*.

Hay dos modos de decir:  
Uno que es decir diciendo,  
Y otro que es decir sintiendo.  
Quien dice por divertir  
Dice: mas quien por sentir  
Dice, siente; así verás  
Que con la amante fatiga  
Hallarás quien más te diga,  
Mas no quien te diga más.

En cuyos versos alude evidentemente el poeta, por lo que respecta al verdadero amante, no á la exornacion ó galas del discurso amatorio, no á la expresion secundaria ó artística del sentimiento amoroso, sino á la primaria y principal, á aquella que no tiene más preceptor ni maestro que la propia naturaleza, elocuentísima voz del alma, cuyos ecos y resonancias embriagan con suavísimo deleite el corazon del amado.

Hay, pues, esta diferencia entre el que ama de veras y el que aparenta que ama, á saber: en que siendo ambos á dos artistas, el arte del primero es la misma naturaleza, y el del segundo lo es su propio ingenio. La expresion del afecto en este es puramente reflexiva, mientras en aquel es simplemente espontánea. El uno gobierna el discurso segun la direccion interna de su espíritu, en tanto que el otro, avasallado por la fuerza incontrastable del afecto, no le puede poner freno. Usarán acaso ambos de las mismas palabras; pero en el tono del verdadero amante irá envuelta su alma, mientras en el del mero galan solo se trasluce una como pálida sombra de ella.

Pues, sin embargo de estas diferencias entre el amante ingenuo y el postizo, la expresion amorosa en el primero será perfectamente natural, y parecerá serlo en el segundo, si se considera que entre la pasion del uno y la del otro hay un perfectísimo paralelismo. Es más; teniendo á menudo ambas afecciones la propia raíz y fundamento, á saber: las dotes y virtudes, la donosura y gracia de la mujer, no es nada fácil el distinguir la especie de homenaje del uno, de los requiebros y rendimientos del otro.

Tal se observa en los enamorados y galanes de las comedias de D. Pedro Calderon de la Barca. No tiene, por consiguiente, valor á nuestros ojos el vicio que se achaca á Calderon de impropiedad en la manifestacion de los afectos.

### VIII.

En menoscabo del mérito que, bien á pesar suyo, tienen que reconocer sus detractores en D. Pedro Calderon de la Barca, se le atribuyen defectos en la versificacion, quebrantamiento de las unidades dramáticas, errores geográficos, y, finalmente, anacronismos cronológicos é históricos.

Á quien estime en sus quilates el grandioso estilo, el castizo

lenguaje, y la armonía, espontaneidad, soltura, flexibilidad, riqueza y gracia de la versificación de nuestro gran poeta, le chocará, á no dudar, que se le haga esta inculpacion. Nunca pecó por este lado el inspirado poeta, jamás acusan sus versos incorreccion, desaliño ni languidez, jamás violó su pluma los cánones del metro ni de la rima, del ritmo ó melodía poética. Tan correcto comienza como acaba, tan perfecta y flúida es la estrofa con que inicia su composicion dramática, como aquella en que la termina y remata. Esos defectos, pues, no eran suyos, no podian serlo, dada la abundancia y pureza de su diction y el encanto de su estilo; pero, puesto que existen, hay por fuerza que buscar su origen en otra parte.

Las pruebas que en este punto pueden aducirse demuestran que Calderon no tuvo parte en aquellos errores. Más atento al servicio de Dios que á su propia fama, no se cuidó, durante su larga carrera dramática de dar á la estampa ni aún de corregir sus comedias, excepcion hecha de las intituladas *Las armas de la hermosa* y *La señora y la criada*, ni, á lo que parece, fué más extremada su diligencia por estorbar que otros las explotasen.

Miradas con este desden y desapego, fácilmente se alcanza que, horros de pechos y alcabalas, impresores y farsantes se dieran á reproducirlas en copias deslavadas, mutilándolas á su antojo, descoyuntando sus miembros y cláusulas á guisa de alfagemes literarios y, lo que es más, llevando á veces su desvergüenza hasta el extremo de confirmarlas con nombres que no eran los de pila, sin estar ordenados en este divino sacerdocio ni aún de primera tonsura.

La codicia de algunos libreros y la ignorancia de muchos trasladantes han ocasionado, dice Vera Tasis en la *Advertencia á los que leyeren*, puesta al comienzo de su primera edicion de la *Quinta parte de las comedias de Calderon*, los innumerables errores que padecen todas las de España, ya haciéndolas imprimir diminutas y defectuosas ó ya trasladándolas sin conocimiento de ellas, intitulándolas unos y otros con supuestos autores, tanto para autorizar su maliciosa culpa cuanto por darlas más interesado valor: *atrevimiento que no perdonó las siempre inimitables de aquel venerado fénix*.

Confirma el testimonio de Vera Tasis el expresivo y categórico

del mismo Calderon, el cual en la carta que con fecha 24 de Julio de 1680 escribió al Duque de Veraguas habla de esta suerte:

«Yo, Señor, estoy tan ofendido de los muchos agravios que me han hecho librereros é impresores (pues no contentos con sacar sin voluntad mia á luz mis mal limados yerros, me achacan los ajenos, como si para yerros no bastasen los míos; y aún esos mal trasladados, mal corregidos, defectuosos y no cabales), tanto, que puedo asegurar á V. E. que, aunque por sus títulos conozco mis comedias, por su contexto las desconozco, pues algunas que acaso han llegado á mi noticia, concediendo el que fueron mías, niego el que lo sean, segun lo desemejadas que las han puesto los hurtados traslados de algunos ladroncillos que viven de venderlas, porque hay otros que viven de comprarlas; sin que sea posible restaurar este daño, por el poco aprecio que hacen de este género de hurto los que, informados de su justicia, juzgan que la poesía más es defecto del que la ejercita que delito del que la desluce.

Esta desestimacion y poco caso que los señores jueces privativos de imprentas y librerías tal vez han hecho de mi queja, me han puesto en tal aborrecimiento, que no hallo más remedio que ponerme de su parte, haciendo yo tambien desprecio de mí mismo.»

La torcida interpretacion que los titulados discípulos de Aristóteles dieron á la Poética de este gran filósofo y preceptista, fué parte para reprender en Calderon de la Barca el quebrantamiento de las unidades de lugar y tiempo. Precisamente el Estagirita se circunscribe á recomendar que la accion trágica no exceda de veinticuatro horas, sin ocuparse para nada del lugar en que aquella ha de verificarse. Y esto seguramente por dos razones: la primera, porque lo complejo de la fábula escénica podia pedir de suyo variacion en las decoraciones, como sucede en *Las Euménides* de Esquilo y en *El Ajax* de Sófocles; y la segunda, porque no es verosímil que una accion cualquiera, compuesta de comienzo, medio y fin, se inicie, explique y remate en un mismo lugar, en la plaza pública, por ejemplo; escenario casi perpétuo y monótono del teatro clásico.

El romántico no podia compadecerse ni soportar esta regla estrecha y puramente convencional, y en efecto, Shakspeare en sus tragedias y comedias cambia á menudo de lugar, y lo propio

hacen Calderon y los demás poetas dramáticos nacionales.

Las mismas razones son aplicables á la unidad de tiempo, pues aunque seria preferible que no excediera de un dia, es más conforme á la naturaleza y más en armonía con las leyes de la vida social el que un suceso cualquiera, por sencillo que sea, exija para su desenvolvimiento más de veinticuatro horas y, en ocasiones, hasta meses y años, lo cual no quita á la composición trágica ó cómica su importancia y valor; porque, si bien se mira, la fantasía del espectador es el verdadero escenario en que se enlazan y compenetran todos y cada uno de los momentos de la acción íntegra, así como las condiciones circunstanciales de los lugares en que se realizan y del tiempo en que se desenvuelven.

Por donde se ve que las susodichas unidades en las comedias y tragedias de D. Pedro Calderon están subordinadas á las exigencias de la fábula dramática, y no nos ocupamos de sus *Autos Sacramentales*; porque respecto de estos ya dijo el poeta que:

En alegóricos tropos  
No se dá lugar ni tiempo

En el teatro indio, tan distante de las extravagancias del chino, como de la encantadora sencillez de la tragedia griega, teatro que podemos, en buena ley, calificar de romántico, no solo se desdennan las unidades de lugar y tiempo, sino que, como observa Wilson, no es más el respeto que tuvieron sus cultiyadores por la de acción.

Respecto de los errores geográficos ¿quién duda que los hay mayúsculos en las obras de Calderon? Pero esto no debe extrañar á nadie. Achaque fué de preciados escritores de dentro y fuera de España. Pero, por ventura, son imputables estos deslices á nuestro gran dramático? Á tener presente los estudios en historia y geografía que aquel genio extraordinario hizo en la Universidad de Salamanca, nadie se atrevería á afirmarlo. Eximios libros de geografía y cosmografía se leían á la sazón en aquella famosísima escuela; renombrados y esclarecidos eran sus intérpretes; difundida se hallaba su enseñanza entre todo linaje de gentes. Y lo que todos sabían ¿había solamente de ignorarlo D. Pedro Calderon de la Barca?

Adviértase que la trasgresion de los datos geográficos es frecuente en sus obras. Y siéndolo ¿no es evidente que tal fenómeno no podia traer origen de la insipiencia del autor? En *El mayor monstruo los celos* hace Calderon puerto de mar á Jerusalem, no porque ignorara que no lo fuera, sino porque así lo pedía la accion de la fábula dramática. ¿Y cómo no habia de saberlo andando en manos de todos, con otras muchas obras del mismo linaje, la intitulada *Civitates orbis terrarum* de Jorge Braun, publicada en 1564, en la cual figura una bellísima perspectiva de Jerusalem?

Mas supongamos que Calderon creyera que aquella ciudad fuera realmente puerto de mar por su carencia de conocimientos geográficos. Pero ¿habian de ser estos tan rematadamente nulos, que en su tragedia *Amar despues de la muerte* desconociera hasta la topografía de lugares tan sonados en la rebelion de los moriscos como Berja, Gabia y Galera, á los cuales, no obstante la gran distancia que los separa, pone á la de dos leguas? ¿Es que, aún ignorando esta circunstancia, no hubo amigo ni espectador oficioso que le hiciera ver su engaño? ¿De dónde, sino de Hurtado de Mendoza ó de Ginés Perez de Hita, tomó el asunto de aquella lastimosa historia?

Bien sabia Calderon que el público madrileño, más atento al fondo de la obra dramática que á estos meros accidentes de lugar, no hacia cuenta con tales nimiedades. ¿Acaso estos lunares achicaron las grandiosas y magníficas figuras del Tetrarca ó Marienne, de Clara Malec ó el Tuzani?

Pues menos defensa ha menester el anacronismo calderoniano. Esa variacion circunstancial que el artista introduce á veces en sus obras, si no es de gran momento, no las menoscaba y deslucce. Pero, aún siéndolo, puede ser disculpado por las condiciones del gusto dominante. Tal sucede con los cometidos á la continúa con plenísima conciencia en las obras de D. Pedro Calderon de la Barca; cuyos personajes, sea el asunto mitológico ó heróico, histórico ó de costumbres, nacional ó extranjero, antiguo ó moderno, visten, piensan, hablan y obran como los caballeros y damas de la corte española del siglo XVII. Sirvan de ejemplo el amante desdeñado de Dafne en *El laurel de Apolo*, Minerva en la *Estatua de Prometeo*, Tétis en *El monstruo de los*

*jardines*; Polifemo y Circe, Teágenes y Cariclea, Céfalo y Procris, Aquiles y Deidamia, y Orestes y Píades en *El sacrificio de Efigenia*. Desde la reina Saba en *La Sibila de Oriente* hasta el indio Yupangui y la sacerdotisa Gualcolda en *La Aurora en Copacavana*, se advierte en todos un pronunciado sabor castellano. Segismundo en *La vida es sueño* no tiene de polaco más que el nombre; Lelio y Floro en *El mágico prodigioso* son trasunto de los enamorados galanes de sus comedias de capa y espada. El filósofo Cipriano, en la misma producción, más que discípulo de la escuela de Ammonio Saccas, tiene las trazas de un escolar de Alcalá ó de Salamanca con su ropilla y ferreruelo, su espada y sombrero de plumas, y en *El Privilegio de las mujeres* las damas romanas, por los dulces y persuasivos labios de Veturia, suplican á Coriolano revoque el decreto del Senado por el que se les prohibia el uso de

Moños, jaulillas y espejos,  
Guarda-infantes, perifollos,  
Botes, botijas, morteros,  
Moldes de rizar, redomas,  
Rosas, vueltas, puños, fluecos,  
Tocas, valonas, pericos,  
Polleras y sereneros,  
Verdugados, escobillas,  
Naguas de tela de angeo,  
De ruan, de cotonía,  
De cambray, holanda, lienzo,  
Gasa, bofetan, soplillo,  
Beatilla, estopella y rengo,

con otros menesteres, adminículos y embelecocos usados por las damas de cuenta de la corte de Felipe IV, de que hace menuda relacion Morfodio en la escena V de la primera jornada. ¿Qué más? Ni hasta la misma Vénus, no obstante su alto rango y dignidad, podia dispensarse de esta sarta de menjurjes y aderezos, si queria pasar por persona decente.

Dueños de un nuevo mundo y casi señores de la mitad de Europa, tenian nuestros padres tan alta, tan superior idea de sí mismos, que entendian dignificar á los demás hombres y nacio-

nes prestándoles su propio disfraz, costumbres y sentimientos. Con esta especie de carta de naturaleza eran admitidos en la culta sociedad española. De otro modo, ni sus linajes, ni sus proezas y hazañas, por ilustres y extraordinarias que fuesen, podían hacer mella en un pueblo que las había tenido y las seguía teniendo por presupuesto. No cause, pues, maravilla que, intérprete Camoens de este sentimiento nacional, arrebatado de entusiasmo por las virtudes de sus compatriotas, pospusiera en el comienzo de sus *Lusiadas* los ilustres varones cantados por la musa clásica á los héroes portugueses, ni que D. Pedro Calderon exclamara en un raptó de nobilísimo orgullo patrio:

Que todos cuantos imperios  
Tiene el mundo, son pequeña  
Sombra, muerta imitacion  
De esta superior grandeza.

De atrás venia, así en España como fuera de ella, este género de anacronismos, barajamientos y mescolanzas de personajes y civilizaciones; como que con ellos comienzan todas las literaturas europeas.

En el *Libro de Apolonio*, calcado sobre la relacion paralela del *Gesta*, en la *Confesio amantis* de Gower y en el *Pericles* de Shakspeare se ven revueltos en confuso laberinto los usos y costumbres de la antigüedad clásica con los engendrados por el catolicismo y el espíritu caballeresco. Y que, en efecto, esta manera de concebir la ficcion romántica no era exclusiva de España, lo demuestran, demás de las obras citadas, las producciones sobre el mismo asunto que consultó Juan Lorenzo Segura de Astorga al escribir su poema de Alejandro, como el latino de Gualterio de Chatillon, el francés de Alejandro de París y el inédito del clérigo Simon, del cual copió sendos trozos el autor español, como lo hace notar Morel Fatio en sus *Investigaciones sobre el texto y las fuentes del Libro de Alejandro*. Hasta la misma *Divina comedia* de Dante, escrita en los albores del renacimiento, está plagada de estos absurdos anacronismos, lo que no ha estorbado que la crítica moderna le considere como el ideal y prototipo de la literatura católica. Es más; los susodichos vicios arrancan de época más remota. En la Enei-

da de Virgilio, á pesar del limado sentido artístico del épico latino, se hacen coevos á Dido y Eneas, porque así lo pedia, sin detrimento de la obra, el fin á que la dedicaba. Pues si, por lo que atañe al traje y carácter, queremos remontarnos á tiempos más antiguos ¿no vemos, por ventura, en el arte egipcio, transformados á Tolomeo y Tiberio en Amenofis ó Sesostris, y trazado en el indio al rey de los Iabanas ó Jonios, como aquel pueblo llamaba á los griegos, con los propios colores y disfraces que un Archuna ó un Duriodana en la gran epopeya el *Mahabarata*?

Por lo que respecta á la literatura dramática, no fueron tampoco estos anacronismos privativos de nuestro teatro, como lo demuestra el estudio de los extranjeros. Corneille en su Heracleo falsifica la paternidad de su héroe haciéndole hijo del emperador Mauricio, siéndolo de un pretor en África del mismo nombre: prolonga el reinado de Focas mas de doce años y, cuando la historia no le dá por hijo mas que á Domicia, le supone uno llamado Marciano. Además tanto él como los otros dramáticos franceses transforman á sus héroes griegos y romanos en caballeros de la corte de Luis XIV. No otra cosa acaece con los ingleses, incluso el mismo Shakspeare. Á pesar del vigor y exactitud con que el gran dramaturgo traza la época histórica de Julio César, presta á los personajes que intervienen en la tragedia, que lleva el nombre de aquel capitán ilustre, el propio estilo y lenguaje de la corte de Isabel de Inglaterra, tan contrarios por cierto de los usados en la sociedad romana de aquellos tiempos que nos describen Ciceron y Plutarco. Su *Romeo y Julieta*, con haber observado las costumbres de los italianos, carece de colorido local. ¿No vemos aún en pleno siglo XVIII, cuando la influencia del pseudo clasicismo francés se deja sentir en nuestro teatro, salir á las tablas á Semíramis vestida con tontillo y calzada con chapines y á Julio César con su enorme peluca rizada, su chupa de terciopelo y su gran sombrero de plumas?

Pero hay más aún; estos anacronismos, en cuanto á la indumentaria, invaden hasta el templo. Así las producciones de la plástica, como las de la gráfica, nos brindan en aquel siglo con las mismas trasgresiones de la verdad histórica. Sirvan de comprobantes, sin salir de la escuela granadina de escultores y pintores, las obras de Alonso Cano, Atanasio Bocanegra, Juan de Sevilla, Pedro de Moya, Risueño, Mendoza y otros muchos, y dígase lo propio de

las de Madrid, Valencia y Sevilla. La mayoría de las vírgenes de talla aderezadas con los mantos, corpiños, faldas, golas, rostriillos, arracadas y alcorcies, cintillos y almanacas que se veneran en nuestras iglesias, no parecen sino damas de aquellas edades colocadas en las hornacinas de sus altares. Pues á pesar de este desconocimiento de la indumentaria hebrea y de la tiesura y ampulosidad del traje que visten, se tiene á aquellas sagradas imágenes la misma tierna devocion y religioso acatamiento que si no existieran tales impropiedades. Y es que la candorosa piedad de nuestros españoles del siglo XVII jamás puso los ojos en estas excentricidades del arreo exterior.

Yo no sé, por otra parte, qué es más chocante y extraño, si una figura histórica vestida con el traje del siglo XVII, pensando y hablando como los espectadores, ó disfrazada con el ropaje de su época y produciéndose en las frases y términos al uso. Vituperables son ambos extremos bajo el punto de vista presente en que los estudios arqueológicos, merced á los concienzudos trabajos de Wilkinson, Rawlinson, Movers, Grottes, Rich y Dozy han hecho tan notables progresos en punto á la indumentaria del Egipto, de las cinco grandes monarquías asiáticas del antiguo mundo oriental, de los fenicios, griegos, latinos y árabes. Pero á elegir entre los dos, preferiría sin vacilar, aún en los tiempos que corren, si por desgracia no fueran tan prosáicos, la práctica calderoniana por lo que tiene de romántica y caballeresca, á la de ciertos artistas modernos, los cuales, perdido el espíritu de creacion, hacen consistir el valor de sus obras en la propiedad del traje, convirtiendo á sus personajes en simples maniqués ó en autómatas expresivos *ad summum* de su propio sér y condicion. No se crea por esto que apruebe el procedimiento de ciertos poetas, como Byron, por ejemplo, que vació en su propio molde, pintándolos á su imagen y semejanza, es decir; altaneros, sombríos, devorados por el hastío ó hambrientos de deleites sensuales á los protagonistas de sus obras, llámense Harold, Conrado, Lara, Manfredo ó Cain, porque el tipo que sirve de dechado á Calderon para trazar sus figuras es el del caballero cristiano del siglo XVII, mientras el del escritor inglés es el del escéptico.

No menos censurable es el procedimiento de Schiller de atribuir á los personajes de los modernos tiempos que juegan en sus dramas las ideas y sentimientos de los antiguos.

Difícil es, por otra parte, que el artista, aunque sea de la edad presente, pueda pintar sin los matices del colorido local á los personajes históricos que haga intervenir en la accion dramática, ni que la propiedad de la pintura llegue á tanto, aún por lo que toca á la indumentaria, que no cometa á los ojos del arqueólogo verdaderas atrocidades.

Copiosas son las obras que viajeros y *turistas* han escrito sobre nuestras costumbres, aunque sea rara la que las describa fielmente. Recuerdo que en la fecha en que las modas francesas no habian aún invadido á nuestras clases populares, gustaban algunos extranjeros de vestir el airoso y elegante traje andaluz; pero lo hacian, con raras excepciones, por tan extraño modo, con tales maridajes y cruzamientos entre el suyo propio y el nuestro, que hasta las piedras, de haber tenido ojos, hubieran reventado de risa. Imagínese una figura amojamada, escuálida de rostro, la barba lacia y partida en dos mechones, á modo de sáuce lloron, rígida y envarada la persona como hurgunero de alcuja, la color gualda, acamellada la nariz, la boca sin jaretas, el pié largo y juanetudo, por corona un calañés, pañuelo con tumbaga al cuello, chaleco rojo acairelado, frac y pantalon negro, y finalmente, bota blanca de cuero y manta de muestra al hombro, y se tendrá la *vera efigies* de un *turista* de aquel tiempo, disfrazado de alcarrabo sin ser carnestolendas.

Ahora bien; si teniendo presentes los originales los copiaba tan zurdamente ¿cómo saldrian parados los infelices, si cuando los perdiera de vista, á ser el *turista* poeta, se le antojara llevarlos al teatro? Y si esto sucede en pleno siglo XIX, en que el comercio y comunicacion entre unos y otros pueblos les facilita el recíproco conocimiento de sus hábitos y costumbres ¿qué sucederá cuando la imitacion tenga por objeto las cosas y los hombres de otras centurias? Obraron, pues, muy cuerdate Calderon y nuestros dramáticos del siglo XVII prestando á los personajes de sus comedias, fuera cualquiera el tiempo en que florecieran, sus propios trajes, ideas y sentimientos.

Por no perdonarle nada, ni aún siquiera dispensan los críticos á Calderon el uso de la pólvora en aquellas de sus obras escénicas, cuyos asuntos se referian á tiempos en que no se conocia tal invento, como sucede en el de la comedia *El acaso y el error*. En respuesta á las diatribas que descargó Voltáire con este motivo

sobre D. Pedro Calderon diremos que Milton en su *Paraiso perdido* hace jugar la artillería y que, segun se lee en la escena final del *Hamlet*, Fortimbras, nombrado rey de Dinamarca, celebra con ella los funerales de aquel desgraciado príncipe.

Sabido es que el asunto del *Hamlet*, tratado antes de Shakspeare por su compatriota Tomás Kyd, está tomado de la coleccion de historias trágicas de Belleforest, el cual utilizó á su vez las leyendas de Saxon el gramático, referentes á los comienzos fabulosos de los reyes de Dinamarca. Pues bien; en aquella remota edad no era conocida la pólvora, cuyo uso data en el Norte de Europa de la primera mitad del siglo XIV, atribuyéndose su invencion al Franciscano Bertoldo Schwartz, más conocido por el nombre de Constantino Angliksen, natural de Friburgo, pues, por lo que respecta al Mediodía, se sabe por Aben Aljatib, príncipe de los historiadores granadinos, que en la propia centuria el ejército del sultan Abul Gualid Ismael empleaba ya la artillería en el asedio de las plazas.

Repetimos, por conclusion de estas observaciones, que desconociendo los críticos pseudo-clásicos el carácter de la sociedad española del siglo XVII bajo sus aspectos religioso y político, moral y literario, tenian por fuerza que achacar á Calderon defectos que, en buena ley, no podian serle imputados; que, á no mirarlos con la ojeriza que se advierte en sus censuras, habida consideracion á la flaca naturaleza del hombre, eran disculpables; que, aún no siéndolo, todavía habria que calificar de marcada injusticia el envolver con ellos en un mismo anatema las prendas que embellecen sus obras, y de rencor y ódio y ruindad y protervia infames acusar á la religion católica como generadora de las furibundas pasiones y del errado concepto de la moral de algunos de los personajes que intervienen en sus comedias. Reo de esta inculpacion desatentada es el protestante Sismondi. Lo que en puridad motiva esta destemplanza del crítico ginebrino es la conciencia íntima de que el teatro de Calderon era eminentemente católico y sus *Autos Sacramentales* hermosas apologías del inefable sacramento eucarístico, cuyos celestiales resplandores deslumbraban hasta tal punto los ojos del escritor calvinista, que no era dable al infeliz entrever siquiera á través de sus transparentes velos los copiosísimos raudales de belleza que el cantor sagrado derrama con mano pródiga en estos dramas alegóricos.

Suèdíale lo que al ángel Abdiel en la *Mesiada* de Klopstock: en vano, ansioso de contemplar el sacratísimo rostro del Señor, sigue sus pasos durante su peregrinacion por la Judea; en vano, confundido con el pueblo deicida, trepa la áspera cuesta de la montaña hasta llegar á la cumbre del calvario en que se alza el sacrosanto madero de la cruz; en vano convierte á todo viento su anhelante mirada; con todo el mundo tropiezan sus ojos menos con Jesucristo. Arrastrado del cielo por Lucifer y las legiones de espíritus rebeldes, cayó juntamente con ellos en las profundidades tenebrosas y, perdida la gracia, quedó menguado su conocimiento de lo sobrenatural. No otra cosa sucede á los herejes y cismáticos que, aferrados á sus preocupaciones de secta y tomados de soberbia, se meten á críticos de las literaturas católicas. Tropezará su razon acaso con lo que en ellas hay de humano; pero no vislumbrarán nada de lo que tienen de divino. Percibirán por ventura la corteza de su cuerpo; pero no echarán de ver el alma que lo informa, ni la clara luz que le alumbra, ni la gracia que le presta sus encantos. Y sin caer en la cuenta que sus cataratas intelectuales les vedan contemplar todas estas cosas, concluirán diciendo, como dice Sismondi de nuestro gran dramaturgo, presumiendo hacerle una injuria, sin adivinar que le apologiza y ensalza: ¡D. Pedro Calderon de la Barca es el poeta de la Inquisicion!

### IX.

Aunque al comienzo de estas mal trazadas líneas hemos expuesto sumariamente el parecer de los apologistas de Calderon sobre el lugar que ocupa en la literatura romántica, nos parece oportuno añadir algo en su abono, como complemento del presente trabajo.

Bajo dos aspectos puede tratarse esta cuestion, á saber: bajo el de la materia y bajo el de la forma de la concepcion caleotécnica, ó en otros términos: bajo el punto de vista técnico y bajo el del fondo de la obra literaria.

Pues bien; analizado su teatro por lo que mira á la ejecucion artística, entendemos que es superior á los dramáticos españoles sus contemporáneos, como apuntamos al principio de este estudio; porque, aunque se admiren en Lope la fecundidad prodigiosa, la fluidez, la naturalidad, la variedad y caracteres tan bien deli-

neados como los de *La Estrella de Sevilla*, *El mejor Alcalde el Rey* y *El castigo sin venganza*, quedó por bajo de Calderon en perfeccion y arte dramático y en profundidad é individualidad étnica. Ahora añadiremos que no debe considerarse como inferior á los extranjeros, ni aún por lo que respecta á la pintura de los afectos del alma y á la traza de los caracteres, á quien en abono de estas virtudes artísticas puede ofrecer los admirables tipos de Crespo en *El Alcalde de Zalamea*, de don Gutierre en *El Médico de su honra* y de Herodes en *El mayor monstruo los celos*.

Pero si estirando el discurso se quisiera sostener que alguno de los modernos dramáticos superaba al nuestro en aquellas excelencias, todavía habria que convenir en que Calderon les aventaja, como ya lo hizo notar Luzan, en el arte mayor de todos; en el de interesar á los espectadores, llevándoles de escena en escena con ansia de ver el fin, circunstancia esencialísima de que no pueden gloriarse muchos poetas de otras naciones, grandes observadores de las reglas. En efecto; cotejado el teatro de Calderon con el de otros países, se observa que en novedad y riqueza de invencion, en movimiento lírico y escénico y en el artificio, enredo y solucion de la fábula no tiene el príncipe de nuestros dramáticos, no ya quien le exceda, pero ni siquiera quien le iguale entre todos los del mundo.

Shakspeare, el más señalado entre los modernos, es irregular é incorrecto, á menudo inverosímil, desgarbado y lánguido en varias de sus obras, afectado y pedantesco en otras, grosero en alguna, y desigual en lo que, en sentir de sus encomiadores y apologistas, constituye su más preciado timbre, en la pintura de los caracteres. *Hamlet*, la mejor de sus tragedias, adolece de alguno de estos defectos. Cáo iluminado por espléndidos rayos de luz, parece al decir de uno de sus críticos, que el espectador está una hora escuchando las lecciones de Platon y el resto del tiempo en un manicomio. La trivialidad, el descoco y la inverosimilitud forman á veces el más peregrino contraste con el vigor y energía aterradora del protagonista. En las escenas más patéticas se observan rasgos de mal gusto. El mismo *Otelo* está deslustrado por la inopia de recursos dramáticos. El pañuelo que, á los ojos de su marido, se le cae al suelo á Desdémona, y del cual se apodera el traidor Yago, es la causa determinante del nudo y de

la catástrofe, lo que acusa en el general veneciano una falta absoluta de reminiscencia.

*Cymbelina*, cuya fábula tiene mucho parecido con la anterior, es inverosímil, descosida, sin artificio ni efectos escénicos y, lo que es más, desdibujada en los caracteres. «Aún en el *Macbeth* se nota, aparte de la afectación, alguna escena puramente cómica, precisamente allí donde las precedentes y subsiguientes reclamaban de suyo el empleo del patético». Carácter gallarda y vigorosamente modelado es el del infortunado rey Lear en la tragedia que lleva su nombre; pero, en cambio, los restantes personajes carecen de color, abundando además en sutilezas y extravagancias que no son parte á disimular sus calidades y prendas artísticas, deslucidas, á no dudar, por el desenlace que, con la muerte de Ophelia, excede en atrocidad al del *Hamlet*. ¿Y qué diremos, haciendo abstracción de su artificio, en punto á inverosimilitud de *La comedia de errores*, sino que sobrepuja en aquel defecto á los *Menecmos* de Plauto? ¿Ni qué del lenguaje que en *Timon de Atenas* pone en boca del misántropo, ó de la denominada *La mala mujer tornada á la razón*, cuyo pensamiento dramático en germen acusa un abandono deplorable del elemento artístico? Ni qué finalmente del encomiado *Sueño de una noche de verano*, invención incoherente, estrambótica, fantástica y aún nula en los caracteres, si la arrebatadora magia del estilo no cubriera todos estos lunares?

Por lo que respecta á sus producciones históricas, fáltales á la mayoría de ellas interés dramático y hasta hay alguna, como la parte primera del Enrique IV, que carece de protagonista, no teniendo casi todas de comun con la poesía escénica más que el diálogo y la división en escenas y actos.

No más feliz fué Shakspeare en el manejo de asuntos históricos extranjeros. En el *Marco Antonio y Cleopatra* los personajes subalternos se encuentran desfigurados y eso que le sirvió de fuente la relación de Plutarco.

En cuanto al elemento cómico abonan ciertamente el gracejo del dramático inglés el que se registra en *El mercader de Venecia* y la bizarra figura de Falstaff, pero, á nuestro parecer, los graciosos de las comedias calderonianas llevan á los de Shakspeare la ventaja de que nunca inciden en desvergüenzas, bajezas ni chocarrerías.

Huyendo de la dicción poética convencional y declamatoria de los trágicos franceses, como opuesta al natural, se nos muestran Goethe y Schiller en su primera época secos y prosáicos, no obstante su fuerza de expresión. En el *Goetz de Berlichingen*, su primera obra dramática, representa el primero á la Alemania del siglo XVII sin reglas ni proporciones. «El mismo Schiller observa con razón que *El Torcuato Taso* y *la Efigenia* del autor del Fausto, á pesar de sus bien trazados caracteres, carecen de interés, siendo la acción de la última de estas estimables obras lenta y soporífera.

¿Pues qué se dirá de Schiller que, después de haber censurado los adornos del discurso dramático, despliega todo el lujo de una fastuosa retórica en aquellos disertadores que razonan metafísicamente sobre sí mismos, personificados hasta en los aldeanos del Guillermo Tell, según se lee en la *Historia de la poesía alemana* de Eichendorff, ó del anacronismo de pintar á los personajes contemporáneos que intervienen en la acción con las ideas y sentimientos de otras edades y civilizaciones?

Si consideramos ahora á Calderon en lo que constituye la esencia de la producción artística es muy superior á Shakspeare, á Goethe y Schiller y á cuantos en los tiempos antiguos y modernos han ilustrado la escena.

Bajo este punto de vista es Calderon de la Barca el ideal y prototipo del arte dramático.

Para quien tase el precio de las creaciones literarias por las excelencias del medio representativo externo y no considere más finalidad en el arte que la de producir en el espectador el goce estéril de la belleza material, este juicio nuestro le parecerá desazonado. Pero para quien pare mientes en que el elemento que las bellas artes presentan al sentido, no es la expresión cabal y adecuada de la hermosura que debe contentar al corazón; que el artista no trabaja para producir una obra material, sino que su fin es engendrar en el ánimo el deleite de la belleza suprasensible, como observa un filósofo ilustre, nuestro juicio no le merecerá ciertamente aquel concepto.

Ahora bien ¿que otros son los efectos que se propuso engendrar Calderon de la Barca en el ánimo de los espectadores de sus dramas, sino el purísimo sentimiento del honor, preciado tesoro del alma, el entrañable amor de la verdad, luz del entendimiento y la

práctica generosa del bien, término y objeto de la voluntad? ¿Y qué otra cosa era este conjunto de bienes y de sabrosas complacencias, sino el poderosísimo medio de que se sirve el artista para conducir suavemente los corazones por los senderos de la virtud á la obtencion de la bienaventuranza eterna? Y siendo esta el fin último de la criatura racional ¿cómo no habian de tener sus obras artísticas, aparte del inmediato ó próximo, otro fin mediano ó remoto para cuyo logro hacia servir el deleite engendrado por la belleza como de acicate y estímulo poderoso?

Así entendió Calderon el oficio propio, el fin próximo y remoto de las bellas artes; así comprendió su bienhechora y nobilísima mision y así la alcanzó tambien el pueblo español de los siglos XVI y XVII, en cuyos ojos la mision del hombre en este mundo estaba reducida á la suma de los mandamientos divinos, á amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos.

Á estos breves, pero elocuentísimos términos pienso yo que podia reducirse nuestra historia política, literaria y artística desde los Reyes Católicos hasta la fecha en que Calderon florece.

Si los judíos fueron expulsados de España á fines del siglo XV, fué por su obstinacion y pertinacia en rechazar la amorosa solitud de nuestros Reyes y Prelados, ganosos de atraer en todo tiempo á aquellas ovejas descarriadas al redil de Jesucristo. Si Cristóbal Colon se aventuró con evidente riesgo de la vida en mares desconocidos en busca de las Américas, fué porque vinculó en su descubrimiento el rescate del Santo Sepulcro de nuestro Salvador, secuestrado, para vergüenza é ignominia de la cristiandad, por los infieles Sarracenos. Si Cortés y Pizarro conquistaron para la corona de España los vastos imperios de Moctezuma y Atahualpa, su principal cuidado fué extirpar en aquellas gentes bárbaras la idolatría derribando las deidades de sus aras y convirtiendo sus *teocalis* en templos del Dios vivo. Si los moriscos fueron expulsados por Felipe III del suelo patrio, debióse tal medida á la hipocresía de su conversion, á sus inveterados ódios, á sus iras y rencóres contra el nombre cristiano, á su inteligencia y conciertos con los enemigos de la fe y de la patria, á sus insurrecciones y hecatombes horribles y á su impenitencia y protervia despues de ser perdonados. Si, por último, el pueblo español soñó con la monarquía universal, no fué ciertamente porque buscase en ella su propio medro y engrandecimiento, sino por fundir, ansiosa de su

salvacion eterna, á las naciones del continente europeo sumidas en el error, en la gran familia católica. Todo lo sacrificaron nuestros mayores á este ideal, el reposo, la hacienda y la vida. Por la exaltacion y triunfo de nuestra santa madre la Iglesia y por la defensa y amparo de sus divinas enseñanzas derramaron á torrentes en suelo extranjero su sangre generosa. De aquí aquellas legiones de ilustres guerreros que eternizan con sus proezas y hazañas portentosas el immaculado honor de la patria; de aquí el brillante catálogo de santos, de místicos, de humanistas, de filólogos y de teólogos insignes que, maravilla y asombro de los siglos, defienden victoriosamente nuestros sacrosantos dogmas, atajando á la herejía en sus depredaciones y conquistas; de aquí, finalmente, el esmero y solicitud de nuestros ínclitos monarcas por cultivar la inteligencia y educar el corazon de sus súbditos.

Que de católicos reyes  
Aún los vasallos son hijos.

Á este celo é interés del Estado por el adoctrinamiento del pueblo se debe la prodigiosa extension que logra la enseñanza en nuestros siglos de oro. Esparcidos por el territorio patrio, como otros tantos *oásis*, los monasterios y conventos, se enseñaba gratuitamente en ellos toda suerte de disciplinas. «No eran las Universidades, abiertas de par en par en aquellos siglos de verdadera democracia á todo linaje de gentes, los únicos establecimientos de instruccion; éranlo además las casas religiosas que existian hasta en reducidísimas aldeas». En las mismas iglesias se daba al pueblo una sólida instruccion dogmática por sus propios párrocos, acrecentada y cimentada despues por los misioneros que periódicamente recorrían los pueblos más apartados de los centros científicos.

En ley de justicia hay que adjudicar á las corporaciones religiosas aquel espíritu de fervor, de piedad, de santidad y de heroísmo, aquella vária y solidísima instruccion general de la España en los siglos XVI y XVII. «Mas como pudiera alguno calificar esta asercion mia de paradoja, me parece muy del caso transcribir en este lugar el elogio que el inmortal autor del *Quijote* hace de los frailes en *El Licenciado Vidriera*, y el testimonio que dá de su bienhechora enseñanza y doctrina en el *Coloquio de los*

*perros Cipion y Berganza*. «Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba, dice Cervantes en la primera de aquellas obras, dijo uno de sus oyentes; de ético no se puede mover el padre». Enojóse Vidriera y dijo: nadie se olvide de lo que dice el espíritu santo: *nolite tangere christos meos*; y subiéndose más en cólera dijo: que mirasen en ello y verian que de muchos santos que de pocos años á esta parte habia canonizado la iglesia y puesto en el número de los bienaventurados, ninguno se llamaba el capitán don fulano, ni el secretario don tal, de don tales, ni el conde, marqués ó duque de tal parte, sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raymundo, todos fráiles y religiosos, porque las religiones son los Aranjueces del cielo cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios.

He aquí ahora el pasaje del *Coloquio de los perros* á que más arriba hemos aludido en orden á la instruccion: Berganza.— No sé qué tiene la virtud que con alcanzarme á mí tan poco ó nada de ella, luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban á aquellos niños, enderezando las tiernas varas de su juventud, porque no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud que juntamente con las letras les mostraban: consideraba como los reñian con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplo, los incitaban con premios, y los sobrellevaban con cordura, y finalmente como les pintaban la fealdad y horror de los vicios y les dibujaban la hermosura de las virtudes, para que aborrecidos ellos y amadas ellas consiguiesen el fin para que fueron criados.

Cipion.—Muy bien dices, Berganza; porque yo he oido decir de esa bendita gente que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él, y para guiadores y adalides del camino del cielo pocos les llegan: son espejos donde se miran la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia y finalmente la humildad profunda, base sobre que se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.»

Pues precisamente el allanar al pueblo el camino de la bienaventuranza era el anhelo de nuestros más preclaros artistas y literatos, los cuales parece como que, al poner mano á sus obras, tuvieron presentes aquellos estatutos de los pintores de la escuela de Siena en que se leía: *nuestra vocacion y destino, por la*

*gracia de Dios, es publicar las maravillas de la fe á las almas rudas que no saben leer.* ¿Quién al contemplar los admirables cuadros de Morales ó de Murillo no traerá luego á la memoria esta hermosa declaracion ó el recuerdo del piadosísimo Juan de Fiésola, el cual decia, hablando del acto mismo de pintar, que era meditar en el Salvador y que nunca tomaba en su mano los pinceles sin haber hecho antes oracion? Y refiriéndonos á tiempos más modernos ¿qué otra era la fuente de las regaladas inspiraciones y pensamientos sublimes del inmortal maestro Haydn, sino el rezo del santo rosario? Si el espíritu de nuestros piadosos artistas no se hubiera elevado en alas de su ardiente amor á las regiones inaccesibles donde habita el Eterno ¿pudieron jamás haber trasladado al lienzo aquellas purísimas tintas, aquella suavidad y dulzura, aquel encanto y gracia de sus figuras celestiales? ¿No puede decirse de ellos lo que del beato Fra Angélico, que resplandecía en la clara luz de los ángeles, porque el arte era en él una plegaria?

Entiéndase que al citar estos ejemplos no es nuestro ánimo limitar la accion del artista á la esfera puramente mística ó ascética. Así el pintor como el escultor, el músico como el poeta tienen plena libertad para dar á sus concepciones la direccion que más les plazca, con tal que no violen con ellas las leyes del orden moral. Sin que nadie lo repruebe, pueden, con perfecto derecho, destinar sus obras al mero recreo y esparcimiento del espíritu, no dándoles por fondo aquella belleza que tiene su asiento y morada en la esfera de las cosas suprasensibles. Muchas de estas producciones de simple pasatiempo se encuentran en nuestra literatura, en las que lucieron su rica fantasía preciadísimos poetas; pero no es á ellas á las que nos referimos; sino á las llamadas por los estéticos católicos formalmente bellas, en las cuales reside, como en su propio lugar, la mision altamente civilizadora del arte, aquella que tiene por presupuesto morigerar las costumbres, ennoblecer á los hombres, guiar sus vacilantes pasos por los senderos de la virtud, mantener su voluntad libre en perfecta armonía y concierto con los mandamientos divinos, y finalmente, elevar su corazon á Aquel, que, siendo la belleza por esencia, es juntamente el soberano bien y el término final de todos nuestros apetitos. Pues á tan altos fines se dirigia la doctrina dramática de Calderon.

Y sin embargo, á pesar de ser este un hecho evidente, el encono

de la crítica pseudo-clásica fué llevado al extremo de sostener que era vano empeño encontrarla en el teatro de Calderon. Dolido de esta asercion el ilustre Sr. Hartzbusch exclama indignado de esta suerte. «¿Por ventura, el enseñar á ser hombre de honor y buen caballero nada supone? Supone tanto que esta sola enseñanza excusa la mayor parte de los documentos dados por los autores clásicos de la escuela francesa. Molière, el gran Molière, el poeta cómico, el poeta filosófico por excelencia, decia al público, á quien dirigia sus lecciones: hombre que me escuchas, no seas misántropo, no seas avariento, no seas hipócrita, no apalees á tu mujer, no te dejes casar á palos. Calderon, maestro de caballeros, no tenia necesidad de inculcar ninguna de estas máximas, porque el caballero cumplido no es enemigo de los hombres; ni es miserable, ni aparenta la santidad que no tiene, ni dá palos, ni los recibe. Dá, sí, y recibe cuchilladas, contraviniendo al quinto mandamiento y á los bandos de policia; pero ni los valientes lo son de balde, ni la templanza es la virtud que descuella más en los enamorados.»

Fácil nos es añadir á este elogio del Sr. Hartzbusch otros más encomiásticos en orden á la doctrina de sus comedias de costumbres. En efecto; con las sentencias, máximas y apólogos des-parramados en ellas á granel podria formarse un código de galantería, de moral y de política. Maestro y bienhechor de su raza no tendrá ciertamente en sus ojos el preceptismo aristotélico ú horaciano; pero tendrá un cánon que vale por todos, á saber: que el ideal de lo bello en las artes cristianas es puramente evangélico. Con él á la vista vaciará sus caballeros en la turquesa del honor y dará la honestidad y la humildad por base y fundamento de la hermosura en la mujer, como se lee en la escena XI, jornada II de *La devocion de la Cruz*:

Más belleza la humildad  
De este traje te asegura;  
Que en la mujer la hermosura  
Es la misma honestidad.

Rara vez, y velando cuidadosamente su culpa, pondrá en escena, á la casada, y nunca, por respeto á la santidad del hogar, á la madre de familia ni á la huérfana confiada á su custodia. Gober-

nará la expresion amorosa procurando con esmero y diligencia no deslizar vocablo que despierte pensamientos sensuales y la espiritualizará hasta el punto que, más que de hombres, parecerá su lengua, lengua de ángeles. Pintará con áurea pluma los contratiempos y miserias de la vida, la veleidad de la fortuna, la satisfaccion del agravio con el beneficio, la gratitud, el amor del prójimo y la práctica generosa del bien y de la virtud. Aconsejará la prudencia á sus reyes en el gobierno de la república y fijará los límites de la obediencia en los súbditos y de la potestad en el monarca, el cual, no tenia jurisdicción sobre las almas ni podia disponer á su grado y antojo de las vidas y haciendas de sus vasallos, como lo declaró el Santo Tribunal de la Inquisición con motivo de cierto acontecimiento de que hace mérito Antonio Perez en sus *Relaciones*. Sucedió, pues, que reinando la majestad de Felipe II afirmó cierto orador en un sermón, en presencia del monarca, que los reyes tenían poder absoluto sobre las personas de sus vasallos y sobre sus bienes. Hombres gravísimos en dignidad, en letras, en limpieza de pecho cristiano, y entre ellos, persona que en España tenia lugar supremo en lo espiritual y que habia tenido antes oficio en el Juicio supremo de la Inquisición (el Nuncio de Su Santidad) calificaron por muy escandalosas semejantes palabras, á lo que nos dice el Secretario Antonio Perez: «Delatado el predicador al Santo Oficio, instruyóse expediente, y aquel, á más de varias penitencias que se le impusieron, fué condenado á retractarse públicamente de su dicho, como de proposición errónea, leyendo en un papel, que le fué entregado, estas notabilísimas palabras: Porque, señores, los reyes no tienen más poder sobre sus vasallos del que les permite el derecho divino y humano, y no por su libre y absoluta voluntad.»

Pero la doctrina dramática de Calderon no está reducida solamente á esto; sus horizontes son más vastos, más radiante la luz que los alumbra, y más espléndidamente hermosos que los del sol sus purísimos rayos. Es la antorcha de la fe, sagrado fuego que, descendiendo de lo alto sobre la frente del poeta, enciende su estro con su divina llama; es el espíritu católico que, desplegando en grandioso panorama ante sus ojos las maravillas y portentos de la creación, le hace escuchar arrobado en éxtasis el sublime himno de amor que eleva unísono el universo entero al soberano Autor de la vida. No de otro modo se comprende aquel alto sen-

tido alegórico y simbólico que campea en sus obras religiosas. Para su alma delicada no era la naturaleza sino una revelación de las armonías divinas, como se dice de Federico Novalis, y el mundo un inmenso libro en que cada uno de sus seres expresan un pensamiento de Dios; soberano alfa y omega de todo lo criado, en quien nos movemos y vivimos y somos, según se lee en San Pablo; divino ejemplar y prototipo augusto de nuestra propia esencia, luz increada que sella nuestro rostro, como en las cristalinas aguas de un lago sereno estampan sus trémulas lumbres las estrellas del cielo; perenne fuente de todo poder, venero único de sabiduría, eterno manantial de justicia, grande, infinito é inmenso y tan misericordioso y amante que se ofreció en holocausto por nuestros pecados la sacratísima persona de su Unigénito Hijo.

Ahora bien; ¿cómo Calderón, eminentísimo poeta católico, había de limitar la dulcedumbre y sonoridad de sus cantos, su divino estro y fantasía á ensalzar lo mudable, caduco y perecedero, lo condicional é imperfecto de esta vida, diluyendo su regalada musa en descripciones vanas ó estériles, en pintar el rigor de las pasiones ó el desenfreno de los vicios, echando en olvido lo inmutable y eterno, lo permanente é inmortal, sus deberes para con Dios, y la sagrada misión que la divina providencia le había confiado de ser intérprete fidelísimo de sus divinas enseñanzas y glorificador de su santo nombre? ¿Cómo permanecer impasible y frío, mudo ó silencioso, él, ungido en Adán, rey de la creación, rehusando el concurso de sus tonos melódicos y de sus embriagadoras armonías al magnífico *gloria in excelsis* que su profundo espíritu percibía á toda hora en la vasta escala de los seres? ¿Cómo, finalmente, negar los afectos de su corazón al Rey de los reyes, y Señor de los señores, inmortal, presente ante sus ojos en el inefable sacramento de la eucaristía?

¡Ah, si Calderón no hubiera cumplido con estas obligaciones de cristiano, convirtiendo los Corrales de comedias y las plazas públicas de la España entera en vastísima Academia, donde en forma de catecismos dramáticos se daban periódicamente al pueblo lecciones de teología dogmática, de filosofía escolástica, de historia sagrada y profana, de simbólica y de mitología, de urbanidad y decoro, de política y de moral, de gramática y de retórica, su nombre no sonaría en el mundo; porque no hubiera sido personificación y símbolo del genio nacional. Perfeccionador de

los dramas alegóricos conocidos con el nombre de *Autos Sacramentales*, respondió con ellos Calderon á una apremiante necesidad de los tiempos. Es un hecho peregrino que la nueva direccion dada á este linaje de composiciones coincida con el advenimiento al mundo moderno de las herejías luterana y calvinista. Rota con ellas la unidad católica conviértese Europa en un inmenso y sangriento campo de batalla. No parece sino que el infierno en masa se ha conjurado con los hombres para destruir la iglesia de Dios. Pero su adorable providencia la depara un brazo vigoroso y una egida inquebrantable que la proteja y defienda contra sus fieros ataques y arremetidas en la ardiente fe del heróico pueblo español y en la de sus ínclitos monarcas de la casa de Austria.

Como impetuoso torrente que saca de madre sus hinchadas aguas, derrama la herejía su emponzoñada baba sobre la mitad de nuestro continente, llevando la consternacion y el espanto á las naciones católicas. Para contener ese desbordamiento titánico de rencores y concupiscencias, poderosa palanca de la herejía y del cisma en todo tiempo y lugar, no bastaban soldados. Los soldados hubieran concluido por convertirse, tocados de aquella pestilencia y podredumbre, en materia de su vastísimo incendio, si cada uno de los que componian el ejército católico no hubiera sido un teólogo, un predicador, un misionero, un dogmatizador infatigable. Menester era, por lo tanto, convertir al pueblo, de donde se reclutaban los valientes defensores de la iglesia y de la civilizacion, en plantel de teólogos, y esta ardua y sublime empresa, este fenómeno verdaderamente maravilloso lo llevó Calderon de la Barca á tal extremo de perfeccion, que la inteligencia se pasma al ver expuestos y explicados los más abstrusos misterios de la fe con una facilidad y claridad prodigiosas.

Nada sublevó tanto el sentimiento religioso del pueblo español como la negacion por los herejes luteranos y calvinistas del augusto sacramento de la eucaristía, negacion que impedía al hombre hacerse en este valle de tristezas y dolores copartícipe y consorte de la misma divinidad. De aquí que el dogma de la transustanciacion fuera el principal asunto de los *Autos Sacramentales*, en el cual, como los radios que convergen al centro, iban á fluir todos los misterios de nuestra santa religion.

Tan grande, tan elevada, tan excelsa era la doctrina enseñada

por Calderon de la Barca en sus dramas alegóricos. ¿Qué mucho, pues, que siendo este el fondo de aquellas obras, el pueblo, que en ellas se adoctrinaba, fuera el más docto, el más culto y el de más virtudes morales de la tierra? ¿Ni qué tampoco que consideremos á Calderon, aún por el solo hecho de haber consagrado su pluma á labrar la felicidad temporal y eterna de sus compatriotas, como el ideal y prototipo del arte dramático moderno, superior á Shakspeare, á Gøthe, á Schiller y á cuantos poetas escénicos han existido en el mundo?

Dos siglos han trascurrido desde su muerte, y todavía no ha conseguido esterilizar la revolucion las benditas semillas de virtud, de nobleza y de heroísmo que sembró con mano generosa en el corazon de las muchedumbres. ¿Mereceria por ventura Calderon nuestro reconocimiento y gratitud, si, como Aristófanés, hubiera presentado en escena aquella táifa de mujeres Atenienses desvergonzadamente cínicas de que hace gala en su *Lysistrata*? Hubiera arrancado los aplausos de sus contemporáneos, si, como Esquilo, les hubiera ofrecido en espectáculo la rebelion de la criatura contra su Criador, en la figura de Prometeo? Pues qué ¿no hubiera considerado el público que asistia á la representacion de sus dramas, como una contradiccion, una insensatez y un absurdo esa lucha del hombre contra su Hacedor, cuyo término, conocido de antemano, tenia forzosamente que ser su propia destruccion y ruina? ¿Y quién, que no esté destituido de razon, se propone un fin que préviamente sabe que le es imposible alcanzar? Sublimes descripciones nos hace Dante en su *Divina Comedia* de Lucifer y de los gigantes condenados; pero, con alto sentido cristiano, ni les dá la más aparente grandeza moral ni los pinta en rebelion contra su Juez supremo. Pues lo propio hace Calderon; siempre representa al demonio bajo el concepto artístico católico, es decir; como ángel caido que, al perder la gracia y la hermosura, ha conservado la ciencia, como halagador insidioso de las pasiones del hombre, como inspirador astuto de toda soberbia, como implacable y eterno enemigo del género humano. No más se hubieran deleitado nuestros padres con los modelos de orgullo y de soberbia satánicos que ofreció Sófocles al pueblo griego en el *Edipo* y el *Ayax* haciendo justicia en sí mismos de sus propios errores y extravíos. Asuntos de este linaje bien pueden producir entusiasmo en quie-

nes, como en Schiller, Vischer, Krug y otros estéticos modernos, tienen estas aberraciones de la voluntad el aspecto engañoso de moralmente sublimes; pero para Calderon y sus coetáneos y para los que, por la misericordia de Dios, conservamos sano el entendimiento, tales actos, como intrínsecamente malos, solo podían engendrar un sentimiento de repulsion y desvío. Estaba reservado á Gœthe el hacer la apología de esta infame infraccion de la ley moral en su novela el *Werther*, dolorosa expresion de un pueblo devorado por el escepticismo y productora de innumerables suicidios, de los cuales se rie más adelante el autor del *Fausto* con la mueca diabólica de Mefistófeles en *El triunfo del sentimentalismo*. Ciertamente que condenó despues el suicidio en *El Noviciado de Guillermo Meister*; pero no era ya tiempo de remediar sus estragos.

Y ya que hemos mencionado el *Fausto* ¿quién ignora que este poema dramático tan celebrado, aún en la parte que merece ser calificada de un *rompe-cabezas*, fué yunque poderoso, en que se forjaron, así en Alemania como fuera de ella, multitud de incrédulos, de sofistas y libertinos, despreciadores de la sabiduría, mofadores de la virtud, corruptores de la inocencia, infames y desalmados? ¿Se atrevería nadie á decir lo mismo, sin hacerse reo de iniquidad, de *El Mágico prodigioso*, fundado sobre las piadosas leyendas de Metafrasto ó de Jacobo de Voragine, en que el gran dramático español hace la apología del libre albedrío en la simpática figura de Justina y de su poder incontrastable contra los prestigios y maquinaciones del infierno?

Bandidos feroces y crueles pinta Calderon en *La devocion de la Cruz*, recargando las tintas del cuadro en su mayoral ó jefe y en su hermana y amante Julia, para demostrar á cuantos marchan por la senda de la perdicion que, aún siendo infinita su culpa, todavía por su arrepentimiento y contricion, como lo hizo el sanguinario Eusebio en sus postrimerías, pueden hacerse acreedores á la misericordia de Dios, de la cual dice Julia en un hermoso pasaje de aquella tragedia:

. . . . . pues creo  
En la clemencia divina,  
Que no hay luces en el cielo,  
Que no hay en el mar arenas,

No hay átomos en el viento,  
Que sumados todos juntos,  
No sean número pequeño  
De los pecados que sabe  
Dios perdonar...

Lo que no se le ocurrió á nuestro poeta fué hacer de los bandoleros pinturas tan amables y seductoras, como las hizo Schiller en sus *Ladrones*, para precipitar con su lectura á multitud de jóvenes en la carrera del crimen. Y ya que nos ocupamos de Schiller ¿Cuándo calumnió Calderon á los personajes históricos de sus comedias, como lo hizo el dramático alemán á Juana de Arco en su *Doncella de Orleans* y á Felipe II en su *D. Carlos*?

¿Y qué diríamos del Pericles de Shakspeare si descendiéramos á examinar sus ineptias y torpezas?

Ahora bien; si valorásemos la importancia de la obra literaria por la perfeccion del medio representativo externo, por los primores de la ejecucion, vinculando la belleza en el resultado de una feliz exposicion, como lo hace Gøthe, tendríamos que confesar que el *Werther* y el *Fausto*, y *Los Ladrones* de Schiller, y el *Edipo* y el *Ajax* de Sófocles eran, bajo su aspecto técnico, producciones superiores á casi todas las que corren con el nombre de Calderon. Mas la belleza que constituye el precio de estas obras es la más ínfima que el artista puede ofrecer á sus lectores, es simplemente la material, la que estriba en el organismo de la composicion dramática, en la euritmia de sus diversas partes, en el engranaje y engaste de las diferentes piezas de que se compone su fábrica, en el plasticismo de la forma, en el esplendor del colorido, en la suavidad ó vigor, blandura ó pujanza de los afectos, en la novedad y variedad, en la agudeza y gracejo, en lo sorprendente y maravilloso, en la gallardía de los caracteres, y, finalmente, en la mágia arrebatadora de la diction y del estilo. Pero es el caso que el fondo de estas composiciones es de todo punto inmoral y aquellos sus brillantes arreos y espléndidos disfraces son como riquísimo paño de brocado que cubriera un cuerpo putrefacto. Podria el brillo del oro deslumbrar momentáneamente los ojos; pero no impediria que asaltara el hedor á las narices. Porque es de saber que, con todas aquellas prendas, privada la obra literaria del elemento interior ético, no

tiene el derecho á engalanarse con el título de formalmente bella; porque las obras de este linaje, aún aquellas que no tienen por fondo la inmoralidad, como las llamadas recreativas ó de adorno, son:

Un rayó sin luz, sin llama  
Una antorcha, una venera  
Sin aljófar, una caja  
Sin joya; que esto es al fin  
Una hermosura sin alma,

como, con otro motivo, dice Rugero en *Lances de amor y fortuna*.

Toda obra de mano de hombre que reniegue de las leyes de la vida moral, tales como el cristianismo nos las enseña, en algun punto esencial, dice un ilustre filósofo, no es de suyo buena, sino mala, y lo malo carece absolutamente de belleza, pues es precisamente feo. Es más; la habilidad artística en este linaje de producciones, á pesar del esplendor de sus colores y de la riqueza de sus atavíos, solo sirve para poner más de realce su propia deformidad. Enderezadas á fermentar nuestras pasiones, á inflamar nuestros apetitos y á abismar la luz de nuestro entendimiento con toda suerte de incentivos y seducciones, producen en el alma de quien las lee el efecto del carbon en la mano del que lo agarra, que frio la tizna y ennegrece, y encendido la abrasa. No ha dotado, cierto, la liberal mano de Dios á la criatura racional de la facultad estética para darle tan ruines empleos, como dieron á sus nobles inteligencias muchos escritores antiguos y modernos, para quienes no escatiman aplausos las cabezas más imaginadoras que razonadoras.

Á los que, poniendo el sublime ingenio, que recibieron de Dios, al servicio del error y de la mentira, doran la ponzoña que constituye el migajon de sus obras con esos brillantes talcos y relumbrones que ofuscan los ojos del que los mira ó con los primores de una ejecucion magistral, les es aplicable aquella sentencia que, con alusion á sí mismo, dice en el *Otelo* el odioso Yago:

When devils will their blackest sins put on  
They do suggest at first with heavenly shows,  
As I do now.

«Cuando los demonios quieren lograr sus negros pensamientos, los revisten de celestiales formas, como yo lo hago ahora».

Por la divina misericordia ninguna de estas aberraciones se encuentran en D. Pedro Calderon, el cual, al exclamar en aquel bellissimo romancé intitulado *Lágrimas que vierte un alma arrepentida*,

¡Oh dulce Jesús mio!

No entreis, Señor, con vuestro siervo en juicio,

no se referia, á buen seguro, á aquellas infracciones de la ley moral, ni tendria que acusarse de haber sido piedra de escándalo, ni ministro de perdicion, ni de haber abusado de las altas dotes artísticas de que su Criador se dignó agraciarse para alabarle y glorificarle. ¿Podria decirse lo mismo de Gœthe, de Schiller y, aún hasta cierto punto, de Shakspeare, no obstante haberse conservado fiel á la fe de sus padres en opinion de algunos escritores? (19) Por desgracia la lectura de sus obras, y más especialmente las de los dos primeros, nos dan la medida de la distancia que los separa de Calderon de la Barca: es la que media entre el creyente y el escéptico; entre el asistido por la luz de la fe y el que tiene sumergido su espíritu en ese piélago encenagado y tenebroso que se llama el ateismo.

Florece Shakspeare cuando la revolucion religiosa ha cubierto de escombros y de ruinas á la sin ventura isla de los Santos; en-carcelamientos, asesinatos, apostasías, la iniquidad triunfante, la virtud y la inocencia perseguidas, el odio reemplazando al amor, aventados los ministros de Dios, suprimidos á centenares los conventos y monasterios, allanadas sus iglesias y profanados sus altares, tal es el cuadro de desolacion que ofrece Inglaterra en los aciagos dias de la Reforma. No es, pues, maravilla que el grandioso corazon de aquel poeta inmortal, envuelto en fúnebres crespones, parezca un vasto cementerio, perenne morada de duelos y de lágrimas. Su inquieto pensamiento, devorado por la incertidumbre y por la duda, se espacia y se dilata, como niebla densa y caliginosa, por aquel cielo sombrío en el cual no brilla ya el sol de las verdades católicas. Sus ojos contemplan con tristeza cómo aquel mísero pueblo, despojado de las cándidas vestiduras de la fe, torna, ébrio de orgullo y de concupiscencia, á su braveza

y rusticidad primitiva, con sus fieros instintos, sus pasiones acerbadas y frenéticas y su egoísmo desapoderado y brutal. En el alma de *Hamlet* veo yo reflejada la de la sociedad inglesa, concentrada en sí misma, fría, calculadora, presa á veces de mortales angustias, sin fe y sin esperanza, pero tan apasionadamente enérgica que estalla y ruge al primer asomo de contradicción y desencanto como ardiente cráter que vomita sus entrañas.

«Shakspeare, dice Philarète Chasles, nos ofrece el ideal de la observacion, como lo soñaba un pueblo práctico y positivo. Cuando esta observacion se siente fatigada de trabajo, se cambia en profunda melancolía; hay en los dramas de Shakspeare más de un personaje cuya única mision es la de filosofar: tal es, por ejemplo, el Jacobo de *Como os agrada* y el viejo ermitaño de *Romeo y Julieta*. Su voz es la voz de Shakspeare que, despues de haber analizado prolijamente el alma humana, la inanidad de nuestros deseos y el fin terrible de nuestras pasiones consumidas por su intensidad, lanza un sublime y poderoso gemido. Este sentimiento doloroso y profundo no se registra en los dramas de Calderon, el cual es el mediodia, es la fe. Nada teme el poeta castellano, de nada duda. Siempre tiene sobre su cabeza un cielo que se abre, ángeles que cantan y un sol de amor y de gloria que espera á los elegidos.»

Pero ni la patria de Calderon era la patria de Shakspeare ni la de Schiller y Gœthe. Escribe el primero cuando el protestantismo triunfante ciñe la corona que han arrancado sus sicarios al catolicismo; florecen los segundos cuando las sectas teosóficas y racionalistas, brotadas de la herejía, como hedionda gusanera de cadáver corrompido, han convertido á la Reforma en una torre de Babel. En efecto; al escepticismo de Hume y de Wercley, de Voltaire y de Federico II suceden el epicureismo de Bahrt y Edelmann, el indiferentismo de Lessing, la irreligiosidad sistemática de Nicolai, los delirios teosóficos de los sectarios de Swedemborg, los cabalísticos del judío portugués Martinez, el misticismo panteista de Saint-Martin, gran copia de sociedades secretas de toda herrina y perversidad, y las especulaciones crítico-filosóficas de Kant, Fichte, Schelling y Hegel, que fueron á dar en última instancia en el ateísmo de Oken. Paralelo á esta anarquía religioso-filosófica es el renacimiento de la antigüedad clásica, entre cuyos más famosos intérpretes se contaban Voss y Wieland, Winckelman y

Jorge de Lichtemberg. Ni se echó tampoco en olvido la mitología escandinava, habiendo cantado Klopstock la Walala de Odino. ¿Qué tiene, pues, de extraño que, respirando esta atmósfera deletérea de desvanecimiento y ruina moral, el inspirado autor del *Wallenstein* exclamara en un raptó de entusiasmo pagano: «¡Oh mundo lleno de encantos, vuelve, vuelve!» Ni que su amigo y admirador, el vate favorito de la corte de Weimar, el ídolo de la Alemania protestante, frío, egoísta, escéptico, sin más culto que el regocijado y sensual de la naturaleza, henchido el pecho de víboras, mirase con horror á la religion católica, porque recuerda á cada paso al hombre la idea de la muerte, y renegara del signo divino de la redencion,

Iris de paz que se puso  
Entre las iras de Dios  
Y los delitos del mundo,

segun bellissima expresion de Calderon de la Barca.

Y siendo nulas las creencias religiosas de aquellos grandes poetas tudescos ¿pudieran nunca competir, sin más títulos que la perfeccion técnica de sus obras, con el eximio dramaturgo castellano, modelo de virtudes cristianas?

Sin Dios, y sin Dios amado, y amado sobre todas las cosas, dice el Sr. Canalejas en su *Discurso sobre los Autos Sacramentales* de Calderon, no hay arte. No lo hubo en las edades pasadas, ni lo habrá en las futuras. Si es cierto que los tiempos, bajo el consejo de nóvísimos errores naturalistas, tocan ya en las lindes de las edades ateas y materialistas ¡felices nosotros á quienes llamará la historia los últimos admiradores de Rafael, Murillo, Lope y Calderon, y desventurados nuestros hijos, condenados al espectáculo de lo grotesco y de lo indigno!

Creo conveniente observar que el Sr. Canalejas, en el pasaje transcrito, adjudica el concepto de arte, más que á la parte de ejecucion, al fondo de la obra literaria.

Si Calderon de la Barca no hubiera considerado que el único negocio importante del hombre en esta vida es procurarse con sus obras la gloria eterna, hubiera podido decir, con más razon que el gran lírico latino, refiriéndose á las suyas: *Non omnis moriar*; aunque, á la verdad, sin haber abrigado este pensa-

miento soberbio, debió morir persuadido que su nombre viviria eternamente en la memoria de sus compatriotas.

Doy fin á estas desaliñadas observaciones con el bello elogio que el doctísimo D. Aureliano Fernandez Guerra y Orbe, tan grande hablista como consumado crítico, trae en su *Discurso de contestacion* al de ingreso en la Real Academia Española del distinguido literato D. Mariano Catalina:

¡Calderon: el mayor de nuestros dramáticos antiguos en la cumbre del arte español; entendimiento gigante, apacentado en abismos luminosos de Teología, poéticos y profundísimos; espejo fiel de las creencias y sentimientos de la nacion española, exaltados, idealizados y transfigurados por su poderosa fantasía! Poetas como Calderon de la Barca, son los hijos predilectos, al par que los bienhechores de una raza, á la cual pagan con usura lo que de ella recibieron. Y en tales incomparables ingenios se condensa toda la fuerza y energía de un siglo y de una civilizacion. En sus escritos vive perenne la flor más fragante y pura del sentimiento nacional. Parecen hombres de solo un cuerpo y muchas almas, como de Shakspeare se ha dicho. No se absorben en la estéril y egoista contemplacion de sus propios afectos y dolores, sino que salen de sí mismos y dan voz y forma á la idea y á la pasion que yace indefinida y latente en el alma de las muchedumbres, en el corazon de su siglo. ¿Dónde corona más gloriosa que la del poeta nacional, épico ó dramático? Perder y olvidar la propia fisonomía; bañarse, por decirlo así, en la corriente de la vida universal; expresar por alta manera lo que todos sienten y piensan de un modo vago y confuso; dirigir á nobles fines el inquieto ardor é impremeditado arrojio de la multitud, refrenando en ella los instintos feroces y desarrollando los más hazañosos y bellos,— es ser más que gran poeta, es rivalizar con los autores de las epopeyas primitivas, con los primeros fundadores y civilizadores de los pueblos.

## NOTAS.

(1) D. Pedro Calderon fué bautizado en la parroquia de S. Martin 29 dias despues de su nacimiento, segun resulta de la siguiente partida sacramental que sale al folio 57 del libro cuarto: «En la villa de Madrid á catorce dias del mes de Febrero de 1600, yo Fabian de S. Juan Romero, teniente de esta de S. Martin, bauticé á Pedro, hijo del secretario Diego Calderon de la Barca, y de D.<sup>a</sup> Ana Maria de Henao: fueron sus padrinos el contador Antolin de Serna y D.<sup>a</sup> Ana Calderon; fueron testigos Lucas del Moral y Juan de Montoya, y lo firmo. Fabian de S. Juan Romero.»

(2) Véase la introduccion genealógica al *Obelisco fúnebre* de D. Gaspar Agustín de Lara, y á Baena, *Hijos de Madrid*, T. I. pág. 303, y IV. pág. 228.

(3) Véase la biografía de Calderon por D. Juan de Vera Tasis y Villarroel, publicada con el título de *Famá, vida y escritos de Calderon en la Verdadera Quinta Parte de sus comedias*, Madrid 1682

(4) Si hemos de dar crédito á los asientos de un libro de matriculas de la Universidad de Alcalá de Henares que comprende desde 1614 á 1616, don Pedro Calderon estudió tambien en aquella Escuela. En efecto: «Al folio 20 útil de dicho libro aparece, entre los matriculados el año 1614, Pedro Calderon, natural de Madrid y de 14 años, en la cátedra de sùmulas, regentada por el maestro Aramburu; al 112 se ofrece análogo asiento entre los que cursaron lógica con el doctor Jáuregui, apareciendo el alumno madrileño Pedro Calderon, con edad de 15 años; y al 232 se lee la inscripcion de Pedro Calderon, natural de Madrid, de 16 años de edad, entre los que se matricularon para estudiar cánones el año 1616.»

(5) Segun conjetura el Sr. Hartzbusch, durante su vida escolar, escribió Calderon: *El Alcaide de sí mismo*, *El astrólogo fingido*, *Hombre pobre todo es trazas* y *Amor, honor y poder*.

(6) Á juzgar por uno de los últimos párrafos de la *Noticia del recibimiento y entrada en Madrid de la reina D.<sup>a</sup> Mariana de Austria*, intentó tomar parte Calderon en la representacion de la comedia de que se hace mérito en el texto, lo que no debe extrañar, pues la misma infanta D.<sup>a</sup> María Teresa, mujer que fué despues de Luis XIV. representó con las damas de Palacio en aquella ocasion una comedia de D. Gabriel Bocángel.

(7) Desde 1631, en que recibió Calderon las órdenes sagradas, no compuso más que *Autos Sacramentales* ó comedias destinadas á Palacio.

(8) De estas fechas resulta, segun su biógrafo D. Juan de Vera Tasis, que Calderon estuvo en Toledo sin interrupcion el espacio de diez años, durante los cuales escribió sobre diez y siete composiciones dramáticas.

(9) Por más diligencias que hemos hecho, no hemos podido encontrar ninguno de los *Autos* que escribió D. Pedro Calderon para el cabildo de la Catedral de Granada, y lo que es más, ni aún referencia se hace en los libros de actas capitulares, segun se nos ha informado, á esta clase de festejos. Se sabe, sin embargo, que los *Autos Sacramentales* eran representados en la

plaza de Bibarrambla, ocupando el Ayuntamiento las casas de los *Miradores*, antiguo palacio de Abdilbar, donde parece que en la época árabe tenían el estrado real los sultanes Alahmares para presenciar las corridas de toros y juegos de cañas con que los moros granadinos celebraban sus fiestas civiles y religiosas. Que esta plaza era en aquella época, juntamente con la llamada Ataba en la Alhambra, palenque de juegos y torneos, lo demuestra el significado de una de sus puertas, llamada *Biba-Mazda* que Fray Pedro de Alcalá traduce en su Vocabulista arábigo en letra castellana por *puerta del coso do hacen juegos*. El cabildo catedral asistía a la representación de dichos *Autos Sacramentales* en los balcones del edificio, que fué primitivamente Universidad y hoy Curia eclesiástica, que caen á la referida plaza

(10) Á más de D.<sup>a</sup> Dorotea tuvo D. Pedro Calderon dos hermanos: D. Diego, que sucedió en el señorío de su padre, y D. José, Maestre de Campo general que en 1643 murió en jornada de guerra en el puente de Camarasa.

(11) Ni aún en las postrimerías de su vida abandonó Calderon el cultivo de las musas, siendo su última composición la intitulada *Hado y Divisa de Leonido y de Marfisa*, representada en el coliseo del Retiro á 3 de Marzo de 1680, en celebridad del casamiento del rey D. Carlos II con Maria Luisa de Borbon.

(12) La partida de defuncion que consta al folio 161 del libro de fallecimientos de la parroquia del Salvador, que empieza en 1630 y concluye en 1683, dice así: «En 26 de Mayo de 1681 se enterró en esta iglesia del Salvador de la villa de Madrid D. Pedro Calderon de la Barca, caballero de la orden de Santiago, Capellan de los señores Reyes de Toledo y de honor de S. M., en la bóveda de una capilla que es de D. Diego Ladron de Guevara, que está á mano izquierda, como se entra, de la puerta principal de esta dicha iglesia. Otorgó su testamento ante Juan de Burgos, escribano de número de esta villa. Dejó por sus testamentarios al Sr. Dr. D. Juan Mateo Lozano, cura propio de la iglesia parroquial de S. Miguel de esta dicha villa, y al Sr. D. Diego Ladron de Guevara, caballero de la orden de Calatrava, y otros. Dieron de limosna á la fábrica de esta dicha iglesia ciento veinte y cinco reales. Tocó de cuarta quinientas misas »

(13) Aunque firmado por Francisco Zorrilla, el verdadero autor del retrato lo fué D. Juan de Alfaro, pintor de Cámara de Carlos II.

(14) Así nos lo aseguran D. Manuel Mollinedo y Angulo y D. Francisco de Avellaneda en sus respectivas *Aprobaciones á la tercera y cuarta parte de las Comedias de Calderon*. En Vera Tasis se lee: Que reputando nuestros católicos monarcas los *Autos Sacramentales* como joyas dignas de reales capacidades, se los remitian, explicando con ellos su voluntad, á los señores Emperador de Alemania y Rey de Francia. Respecto de los traductores de sus Comedias, véanse las *Notas é ilustraciones* al teatro de Calderon del señor Hartsenbusch *Bibl. de AA. Esp. vol. XIV*.

(15) Nos referimos á Francisco Villalobos, Fernan Perez de Oliba, Juan de Timoneda, Pedro Simon de Abril y otros como traductores ó imitadores del teatro clásico.

(16) Ved los *Avisos* de Pellicer de 23 de Abril de 1641 en que se refiere el desgraciado lance de D. Luis de Trejo, caballero de la orden de Santiago,

## NOTAS.

(1) D. Pedro Calderon fué bautizado en la parroquia de S. Martin 29 dias despues de su nacimiento, segun resulta de la siguiente partida sacramental que sale al folio 57 del libro cuarto: «En la villa de Madrid á catorce dias del mes de Febrero de 1600, yo Fabian de S. Juan Romero, teniente de esta de S. Martin, bauticé á Pedro, hijo del secretario Diego Calderon de la Barca, y de D.<sup>a</sup> Ana Maria de Henao: fueron sus padrinos el contador Antolin de Serna y D.<sup>a</sup> Ana Calderon; fueron testigos Lucas del Moral y Juan de Montoya, y lo firmo. Fabian de S. Juan Romero.»

(2) Véase la introduccion genealógica al *Obelisco fúnebre* de D. Gaspar Agustín de Lara, y á Baena, *Hijos de Madrid*, T. I. pág. 305, y IV, pág. 228.

(3) Véase la biografía de Calderon por D. Juan de Vera Tasis y Villarreal, publicada con el título de *Famá, vida y escritos de Calderon en la Verdadera Quinta Parte de sus comedias*, Madrid 1682

(4) Si hemos de dar crédito á los asientos de un libro de matriculas de la Universidad de Alcalá de Henares que comprende desde 1614 á 1616, don Pedro Calderon estudió tambien en aquella Escuela. En efecto: «Al folio 20 útil de dicho libro aparece, entre los matriculados el año 1614, Pedro Calderon, natural de Madrid y de 14 años, en la cátedra de sùmulas, regentada por el maestro Aramburu; al 112 se ofrece análogo asiento entre los que cursaron lógica con el doctor Jáuregui, apareciendo el alumno madrileño Pedro Calderon, con edad de 15 años; y al 232 se lee la inscripcion de Pedro Calderon, natural de Madrid, de 16 años de edad, entre los que se matricularon para estudiar cánones el año 1616.»

(5) Segun conjetura el Sr. Hartzbusch, durante su vida escolar, escribió Calderon: *El Alcaide de sí mismo*, *El astrólogo fingido*, *Hombre pobre todo es trazas* y *Amor, honor y poder*.

(6) Á juzgar por uno de los últimos párrafos de la *Noticia del recibimiento y entrada en Madrid de la reina D.<sup>a</sup> Mariana de Austria*, intentó tomar parte Calderon en la representacion de la comedia de que se hace mérito en el texto, lo que no debe extrañar, pues la misma infanta D.<sup>a</sup> María Teresa, mujer que fué despues de Luis XIV. representó con las damas de Palacio en aquella ocasion una comedia de D. Gabriel Bocángel.

(7) Desde 1631, en que recibió Calderon las órdenes sagradas, no compuso más que *Autos Sacramentales* ó comedias destinadas á Palacio.

(8) De estas fechas resulta, segun su biógrafo D. Juan de Vera Tasis, que Calderon estuvo en Toledo sin interrupcion el espacio de diez años, durante los cuales escribió sobre diez y siete composiciones dramáticas.

(9) Por más diligencias que hemos hecho, no hemos podido encontrar ninguno de los *Autos* que escribió D. Pedro Calderon para el cabildo de la Catedral de Granada, y lo que es más, ni aún referencia se hace en los libros de actas capitulares, segun se nos ha informado, á esta clase de festejos. Se sabe, sin embargo, que los *Autos Sacramentales* eran representados en la

plaza de Bibarrambla, ocupando el Ayuntamiento las casas de los *Miradores*, antiguo palacio de Abdilbar, donde parece que en la época árabe tenían el estrado real los sultanes Alahmares para presenciar las corridas de toros y juegos de cañas con que los moros granadinos celebraban sus fiestas civiles y religiosas. Que esta plaza era en aquella época, juntamente con la llamada Ataba en la Alhambra, palenque de juegos y torneos, lo demuestra el significado de una de sus puertas, llamada *Biba-Mazda* que Fray Pedro de Alcalá traduce en su Vocabulista arábigo en letra castellana por *puerta del coso do hacen juegos*. El cabildo catedral asistía á la representación de dichos *Autos Sacramentales* en los balcones del edificio, que fué primitivamente Universidad y hoy Curia eclesiástica, que caen á la referida plaza\*

(10) Á más de D.<sup>a</sup> Dorotea tuvo D. Pedro Calderon dos hermanos: D. Diego, que sucedió en el señorío de su padre, y D. José, Maestre de Campo general que en 1643 murió en jornada de guerra en el puente de Camarasa.

(11) Ni aún en las postrimerias de su vida abandonó Calderon el cultivo de las musas, siendo su última composición la intitulada *Hado y Divisa de Leonido y de Marfisa*, representada en el coliseo del Retiro á 3 de Marzo de 1680, en celebridad del casamiento del rey D. Carlos II con Maria Luisa de Borbon.

(12) La partida de defuncion que consta al folio 161 del libro de fallecimientos de la parroquia del Salvador, que empieza en 1630 y concluye en 1683, dice así: «En 26 de Mayo de 1681 se enterró en esta iglesia del Salvador de la villa de Madrid D. Pedro Calderon de la Barca, caballero de la orden de Santiago, Capellan de los señores Reyes de Toledo y de honor de S. M., en la bóveda de una capilla que es de D. Diego Ladron de Guevara, que está á mano izquierda, como se entra, de la puerta principal de esta dicha iglesia. Otorgó su testamento ante Juan de Burgos, escribano de número de esta villa. Dejó por sus testamentarios al Sr. Dr. D. Juan Mateo Lozano, cura propio de la iglesia parroquial de S. Miguel de esta dicha villa, y al Sr. D. Diego Ladron de Guevara, caballero de la orden de Calatrava, y otros. Dieron de limosna á la fábrica de esta dicha iglesia ciento veinte y cinco reales. Tocó de cuarta quinientas misas »

(13) Aunque firmado por Francisco Zorrilla, el verdadero autor del retrato lo fué D. Juan de Alfaro, pintor de Cámara de Carlos II.

(14) Así nos lo aseguran D. Manuel Mollinedo y Angulo y D. Francisco de Avellaneda en sus respectivas *Aprobaciones á la tercera y cuarta parte de las Comedias de Calderon*. En Vera Tasis se lee: Que reputando nuestros católicos monarcas los *Autos Sacramentales* como joyas dignas de reales capacidades, se los remitían, explicando con ellos su voluntad, á los señores Emperador de Alemania y Rey de Francia. Respecto de los traductores de sus Comedias, véanse las *Notas é ilustraciones* al teatro de Calderon del señor Hartzenbusch *Bibl. de AA. Esp. vol. XIV*.

(15) Nos referimos á Francisco Villalobos, Fernan Perez de Oliba, Juan de Timoneda, Pedro Simon de Abril y otros como traductores ó imitadores del teatro clásico.

(16) Ved los *Avisos* de Pellicer de 23 de Abril de 1641 en que se refiere el desgraciado lance de D. Luis de Trejo, caballero de la orden de Santiago,

con D. Diego Abarca Maldonado, contador mayor de la Cruzada, el cual, después de herir mortalmente al primero, lo llevó al convento de los Clérigos Menores, hecho que tiene mucha semejanza con el de Eusebio y Lisardo.

(17) En otra ocasión hemos demostrado con testimonios irreprochables, como procedentes de los mismos autores árabes, entre los cuales es de notar el gran historiador Aben-Jaldún que la civilización de los árabes andaluces fué obra de los mozárabes y renegados cristianos. Es sobremanera significativa la declaración que en sus *Mocadamas* hace aquel ilustre escritor, relativa á que la mayoría de los sabios que cuenta el Islamismo eran de origen extranjero.

(18) Aunque Góngora se convirtió en corifeo del mal gusto dominante, no por eso perdió el suyo nativo, ni la naturalidad y sencillez que resplandecen en las poesías de su primera época. Estas prendas resaltan en su correspondencia epistolar, de la cual, aparte de otras que existían años atrás en Córdoba, poseemos copia de 28 cartas que figuran en un precioso códice en folio, letra del siglo XVII, en que se hallan recopiladas y comentadas todas las obras de aquel eximio vate por su amigo y admirador el distinguido humanista D. Martín Angulo y Pulgar, cuyas cartas son posteriores en fecha á la de sus principales composiciones culteranas. Como muestra de su estilo y lenguaje y del interés histórico de algunas de ellas, ponemos á continuación la que en 23 de Agosto de 1622 dirigió desde Madrid á D. Cristóbal de Heredia, refiriendo la muerte desastrosa de su favorecedor el Conde de Villamediana: «Mi desgracia ha llegado hasta lo sumo con la desdichada muerte de nuestro Conde de Villamediana. Sucedió el domingo pasado á prima noche viniendo de Palacio en su coche con el Sr. D. Luis de Haro, hijo mayor del Marqués del Carpio, y en la plaza mayor salió de los portales que están á la cera de S. Ginés un hombre que se arrimó al lado izquierdo que llevaba el Conde y con arma terrible de cuchilla, según la herida, le pasó del costado izquierdo al molledo del brazo derecho, dejando vatería que aún en un toro diera horror. El Conde al punto sin abrir el estribo se echó por cima de él y puso mano á la espada, mas viendo que no podía gobernarla, dijo, esto es hecho, confission, señores, y les llegó á este punto un clérigo que lo absolvió luego que dió señas dos ó tres veces de contrición, apretándole la mano al clérigo que le pedía estas señas, y conduciéndolo á su casa antes que espirara, hubo lugar de darle la unción y absolverlo otra vez con las señas que dió de abajar la cabeza dos veces. El matador, acometido de dos lacayos y del caballero de D. Luis que iba en una haca, fué favorecido de tres hombres que salieron de los mismos portales y cerrando con haca y lacayos á espaldas se pusieron en cobro, sin haberse averiguado quienes fueran. Háblase con recato en la causa y la Justicia va procediendo con exterioridades, mas tenga Dios en el cielo al desdichado, que dudo procedan á más averiguación. Estoy igualmente condolido que desengañado de lo que es pompa y vanidad en la vida, pues habiendo disipado tanto este caballero, le enterraron aquella noche en un ataud de ahorcados que trajeron de Sarragín por la priesa que dió el Duque del Infantado, sin dar lugar á que le hiciesen uno. Mire Vuestra merced si tengo razón de huir de mí, cuanto de este lugar, donde á hierro he perdido dos amigos. (Alude á D. Rodrigo Calde-

ron). Por referirse á la broma pesada que jugaron Lope de Vega y el Dr. Mira de Mescua á D. Juan de Alarcon, cuando la representacion de su Antecristo, insertamos el párrafo en que D. Luis de Góngora cuenta el suceso al referido D. Cristóbal de Heredia en carta del 19 de Diciembre de 1623: «La Comedia, digo el Antecristo de D. Juan de Alarcon se estrenó el miércoles pasado, echándosele á perder aquel dia con cierta redomilla que enterraron en medio del patio de olor tan infernal que desmayó á muchos de los que no pudieron salirse tan aprisa. D. Miguel de Cárdenas hizo diligencias y á voces envió un recado al Vicario para que prendiese á Lope de Vega y á Mira de Mescua, que soltaron el domingo pasado, porque prendieron á Juan Pablo Rico en cuyo poder hallaron materiales de la confeccion.»

(19) La circunstancia de haberse encontrado un albañil en 1770 bajo las tejas de la casa en que nació y se educó Shakspeare un manuscrito que contenia la profesion de fe católica en catorce artículos, cada uno de los cuales comenzaba con las palabras: *Yo Juan Shakspeare* (nombre del padre del gran poeta); la consideracion y honor que dispensó constantemente á los sacerdotes católicos con un valor digno de todo encomio, cuando, como observa Schlegel, se complacia la Reina Isabel en que se les ajara y maltratase; el ridiculo con que pinta á algunos de los primitivos sectarios de la Reforma, han dado márgen á la opinion de que no era protestante. Fundado en esto, niegan algunos de que sea autor del drama titulado *Pericles*, en el cual, aparte de su inmoralidad y groserías licenciosas, se hacen pinturas depresivas del sacerdocio católico.



ANTOLOGÍA POÉTICA

EN LOOR

DEL PRÍNCIPE DE LA ESCENA ESPAÑOLA

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA,

ESCRITA PARA LAS FIESTAS LITERARIAS

DE LA

UNIVERSIDAD GRANADINA

EN EL CC ANIVERSARIO

DE LA MUERTE DEL POETA.

ANATOMIA JURÍDICA

1870

DEL PRINCIPLE DE LA LEGISLACIÓN ESPAÑOLA

D. PEDRO CALDERÓN DE LA BARGA

PROFESOR DE LA CÁTEDRA DE LEGISLACIÓN

EN LA UNIVERSIDAD DE MADRID

EN LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD

DE MADRID

CALDERON.

---

Dióme el ajeno bien paz y alegría,  
mi siglo aplausos y mi sangre honores,  
nuevos mundos crear mi fantasía  
de extraños brutos, pájaros y flores;  
la santa Fe coronas á porfía,  
y en vida y luz perpétua las mayores.  
Rinde, oh pueblo extasiado con mi gloria,  
en virtudes tributo á mi memoria.

AURELIANO FERNANDEZ GUERRA.

MADRID, 1881.

---

CALDERÓN

hábame el alma bien paz y alegría  
mi siglo apasé y mi sangre honores  
nuevos mundos creó mi fantasía  
de extraños frutos, pájaros y flores  
la santa Fe coronó a horca  
y en vida y luz perpetua las mejores  
hábame el pueblo extasiado con mi gloria  
en vulturas tributo a mi memoria

Alfonso Ferrnandez Guerra

## Á CALDERON.

---

### SONETO.

---

Eterna gloria de la hispana escena  
Es su ingenio inmortal y sin segundo,  
Y en defensa del mal que premia el mundo,  
Jamás su lira poderosa suena.

Piadoso corazon, alma serena,  
Pensaba el bien en el dolor profundo;  
Y fué su númen luminar fecundo  
En la pesada carga de la pena.

La desdicha no tuvo por deshonra,  
Ni perdió la esperanza en graves daños  
Mereciendo al morir noble victoria.

Sólo en manos de Dios puso su honra  
Huyendo de la vida los engaños,  
Y añadiendo á su gloria mayor gloria.

EL MARQUÉS DE HEREDIA.

MADRID, 1881.

---

A CALDERON

SONETO

Etorna gloria de la bipana escena  
En su logeio inortal y sin segundo  
Y en defensa del mal que aterra el mundo  
Juntas su lira poterosa suena

Meloso capazon, almas serenas  
Pasada el bien en el dolor preludio  
Y fue su animo humano temido  
En la pesada carga de la pena

La desdicha no tuvo por deshonra  
Ni perdió la esperanza en graves danos  
Merecido al morir noble victoria

Solo en manos de Dios para su gloria  
Huyendo de la vida los engaños  
Y trasladada a su gloria mayor gloria

El Manuscrito en Madrid

## AL ILMO. SEÑOR RECTOR

Y CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA.

---

Jamás ingrato olvidaré el asilo  
que, en ese templo augusto de la ciencia,  
mi ignorancia encontró dulce y tranquilo.

En él salió mi pobre inteligencia  
de la noche del alma, cuya oscura  
sombra no es el candor ni la inocencia;

sino el afán de luz brillante y pura,  
que vislumbra el espíritu agitado,  
con la razón luchando y la locura.

Vosotros fuisteis mis maestros: dado  
me sea responderos, descubierta  
la cabeza, y humilde y prosternado!

Dado me sea la sagrada puerta  
de esa Casa besar, que la memoria  
de mi dichosa juventud despierta!

Dado me sea bendecir la historia  
vuestra y la de esa Casa floreciente,  
nuestra *alma mater*, nuestro amor y gloria!

Y para responder á la indulgente  
invitación que habéisme dirigido,  
cuanto yo pueda hacerlo dignamente;

dados me sean el moral sentido  
de la musa cristiana; el estro hermoso  
de la clásica musa, ya extinguido;

la noble vena, el verso numeroso  
de Calderon, á quien la patria aclama  
egregio dramaturgo portentoso.

¡Calderon! ¿Quién lo estudia y no le ama?  
¿Quién no vió maravillas de su ingenio?  
¿Quién no le encuentra digno de su fama?

Fúlgido sol del nacional proscenio,  
como el sol del sistema planetario,  
brilla sobre sus astros su alto genio;

y el proscenio de Europa, tributario  
de su respeto al genio del gigante,  
tórñase de sus obras palumbario.

Apodérase de ellas: el cuadrante  
del digno teatral renacimiento,  
marca el día y la hora y el instante,

y la voz del poeta lleva el viento,  
para ser, imitada ó traducida,  
del teatro de Europa fundamento.

El coturno y la veste deslucida  
del heleno teatro y del latino,  
recobran su esplendor y nueva vida;

no bajo el torpe influjo del destino;  
no bajo el númen tétrico pagano  
del falso augur ó astuto sibilino;

mas sobre el recto corazon humano;  
sobre el fulgor de las ideas puras;  
sobre el dogma dulcísimo cristiano;

y las que fueron fábulas impuras  
de vil cinismo ó liviandad obscena,  
de corrupcion brutal y de imposturas,

huyeron azotadas de la escena  
por el sagrado látigo del númen,  
que á sevicia y destierro las condena.

Ancho y sereno y caudaloso flúmen  
de onerarias verdades; mar profundo  
de abstracciones, y de ética resúmen,

es Calderon, que esparce por el mundo  
la nueva sávia, en la brillante forma  
que puede hacer su gérmen más fecundo!

De la fe el rayo; del honor la norma;  
los tipos del respeto y la hidalguía;  
cuanto con las virtudes se conforma,

en sus obras está: la Teología  
sus Autos os dirán Sacramentales;  
la moral, sus Comedias, en que fía

á su influjo sus tipos ideales,  
y de su audaz concepto lo sublime  
sus peregrinos Dramas inmortales.

En todo el sello de su genio imprime.  
Cura la herida honra: pinta el ceño  
de la deshonra fiera, y la redime:

canta la devocion del santo Leño:  
ama despues de muerto; y de su idea  
brotó una realidad.—«*La vida es sueño.*»

Testifica el honor en Zalamea:  
de Breda el Sitio narra, cual soldado,  
y en Cataluña y Flandes fiel pelea:

cual caballero ostenta en el costado  
la roja cruz del gran Patron de España:  
como galan es noble y delicado;

y, como sacerdote, el alma extraña  
á los goces del mundo, ni una sombra  
su vida austera y ejemplar empaña!

Nombra á un varon insigne quien le nombra:  
admira á un hombre excelso quien le admira:  
su fama universal al mundo asombra;

y cuanto el español aire respira  
de un mar al otro mar, júbilo siente  
del hombre extraordinario á quien aspira

á honrar con la más rica y esplendente  
cívica apoteosis que la Historia  
registra en sus anales, y vehemente

saluda, exalta la inmortal memoria  
del autor de tan altas concepciones;  
Don Pedro Calderon, de España gloria,  
y encanto y clara luz de las naciones.

JOSÉ SALVADOR DE SALVADOR.

Á CALDERON  
EN SU SEGUNDO CENTENARIO.

---

SONETO.

---

Si Grecia (por su bien) te conociera,  
Por tí sus grandes genios olvidara:  
Que tu gloria, esplendente cuanto rara,  
El brillo de su gloria oscureciera.

¡Fuíste español, ... y una centuria entera  
De tus manes el culto desampara!  
¡Ni faltó quien tus méritos negara,  
Ni quien tu fama necio escarneciera!

Otro siglo, el más grande de la historia,  
Te levanta el sublime augusto templo  
Que tu alto ingenio colosal merece.

Perenne vivirá ya tu memoria;  
Que hoy, en apoteosis sin ejemplo,  
La Patria hasta el Empíreo te enaltece.

JUAN QUIRÓS DE LOS RÍOS.



## À CALDERON.

### POESÍA.

¡Gloria á tí, Calderon! De mi Alpujarra  
en agudo peñon, vate morisco  
te invoca al flébil son de la guitarra,  
y al compás de las olas, en un risco  
del Cantábrico fiero,  
bardo que sangre tiene del ibero.

Todo, poeta, es entusiasmo y vida:  
vírgen galáica, en selva misteriosa  
por dó vaga la sombra del druida,  
se agita como en danza religiosa,  
y, el crótalo sonando,  
la jóven castellana va saltando.

Y no sólo la patria: el mundo eleva  
cantos de admiracion desde la orilla  
del Tíber á las márgenes del Neva:  
Alfieri teme al genio de Castilla,  
y Racine, asombrado  
cual Sófocles se oculta avergonzado.

Del Támesis alzándose en la arena,  
áspero, altivo, libre, independiente,  
oyendo el himno que á lo lejos suena,  
sin nublar el desden la alzada frente,  
mira al hispano suelo  
con vivos ojos el cantor de Otelo.

Que entonan juntos férvidos cantares  
los hijos de la corte y de la aldea:  
sube el incienso azul de los altares,  
en las torres el címbalo voltea,  
y espléndido acompaña  
á Calderon el júbilo de España.

Mio tambien. ¡Bendito el luminoso  
cielo riente, á cuya luz serena  
agitaron su plectro cadencioso  
Tirsos y Lopes en la culta escena,  
y la homérica trompa  
pulsara Ercilla con solemne pompa!

Aquí desde las peñas del Atlántico  
á las del lago azul que mar se nombra  
legion de vates de perenne cántico  
vaga de flores por eterna alfombra,  
y en el viento sonoro  
flotan las aves cual inmenso coro.

Aquí Marcial en sátira inocente  
el ingenio español mezcla al romano;  
virtud proclama Séneca elocuente,  
canta su muerte al espirar Lucano  
y con santo delirio  
la gloria vé Prudencio en el martirio.

Y el dulce labio, que en sus rimas vierte  
la esencia del Cantar de los Cantares,  
el español Horacio, que la suerte  
lamenta de los góticos hogares,  
y el que puso en un canto  
el estruendo y horrores de Lepanto;  
el triste que solloza en los desiertos  
collados donde Itálica yaciera;  
el que sus hados vé flotar inciertos  
en pobre flor, en mústia arrebolera,  
la lira enamorada  
del sublime terror de la Cristiada:  
todos rinden gozosos el tributo  
de admiracion al genio..... Ya las iras  
vencieron de la muerte: el negro luto  
es blanca nieve, palmas son las liras,  
y al templo de la Gloria  
cantando van los himnos de victoria.

Cantemos al poeta. Vibra y zumba  
su cántico inmortal en las edades:  
un mundo se alza vivo de la tumba

al eco de su voz; las tempestades  
del odio y del orgullo,  
al escucharlo, apagan su murmullo.

Y entre cantos y luces, se levanta  
noble, gentil, bellísima matrona:  
alfombra el Océano su planta,  
el sol perla no más de su corona,  
y de islas y naciones  
coro sin fin diciéndole canciones.

Se reclina entre lauros y castillos  
y con las hadas sueña y los gigantes;  
retratan su hermosura los Murillos,  
su hidalguía reflejan los Cervantes,  
y en las épicas lides  
es su escudo un ejército de Cides.

No importa que en sus místicos desdenes  
de la patria ante el sumo poderío,  
viendo el poeta los mundanos bienes  
pasar cual olas de creciente río,  
diga con torvo ceño:

«humo es la vanidad, la vida sueño:»

¡España es grande y sin rival su gloria!  
Sumida su riqueza en polvo yerto,  
de sus vates descuella la memoria  
cual pirámide altiva en el desierto,  
y en bronce y en granito  
¡Calderon! las edades han escrito.

¿Quién se remonta á la sublime alteza  
que dominó su excelsa fantasía?  
No trepa de los Andes la aspereza  
el condor, que las nubes desafía  
con su gigante vuelo,  
cual él cruza los ámbitos del cielo.

¿Visteis sobre la faz de la laguna,  
cuando reinan las noches del estío,  
reflejarse purísima la luna,  
ó el alba en una gota de rocío  
su luz dejar inquieta?  
así Dios en los versos del poeta!

Resuena en su laud la teología.  
El genio de Tomás, que sostenido  
por querubes y arcángeles corria  
lo inmenso, á los mortales escondido,  
á la cómica escena  
su poderoso númen encadena.

Y á la ley del Calvario sometidos,  
desfilan bellas, rápidas legiones,  
cual pálidos fantasmas, los sentidos,  
las ideas, cual célicas visiones,  
la Vida, con la Suerte,  
negro el Pecado, lívida la Muerte:  
peregrino inmortal, el Judaismo;  
la grey gentil, alegre soñadora;  
Roma, fénix que nace de sí mismo  
al calor de la fe; Grecia que llora  
su Pindo abandonado;  
Satanás, Prometeo encadenado!

Cual vagas ruedan por enhiesta cumbre  
del monte, nubes mil arrebatadas  
del huracan, en varia muchedumbre  
pasan y cruzan, sombras animadas  
por celeste conjuro,  
lo que fué, lo presente y lo futuro.

Las fábulas, en agua del bautismo  
tocadas se trasforman en verdades  
que reanima la luz del Cristianismo:  
ya pueden levantarse las ciudades  
á los cantos de Orfeo:  
el Olimpo del Gólgota es trofeo.

Pan arranque sonidos á la caña  
mas no cante las gracias de Sirina;  
vierta Pomona en monte y en campaña  
sabrosos frutos de virtud divina,  
y la gentil Hebea  
escancie el néctar de la santa idea.

Cendales son más blancos que la nieve  
de la santa virtud las propias galas,  
Marte su acero victorioso mueve

por la cristiana fe, la dura Pálas  
mártir es ya sublime,  
Jove sus rayos por la cruz esgrime.

Y al mar torna la diosa de la espuma  
tan hermosa y gentil como lasciva:  
se oculta la belleza ante la bruma  
del pudor, y si asoma fugitiva  
luz ardiente á sus ojos,  
su frente está bañada de sonrojos.

¡Quién dió al amor las gracias y las trovas  
del cristiano laud? ¡Quién su pureza?  
¡Qué ardiente soñador! Dulce te arrobas  
en deliquios de plácida tristeza,  
ó arrebatado subes  
el fuego á respirar de los querubes!

Y tu dardo, en las fuentes encendido  
de la luz, salta y quema...—Ya se abrasa  
el caballero: del puñal asido,  
hiere el amante pecho, lo traspasa,  
¡y aún le acosa y estrecha  
un rumor, un suspiro, una sospecha!

Que es la familia templo no violado  
jamás.... Inmóvil, pálido, severo,  
junto á la puerta el hogar sagrado,  
vela el terrible Honor del caballero  
cual el ángel que quiso  
poner Dios al umbral del Paraiso.

¡Ay del audaz que llegue al santuario  
dó sus misterios el amor encierra!  
De las sombras envuelto en el sudario,  
su cuerpo tragará muda la tierra  
y ni un rumor incierto  
murmurará en la fosa porque ha muerto!  
Sábelo bien la dama fementida  
que olvidó su deber. En rota vena  
con su sangre fugaz huye su vida,  
y en el mortal silencio de la pena  
que impuso el desagravio,  
ni un ósculo de amor cerró su labio....

Humana ley, ni majestad divina  
es salvaguardia del varon injusto.  
Bravo plebeyo, si al herir se inclina  
bajo los rayos del poder augusto,  
firme en alzar se emplea  
cadalso vengador en Zalamea.

¡Fe, patria, amor, virtud, númenes santos!  
del genio de Castilla inspiradores,  
fuego inmortal pusísteis en sus cantos,  
y sus ecos, del tiempo vencedores,  
aplaude el mundo absorto  
del Sur al Boreas,  
del Ocaso al Orto!

¡Vosotros sois las musas españolas!  
Benedicidas por Dios en sus altares,  
de siglos mil y mil las ráudas olas  
fugaces pasarán: nuevos cantares  
esparcirán los vientos:

¡Y eternos sonarán vuestros acentos!  
Mientras la fe ilumine la conciencia,  
amor encienda el corazon del hombre,  
culto tenga el honor, aras la ciencia,  
y de la patria se bendiga el nombre,  
ecos tendrá profundos  
vuestra voz en los siglos y en los mundos.

¡Y al brotar otras razas y otros dias  
de eras pasadas y de siglos muertos,  
y resonar sublimes armonías  
del futuro laud en los conciertos,  
dirá eterna la Historia:  
¡Honor á Calderon! ¡á España gloria!

M. GUTIERREZ.

*A la Universidad de Granada.*

À CALDERON.

En tí pienso, Calderon,  
Y rezo para cantarte;  
Porque tambien tiene el arte  
Su templo y su religion.  
À Dios llevo mi oracion  
Pensando en tus maravillas;  
Y es que el genio con que brillas  
Muestra à Dios tan claramente,  
Que para alzarse à tu frente  
Hay que doblar las rodillas.

Grande es el arte que crea  
Un mundo en la fantasía,  
Y la hermosa luz del día  
Hace esclava de su idea;  
Y al reducirla à que sea  
Contorno y sombra y color,  
El soplo generador  
De algo que es divino brota,  
Y en el lienzo el alma flota,  
Que es más que luz; que es amor.

Grande es el arte al robar  
Sus bramidos al torrente,  
Sus murmullos á la fuente  
Y á las aves su cantar;  
Y con ellos despertar  
El gozo y el desconsuelo,  
El amoroso desvelo,  
El patriótico delirio,  
La fe que lleva al martirio,  
La calma que lleva al cielo.

Grande es el arte que toca  
Lo inerte, lo empedernido,  
Y le infunde su latido  
Al corazon de una roca;  
Con el hierro la provoca  
Y sus golpes son cantares;  
Y á su accion, los seculares  
Cimientos de las montañas  
Producen de sus entrañas  
Héroes, vírgenes y altares.

Pero es más grande llegar  
Del corazon hasta el fondo,  
Más inseguro y más hondo  
Que el hondo seno del mar;  
Y allí, en vez de zozobrar  
Y en la sombra impenetrada  
Cegar y sentir la nada  
En derredor de sí mismo,  
Iluminar ese abismo  
Con la luz de la mirada.

Más grande de una nacion,  
De un siglo ver el arcano,  
Sintiendo bajo la mano  
Su tremenda pulsacion;  
Tomar vivo el corazon  
De esa misma sociedad  
Y enclavarlo en otra edad  
Rico, palpitante, lleno,  
Para que lata en el seno  
De toda la humanidad.

Calderon, viniste al mundo  
Cuando en su extension entera  
Daba aún sombra la bandera  
Del Rey Felipe segundo.  
Aquel poder al profundo  
Cayó; pero el sol que un día  
Jamás aquí se ponía  
Porque era España la sola,  
Por tí en la tierra española  
No se pone todavía.

ANTONIO LOPEZ MUÑOZ.

A CALDERON

SONETO

Etorna gloria de la bipana casaca  
En su logorio inmortel y sin segundo  
Y en defensa del mal que aterra el mundo  
Juras su lira poterosa suena

Meloso capazon, almas serenas  
Pasada el bien en el dolor preludado  
Y fue su animo humano temido  
En la pesada carga de la pena

La desdicha no tuvo por deshonra  
Ni perdió la esperanza en graves danos  
Merecido al morir noble victoria

Solo en manos de Dios para su honra  
Huyado de la vida los engaños  
Y trasladada a su gloria mayor gloria

El Manque en Huaran

## Á CALDERON.

Hoy en masa la Nacion  
celebra un aniversario:  
el segundo centenario  
de tu muerte, Calderon.

De tu muerte, y no concibo,  
ni á darme razon acierto,  
de por qué te juzga muerto  
estando vivo y tan vivo.

¿Tú muerto? ¿Cuando? ¿En qué dia?  
¡Delirio! ¡Vana quimera!  
Aunque el mundo me dijera,  
«lo he visto,» lo negaria.

¿Mas cómo lo ha de decir?  
¿No eres del arte español  
claro sol? ¿Y quién un sol  
ha visto nunca morir?

¿Cómo, si es tal tu renombre,  
tu fama tan portentosa,  
que, hecha del globo una fosa,  
no cabe en ella tu nombre!

Sí: tu nombre, que en la mente  
del mundo latiendo está  
y admira y admirará  
desde el Ocaso al Oriente.

Hoy brilla como brillaba  
la intensa luz de tu genio,  
iluminando el proscenio  
como antes lo iluminaba.

Hoy eres quien fuíste ayer;  
el coloso pensador,  
el inspirado cantor  
del amor y del deber.

Pues cual navegante bravo,  
que empieza por preparar  
récio barco, donde el mar  
estrelle su furia esclavo,

Así tu ingenio procura,  
antes de tender su vuelo,  
hacer *El carro del cielo*  
para subir á la altura.

Y en esa region serena  
que tu talento salvó,  
y en que te contemplo yo  
con el cetro de la escena,

Alientas sobre lo inerte  
de la materia vencida;  
porque si *es sueño la vida*,  
aún es más sueño tumuerte.

JOSÉ OLIVER GARCÍA.

## CALDERON.

---

### SONETO.

---

Caballero español y fiel cristiano  
al cumplir en la vida su destino,  
con lauro eterno señaló el camino  
que le condujo á término lejano.

Raro prodigio, incomprendible arcano,  
tanto pudo su ingenio peregrino,  
que alcanzó por lo humano lo divino  
aún con las fuerzas sólo de lo humano.

Las mil creaciones que á su acento viven  
dan á la tierra, cual hermoso fruto,  
la virtud y el honor que de él reciben;

y al pagar á la muerte su tributo,  
su inmenso nombre sobre el tiempo escriben  
con luz de gloria eternizando el luto.

J. DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

MADRID 20 DE MAYO DE 1881.



## UN RECUERDO Y UN SALUDO.

---

Del arte el régio dosel  
se alzaba en la patria escena:  
Lope, con frente serena,  
iba descendiendo de él.

Cuando, orlado de laurel,  
entre inmensa aclamacion,  
ya finada su mision,  
en el Ocaso se hundia,  
por el Oriente surgia  
el astro de Calderon.

---

Astro de núcleo candente  
en anchas órbitas gira:  
quien cara á cara le mira  
al punto humilla la frente.

Si Lope reinó potente  
en su tiempo sin rivales,  
sus coronas inmortales  
puso al borde del olvido  
quien dió á la escena atrevido  
*los Autos Sacramentales.*

Con grandilocua poesía  
su mística y fácil vena,  
derrama sobre la escena  
raudales de Teología.

La sacra Filosofía,  
tal cual su siglo la alcanza,  
en frases tan bellas lanza,  
que el pueblo que las escucha,  
se agita en la eterna lucha  
del temor y la esperanza.

---

Y si es, cual vate cristiano,  
tan grande al pintar el cielo,  
aún es más ráudo su vuelo  
en la region de lo humano.

Si allí del místico arcano  
cruza el abismo profundo,  
y al misterio tremebundo  
llega en brazos de la fe,  
cual pensador aquí vé  
la esfera moral del mundo.

---

Esfera que en patrio ambiente,  
con un polo en el honor  
y otro polo en el amor  
gira sin cesar fulgente.

Al verle subir potente  
la dramática belleza  
á tan espléndida alteza,  
se llena el alma de asombros:  
¿Quién ha visto humanos hombros  
sostener tanta grandeza?

Grandeza que puro entraña  
el carácter nacional,  
y en estilo original  
va gritando: ¡viva España!

Grito que en la tierra extraña  
vibra con eco profundo;  
grito unánime y fecundo  
que brota en la hispana escena,  
y prepotente resuena  
en los confines del mundo.

. . . . .

—

No te envidio, Calderón:  
si con pobre inteligencia  
no te abarco en mi conciencia,  
te siento en mi corazón:

Respeto, no emulación,  
me inspira grandeza tal;  
que si tendencia venal  
otras grandezas abona,  
yo no admiro más corona  
que la del genio inmortal.

—

Esa tus sienas rodea,  
y de ella surge esforzado  
*el nunca bien ponderado*  
*Alcalde de Zalamea.*

*La vida es sueño* campea  
de sus joyeles delante,  
cual misterioso brillante  
en que el sol del porvenir  
hizo tu númen lucir  
con inmensa luz radiante.

Sigue viviendo en tu fosa  
esa vida de grandeza;  
vida que en la muerte empieza  
lo eterno buscando ansiosa,

Sepulcro, donde reposa  
quien creó una sociedad,  
rindió culto á la verdad  
y nunca aduló al poder,  
siglo tras siglo ha de ser  
templo de la humanidad.

—

Por eso aún tu nombre zumba  
traspasando la frontera:  
por eso el mundo venera  
los laureles de esa tumba:

Por eso no se derrumba  
el alcázar de tu gloria;  
y eternizan tu memoria,  
(terrestre vida del muerto)  
en unánime concierto  
la tradición y la Historia.

T. DE ROJAS.

Á LA MEMORIA  
DE  
DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA  
EN EL SEGUNDO CENTENARIO

DE LA MUERTE DEL EGREGIO PRÍNCIPE DE LA ESCENA ESPAÑOLA.

I.

Soy, Granada, el cantor que en otros días,  
—Cuyo recuerdo late en mi memoria,—  
Pidió á la inspiracion sus armonías,  
Entusiasmo á la fe, luz á la historia,  
Aromas á las flores que ofrecias  
Al amante rendido de tu gloria,  
Que en su dulce pasion ansiaba darte  
Con notas de su amor, galas del arte.

Y yo pasé, Granada, en tus jardines  
Horas de paz, ensueños é ilusiones,  
Y contemplé arrobado tus confines  
Que se enlazan con verdes eslabones.  
Y percibí el rumor de tus festines  
Y el dulcísimo son de tus canciones,  
Y dejando volar la mente inquieta,  
Cuanto soñé por tí, cantó el poeta.

Y hoy á tu seno vuelvo por ventura,  
Y te encuentro gentil, bella sultana,  
Derramando la luz de tu hermosura  
Sobre el pensil de que eres soberana.  
Y llego á tí cuando la luz fulgura  
Y espléndida belleza te engalana,  
Y á tu voz maternal vengo á tu seno  
De santo amor y de esperanzas lleno!

¿Qué pedirá al cantor la reina hermosa,  
Que no le otorgue con afán prolijo?  
¿Qué pedirá la madre cariñosa  
Que le pueda negar su amante hijo?  
A tu voz acudí, te hallé gozosa  
Y en el pasado el pensamiento fijo:  
Donde quieras iré; sé tú mi guía  
Y presta inspiración al arpa mía.

II.

Palpita un nombre en el fugaz acento  
Que el ancho espacio de rumores llena;  
Nombre que nace y lo arrebató el viento  
Y allá á lo lejos cadencioso suena.  
Nombre de gloria, á cuyo solo aliento  
Brotó un rayo de luz clara y serena,  
Que con dulce fulgor la frente baña  
De mi hoy, al cabo, venturosa España.

Ella tejió de Calderón la cuna;  
La noble madre contempló su frente  
Adivinando en ella la fortuna.  
Recogió de su labio balbuciente  
Las primeras palabras una á una,  
Y sorprendió del genio la corriente  
Que arrastrando su planta, aún indecisa,  
Llevaba al arte su primera sonrisa.

Madre feliz que absorta contemplaba  
Al hijo amado que el laurel ceñía,  
Y nuevas glorias á su patria daba  
Y ya gigante sin cesar crecía.  
Madre feliz que con su amor pagaba  
Á quien su nombre hermoso bendecía,  
Y en cuyo pecho, del honor dechado,  
Iba su nombre con su amor guardado.

Ella vió á su profunda inteligencia  
Sondar valiente el corazon impuro,  
Que la pasion agita con violencia  
Del hondó pecho en el abismo oscuro.  
Lo siguió en los misterios de la ciencia,  
Y cantor de la fe, lo vió seguro  
Subir á la region de augusta calma,  
Á donde tiende sin cesar el alma.

Allí logró la inspiracion sublime  
Que vibrando en las cuerdas de su lira,  
Parece el eco que en la tierra gime  
Por lo infinito que en el cielo mira.  
De allí copió la dicha que redime  
Al corazon que por el bien suspira,  
Contando al mundo, con feliz empeño,  
Que aquí la dicha cual la vida, es sueño!

¿Á qué mostrar en enojosa cuenta  
Las perlas que enaltecen su corona?  
¿Cómo decir cuanto su genio inventa  
Y que lo grande de su fama abona?  
Empeño inútil de mi pluma afrenta,  
Hoy que á una voz el mundo lo pregona;  
Hoy que repite con amor profundo:  
Su madre España fué, su patria el mundo!

Y pasaron dos siglos, pero en vano,  
Sobre la tumba del que yace inerte,  
Y cuyo nombre vive soberano  
Más que los siglos que pasaron, fuerte.  
De nuevos tiempos el poder tirano  
No engendrará el olvido de la muerte;  
El genio es inmortal; de su memoria  
Nuevas edades cantarán la gloria!

Hoy las flores que brotan del talento,  
Su aroma dan y muestran sus colores  
En grupos de coronas que sin cuento  
Tejen á Calderon nobles cantores.  
Con ellos vine á confundir mi acento  
Como humilde violeta entre las flores:  
Los que rendís tributo á la belleza,  
No escucheis mi cancion, ved su grandeza!

JOSÉ MORENO CASTELLÓ.

JAEN: MAYO DE 1881.

---

## Á CALDERON

(EN EL SEGUNDO CENTENARIO DE SU MUERTE.)

---

Al nombre de Calderon  
hoy lanza la hispana gente,  
con un entusiasmo ardiente,  
una inmensa aclamacion.  
Hoy rinde su admiracion  
y consagra su memoria,  
al gigante que en la historia  
grabó de nuestro proscenio,  
la grandeza de su genio  
y los timbres de su gloria.

---

Dos siglos há que la escena,  
luz y enseñanza del hombre,  
está llena de su nombre  
y está de su aliento llena.  
Su rica y fecunda vena,  
con alto y sonoro acento,  
puebla la tierra y el viento  
y un siglo y otro comparte,  
llenando el mundo del arte  
y el mundo del pensamiento.

El laurel, gloriosa planta  
que nace en su tumba y crece,  
cada sol lo reverdece,  
cada aurora lo abrillanta.  
Y su nombre se levanta  
como un astro que fulgura,  
con una llama tan pura  
y una luz tan esplendente,  
que alumbra la edad presente  
y alcanza la edad futura.

Y aquel su aliento gigante,  
y aquel su plectro de oro,  
y con su amante decoro  
aquel su decir amante;  
y el pensamiento galante,  
y el patrio y noble sentido,  
en un punto concedido  
le fué, por extraña suerte,  
para vencer á la muerte,  
para triunfar del olvido.

*Cuentan del genio que un dia*  
la inspiracion demandaba,  
al viento que murmuraba  
y al torrente que gemia.  
—Un pensamiento—, decia  
con tal brio y tal empeño,  
que el eco siempre halagüeno,  
con sonora vibracion,  
prestándole inspiracion  
repitió: ¡*La vida es sueño!*

Sueña el hombre que es hechura  
de Dios, y su semejanza,  
y que su poder alcanza  
del cielo á trepar la altura.  
Sueña en su eterna ventura,  
y en la dicha y en la suerte;  
pero soñando no advierte,  
cómo en su fugaz partida,  
tras el sueño de la vida  
llega el sueño de la muerte.

Sólo el genio soberano  
que soñó en la edad pasada,  
del abismo de la nada  
rompe el misterioso arcano.  
Pasa el tiempo, y pasa en vano,  
sin dar fin, ni dar reposo,  
al renombre del coloso  
que merece por trofeo,  
llamarse *El divino Orfeo*  
y *El mágico prodigioso*.

¡Ah, que el entusiasmo ardiente  
que hoy su recuerdo levanta,  
el patrio amor agiganta  
con admiracion creciente!  
¡Ah, que de la hispana gente  
será eterno girasol;  
pues mientras fúlgido el sol  
rija el mundo sideral,  
será su nombre inmortal  
gloria del nombre español!

AURELIANO RUIZ.



Á LA ÍNCLITA MEMORIA  
DE  
D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

---

(PREMIADA CON LA MEDALLA DE ORO POR LA ACADEMIA ESPAÑOLA.)

No el carro volador, no los corceles  
Como flechas del viento, no la espada  
Chispa y muerte en la mano gigantesca  
Del púgil triunfador, no los laureles  
De Olimpia y de Nemea  
La resonante entrada  
Del templo de la gloria  
De par en par abrieron  
Á los que en sus certámenes vencieron:  
Píndaro fué quien los legó á la Historia.

No viviría errando por los mares  
Desde Troya hasta Olysipo el de Ithaca  
Rey sin ventura, aunque felice esposo  
Por la fe conyugal viva en sus lares,  
Si el plectro sonoro  
Del padre Homero pedestal no hiciera  
Para su nombre en monumento hermoso  
Que á los siglos sin fin sobreviviera.

—¿Quién esculpió en mi mente aquel modelo  
De ánimo invicto y de altivez romana,  
Régulo insigne, sino el sacro celo  
De la potente lírica horaciana?

Fué dado al vate el inextinto anhelo  
De la fama, en sus aras dar la vida,  
Y al digno de ella sublimar al cielo.  
¿Podeis vosotros? Pues venid, ceñida  
De lauro el arpa, artistas inmortales  
De Mantua, Smirna, Tívoli y Cefiso!  
No tiene la belleza en sus anales  
Nombre más alto, porque el cielo quiso,  
Por timbre egregio de la patria mia,  
Que fuese en Calderon pasmo y portento  
La palabra, volcan la fantasía,  
Creacion y reinado el pensamiento.

Si bastára este insólito ardimiento  
Del corazon, que late como hoguera  
Que sopla el torbellino,  
Para cantar las glorias de tu nombre,  
Ó el éxtasis divino  
Del que te vé surgiendo hasta la esfera  
Nunca hollada del hombre,  
Ó el adorar contigo  
Lo que inspiró tus versos soberanos  
Siendo de lo que odiástes enemigo,  
Yo entonces pediria  
Á la noche la voz de sus arcanos,  
Su arpa de flores al naciente dia,  
Y á cuanto en la creacion tiene armonía,  
Bosques, cielos, abismos y océanos,  
¿Mas quién soy yo? El escaso poderío  
De mi palabra se hunde y desaparece  
Frente.á tí como gota en ancho rio.

Tu palabra es buril por quien parece  
Que la sangre en el mármol precipitas,  
Es pincel, y natura se enriquece  
Cón galas mil cuando su lujo imitas;  
Es arpa y los raudales  
Que brotan de ella, copian los concentos  
Ya del aura que juega entre rosales,

Ya del trueno que ruge entre los vientos;  
Mas si es pincel, buril y arpa divina  
Tu númen celestial, ¿quién tiene acentos  
Propios de tí, si gracia peregrina  
No hace un alma gigante  
Con las de Esquilo, Sófocles y Dante,  
Buonarroti, Exequiel y Palestrina?

Copia el lago sereno y trasparente  
De su orilla las ramas y las flores,  
La alba corona de la luz naciente  
Del reino azul la espléndida llanura,  
Que llena el sol, la tarde y los primores  
Con que borda las nubes de Occidente,  
Y al fin la noche embalsamada y pura  
En que la luz que vierten las estrellas  
Llega hasta el corazón que habla con ellas  
De aquel amor que eternamente dura.  
Así el poeta, cuyo nombre canto  
Aunque humillado y trémulo y sin tino,  
Saulo al pié del sagrado torbellino,  
Sus secretos robó á naturaleza,  
Que se vió por el arte con más vida,  
Y en nueva creacion reproducida  
Con sus leyes, su ritmo y su belleza.

¿Pero veis? Ni los cielos  
Con sus astros, su azul, aves, fulgores,  
Celajes de oro y purpurinos velos,  
Ni el pensil con su calma y sus colores,  
Su aroma y sus canoros arroyuelos  
Tienen alma, ni toda la infinita  
Creacion con su espléndido atavío,  
Si el hombre, rey del tiempo, no la habita,  
Dándole á todo inteligencia y brio,  
É inflamándolo todo con la llama  
Del corazón, que anhela sin hartura,  
Solo vive si ama,  
Y halla en morir de amores su ventura.

Por eso ante el magnífico senado  
Del docto pueblo y de la corte egregia  
Presentó el inspirado  
Genio de Calderon, ya en pompa régia,  
Ya al carro de las penas amarrado,  
Siempre al hombre, corona, suma y parte  
Primera en el espacio y en el arte.  
La vanidad de cuanto el hombre toca,  
La nada eterna en cuyo seno gira,  
La ansia febril que al crimen le provoca,  
Y lo sumerge en liviandad y en ira:  
Lo que era al perecer inmóvil roca  
Cede al soplo, en cenizas se convierte,  
Y cuando el hombre observa que es tirano  
De su ser inmortal el polvo vano,  
Es siervo ya en los reinos de la muerte.

La ambicion que del mísero se exhala  
Como rayo que el lodo produjera,  
La calumnia infernal, la frase artera  
Con que el rumor infame se propala  
Que la envidia forjó, la lucha fiera,  
La espada que de sangre no se hastía,  
Celos, terrores, dudas, las celadas  
Que teje al casto amor la audaz falsía,  
Y la virtud, al fin, fúlgida guía  
Del alma en esta lid devastadora,  
Con su corte de gracias celestiales  
Que la prestan favor, como la aurora  
Que ahuyenta con su lumbre salvadora  
Noche, ensueños, terror, asombro y males;  
Cuanto lleva pendiente la cadena  
De la vida, el poeta que yo canto  
Con tal prestigio remontó á la escena  
Que el dilatado manto  
Real de las Castillas,  
Pasma de las naciones,  
Por Calderon ganó nuevos blasones,  
Y un reinado sin tiempo y sin orillas.

La augusta descendencia  
De los Hermenegildos y Fernandos  
Ya redujo á la nada la eminencia  
De los impuros bandos  
De Arabia y Palestina;  
Por Elcano y Colón sus más profundos  
Secretos robó al mar, y con divina  
Mano humilló las armas de dos mundos;  
Dió el Tajo á España aceros que asombraron  
En las rudas peleas  
De San Quintín, Otumba y Cerinola,  
Y el Tormes y Alcalá en las asambleas  
De París, Roma y Trento derramaron  
Á torrentes las ciencias españolas.  
Calderon, heredero  
De aquella edad que al paganismo entero  
Miró eclipsarse bajo el sol de Aquino,  
Y manar á raudales  
La inspiracion del vate florentino,  
Y al estro godo alzar las catedrales;  
Mantiene altivo el lábaro en su diestra,  
Y al griego y al latino  
Vence el genio cristiano en la palestra.

Ya el arte no es la barca combatida  
Sin rumbo cierto en ignorados mares,  
Ni aparece la vida  
Juego vil de torpísimos azares,  
Sin libertad, indigna de la pena  
Ó del premio, del trono ó la cadena.

Ya el arte con la fe vá á las alturas,  
Oye las armonías increadas,  
Y vé como á oleadas  
De eterno amor formarse las criaturas.  
Soplo de Dios la libertad descende,  
Se junta al barro, anímalo, se ignora,

En liviandad frenética se enciende,  
Su cielo olvida y su ignominia adora.  
Y otra vez del amor la llamarada  
Se agita, y del Cordero  
La sangre derramada  
Del Gólgota en la cumbre  
Hace al santo madero  
Que arte y conciencia y corazón alumbre.

Y halla al pie de la cruz raudal de ciencia,  
Y lee el sentido interno,  
La frase arcana, la invisible esencia,  
Y el plan del drama eterno  
Que se explica del hombre en la existencia.

Y al favor de los rayos celestiales  
En cuyo limbo el lábaro se eleva  
Redentor, los supremos ideales  
Vé de virtud, de amor y pensamiento,  
Y su genio en vorágine lo lleva  
Como su caño á Elías  
Desde el inmóvil asiento  
Donde reinan sin fin las armonías  
Hasta la tierra en que el gemir del viento  
Es el eco de humanas agonías.

La tierra es para el Vate como un lago  
De lágrimas que al fin forman un velo  
De cristalina plata  
Donde el azul del cielo,  
Producidor de calma y dulce alhago,  
Prometiéndole venturas se retrata.  
Sobre la tierra el hombre, en cuya frente  
Brilla la inspiración y el prepotente  
Soplo del Increado,  
De voz sublime, y de ánimo creyente,  
Altivo, noble, audaz y enamorado.

Y este hombre que crea  
De Calderon la hermosa fantasía  
Tiene como en sagrario la alta idea  
De su gran jerarquía;  
Se le mira, y recuerda la triunfante  
Marcha de Dios sobre el abismo inerte,  
Y como el Arca Santa á los profanos  
Con aliento mortífero barria,  
Dá por muro á su honor línea de muerte.

Cuando escucha al honor el caballero  
En la lid espantable sin fatiga  
Mueve y con gloria el tremebundo acero;  
De sus hierros desliga  
Al oprimido y triste que le llama;  
Y siempre en aras del honor severo  
Tributa como ofrenda  
El alma á Dios en cuyo amor se inflama,  
Á la patria y al rey sangre y hacienda,  
Y el corazon extático á su dama.

Por eso la mujer que el gran Poeta  
Imagina, es sublime criatura  
Digna del hombre á quien su amor inquieta,  
Brillante, altiva, fiel, pura y discreta,  
Cielo abreviado, y dicha sin hartura.

Así al verse los dos, en la mirada  
Primera como al mar buscan los rios,  
Y luz la mariposa fascinada,  
Pídense adoracion sus albedríos;  
Y el amor que se tienen es la extensa  
Lluvia de luz que espacio y tierra dora,  
La vastedad de la llanura inmensa  
Que con diadema de orbes se decora,  
Y al fin, rayo y torrente sin defensa



# HIMNO Á CALDERON.

---

CORO.

---

Del Luso Mar al Túria, de Calpe hasta Pirene,  
Do quier aliente y viva espíritu español,  
Con vítores el nombre de Calderon resuene,  
Resuene, y nuestros cantos asciendan hasta el Sol.

ESTROFA 1.<sup>a</sup>

---

En el trono del genio se asienta,  
Es el Orbe su gran pedestal,  
Á sus plantas el Orbe se ostenta  
De homenaje y tributo en señal.  
Vano sueño, cual sueño se hunde  
La grandeza que ayer asombró,  
Mas la fama su nombre difunde  
Que dichoso al olvido venció.

CORO.

---

Del Luso Mar, etc.

ESTROFA 2.<sup>a</sup>

---

De la Patria que vence en Lepanto  
Y del Rhin en la orilla glacial,  
Es trasunto grandioso su canto,  
Y es su canto, cual ella, inmortal.  
Que sus glorias el tiempo acrisola  
Y el laurel que corona su sien,  
Formará su brillante aureola  
De los tiempos venciendo el vaiven.

## CANTO DE TRIUNFO.

---

UNA VOZ.

---

Alégrese en su trono  
Los hijos de la gloria,  
Lograron la victoria  
Los mártires de Dios.

CORO.

---

Celebren su ventura  
Los coros celestiales,  
Las arpas inmortales  
Resuenen en su honor.

---

El hombre del pecado  
Rompió su ligadura,  
La Virgen casta y pura  
Venció su timidez.

Más fuerte que el averno,  
Más fuerte que el tirano,  
El del valor cristiano,  
La noble intrepidez.

CORO.

---

Celebren su ventura, etc.

Su sangre generosa  
Confunden en el suelo,  
Sus almas en el cielo  
Se unen con amor.

CORO.

---

Celebren su ventura, etc.

